OBRAS COMPLETAS

DEL EXCMO. SR.

D. JUAN VÁZQUEZ DE MELLA Y FANJUL

VOLUMEN I

SELECCIÓN DE ELOCUENCIA
E HISTORIA

OBRAS COMPLETAS

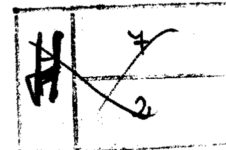
DEL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN VÁZQUEZ DE MELLA Y FANJUL

I

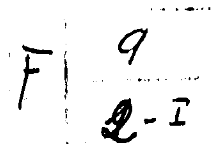
JUNTA DEL HOMENAJE A MELLA
MAYOR, 37. — MADRID

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA Y FANJUL



SELECCIÓN DE ELOCUENCIA E HISTORIA





ADMINISTRACIÓN:
EDITORIAL VOLUNTAD
Gaztambide, 3
MADRID

CASA SUBIRANA
Puertaferrisa, 14
BARCELONA

1931

NIHIL OBSTAT
El Censor: Dr. Alfonso M.ª Ribó Bulbena, Canónigo

Barcelona, 4 de enero de 1932.

IMPRÍMASE
† MANUEL, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Sría.
Dr. Ramón Baucells Serra, Canciller-Secretario

PRINTED IN SPAIN

Imprenta Subirana. — Barcelona



Juan V.z de Mella

HOMENAJE A MELLA

Ante el féretro de Vázquez de Mella surgió el propósito de levantar una estatua al gran tribuno y realizar la ilusión de su vida que la muerte le tronchó, la de publicar sus obras. Nosotros hemos hecho nuestra esa iniciativa, y, para realizarla, comenzamos por suscribir este llamamiento.

La mayor parte de la ingente labor de Mella está esparcida en discursos que ya no se pueden oír, en periódicos muertos que es dificilísimo leer o en cuartillas inéditas que nadie hasta ahora puede consultar.

Ni por omisión queremos hacernos responsables de que esa riqueza se pierda. Los ruegos de que se publiquen llegan hasta nosotros como un clamor. Si circunstancias inesperadas e invencibles no nos lo impiden, se publicarán.

Que esas obras perpetúen, con el recuerdo de Mella, su doctrina; que recojan e irradien los resplandores de aquel gran entendimiento; que sean como el arsenal que guarden las armas que él forjó, los razonamientos y teorías que concibió con dolor y vistió con magnificencia; que sean como bocina resonante con la que haga llegar su voz a las generaciones que no le conocieron.

Así no morirá, continuará enseñando, estremeciendo aún con tempestades de pasión y relámpagos de ideal, influyendo, como si su corazón aún latiera, como si su mano aún empuñara la pluma, como si en el espacio aún vibrara su voz.

* * *

Mella no era un hombre de partido, era una noble figura nacional, una gloria de España. Su vida y su obra constituyen caudal espiritual, ejemplo magnífico y surco de luz. Todos tenemos interés en que no se olviden. Si los dejáramos perder, seríamos dilapidadores e ingratos. Y la víctima de nuestra conducta no sería él, al cual ya sólo pueden servirle nuestras oraciones. La víctima sería España. La gloria póstuma que reservamos a los que le han prestado servicios eminentes, es un estimulante poderoso de nuevas abnegaciones por ella.

Los monumentos que elevamos a los grandes hombres son cátedras desde las que la piedra y el bronce, como lenguas que perduran, dan a las generaciones que pasan lecciones perennes de la gran virtud del agradecimiento colectivo y de las virtudes, abnegaciones y servicios que estos monumentos simbolizan.

Los grandes hombres son un vínculo entre las generaciones que forman la Patria; sirven de argamasa para darles unidad y cohesión. En la antigüedad tenían la misma Patria los que tenían los mismos grandes hombres. A lo largo de la Historia

continúan haciendo a todos sombra piadosa. Si sentimos el orgullo patriótico, es, principalmente, por la selección de nuestros hechos hazañosos y de nuestros hombres ilustres.

Esa es fuerza nuestra, y por eso el perpetuarla en monumentos tiene tan alto valor social. No es, como algunos creen, un gesto de vanidad insustancial y estéril; es un arma con que la sociedad se defiende, un medio tradicional y casi instintivo con que procura su conservación, como unos hitos altos y claros que pone en su camino y con los que dice: «Por ahí se va al ideal y al engrandecimiento».

España debe perpetuar la memoria de Mella, y la invitamos a que le erija un monumento.

Que el metal y la roca perpetúen su recia y bronca figura. La estatua recordará su resplandeciente, docto y triunfador apostolado de cuarenta años.

Será como su voz de tribuno, cuajada en bronce, repitiendo a las generaciones nuevas sus cantos de iluminado a la Fe y a la Patria, y sus apóstrofes magníficos contra el error y la cobardía.

Su brazo extendido, rígido, no sólo recordará su grandilocuencia y la fuerte y medulosa doctrina con que nutrió a tantas y tantas inteligencias de su tiempo, sino que parecerá que continúa señalando, como en vida, rutas del porvenir de España.

Será, además, una lección perdurable de austeridad en la vida pública y de generosos romanticismos; la lección que dan las vidas quemadas como incienso en el altar del ideal.

* * *

Fué excelso tribuno del Catolicismo en España y el paladín de nuestra fe en las horas de prueba; ¿cómo podremos dejarle en el olvido los creyentes?

Fué escudo de la Iglesia y de las Ordenes religiosas. En las horas amargas de persecución, a él se volvían los ojos angustiados, y nunca les faltó ni la espada de su pluma, ni la voz de su elocuencia. Muchos han pensado que, sin su intervención de entonces, acaso la Iglesia no gozara hoy de tanta paz, ni los religiosos conservaran el amado y plácido retiro de sus claustros. ¿Con qué placer de almas ennoblecidas por la gratitud, no colaborarán ahora en la obra de perpetuar su recuerdo?

Fué el debelador de la revolución y el apologista formidable de las grandes instituciones sobre que se asientan el orden y la sociedad actual. Cantó como pocos la monarquía, la familia, la propiedad, el ejército, las Ordenes religiosas, y, sobre todo, la Religión, la Iglesia y la Patria. Con fragmentos de sus artículos, de sus discursos y libros se podría hacer acerca de ellas una antología apologética gloriosa. ¿Cómo inferir a las clases política o socialmente conservadoras el agravio de que no han de mostrarle ahora algún reconocimiento?

En la vida pública trazó rutas y dejó huellas hondas como pocos. Cuando los partidos apenas veían en ella más que Estado e individuos, él hacía la exaltación de las sociedades intermedias, en las que veía la raíz honda de la soberanía social.

En pleno régimen centralista, hizo la filosofía de un regionalismo que no amenazaba, sino que fortalecía la unidad sagrada de la Patria; más de treinta años antes del Estatuto Municipal, cantó la vida del municipio y pidió para él propiedad, libertad y fuero. Cuando todos los partidos estaban sumergidos en la charca del individualismo económico, él, con recia voz, defendía el intervencionalismo del Estado, que ya no hay quien se atreva a rechazar, e insertaba en el programa de su partido las normas directrices de la Encíclica *Rerum Novarum*, faro para no estrellarse en los rompientes del intervencionalismo socialista. Trazó, antes que nadie. las grandes líneas de nuestra política internacional; nuestra simpatía y aproximación a Portugal; la compenetración creciente y cordial de España con las repúblicas hispanoamericanas; el rescate de Gibraltar y Tánger, es decir, lo que ha pasado casi a la categoría de tópico, lo que es hoy pensamiento nacional. Lo llamaban reaccionario y ha resultado un precursor. ¿Cómo parecer raro que el Estado, el Gobierno y los hombres públicos vean con simpatía esta iniciativa y cooperen a ella?

Mella era periodista formidable. No se sabe si fué su palabra o su pluma la que le ganó más fama y con la que prestó más eminentes servicios. Los periódicos y la Asociación de la Prensa ¿no sentirán el orgullo y la solidaridad de clase? ¿no prestarán su calor cordial y su noble apoyo a la idea de perpetuar en letra de molde, en piedra y en bronce, la memoria de este gran periodista?

La intervención en la guerra europea ha deshecho y empobrecido a todas las naciones que intervinieron, a excepción de los Estados Unidos. Las que se abstuvieron, viven florecientes y ricas. Si España hubiera intervenido, no sería una excepción; hubiera perdido la flor de sus hijos, tendría centenares de miles de hogares enlutados y empobrecidos, tendría su hacienda en ruinas, su divisa por los suelos, su crédito perdido, la miseria como presente, la zozobra trágica como porvenir. De todo eso la salvaron los que se opusieron a que interviniera. Si conserva sus hijos, si vive rica y floreciente, si se abren a sus ojos horizontes inesperadamente risueños, a ellos principalmente lo deben.

Y Mella fué de los que se opusieron al quebrantamiento de la neutralidad, con tesón, con razonamientos sugestivos y eficaces, con ímpetu arrollador. Ese servicio no fué obra de partido, sino una bendición para todos y cada uno de los hogares españoles. En todos podrá encontrar esta iniciativa un eco de simpatía bondadosa y agradecida.

De todos esperamos alguna colaboración, aunque sea modesta, aunque sea ofrecida en moneda de simpatía, de aplauso o de esfuerzo. Hemos recibido ya ofrecimientos decididos, importantes y numerosos. Nuestro primer contacto con la opinión es esperanzador. Parécenos la iniciativa tan razonable, tan oportuna y tan justa, que no podemos dudar del éxito.

Se publicarán las obras de Mella.

Mella tendrá un monumento.

Ramón Menéndez y Pidal, *Director de la Real Academia Española.* — Duque de Alba, *Director de la Real Academia de la Historia.* — Joaquín Sánchez de Toca, *Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.* — Felipe Clemente de Diego, *Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.* — José de Yangüas y Messía, *Presidente de la Asamblea Nacional.* — Pío Suárez Inclán, *Presidente de la Real Sociedad Geográfica.* — Francisco Rodríguez Marín, *Director de la Biblioteca Nacional.* — Vizconde de Eza, *Presidente de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias.* — José Francos Rodríguez, *Presidente de la Asociación de la Prensa.* — Miguel Vegas, *Presidente de la Junta Central de Acción Católica.* — Condesa de Gavía, *Presidenta de la Acción Católica de la Mujer.* — José Manuel de Aristizábal, *Presidente de la Confederación Nacional Católica Agraria.* — Duque de Terranova, *Presidente de la Asociación de Padres de Familia.*

Princesa de Hohenlohe. — Duquesa Vda. de Parcent. — Duquesa de T'Serclaes. — Marquesa Vda. de la Rambla. — Marquesa de Unzá del Valle. — Marquesa de Villalba. — Condesa Vda. de Revilla-Gigedo. — Soledad Ampuero. — Eva Canel. — Carmen Cuesta. — María de Echarri. — Carmen Ferns. — Angela García-Loygorri. — Teresa Luzzatti. — Dolores Pidal. — Mercedes Quintanilla. — Blanca de los Ríos.

Duque del Arco. — Duque Vdo. de Bailén. — Duque del Infantado. — Duque de Medinaceli.

— Duque de Medina de las Torres. — Duque de T'Serclaes. — Duque de la Vega. — Duque de Villahermosa.

Marqués de Acha. — Marqués de Aledo. — Marqués de Benavites. — Marqués de Canillejas. — Marqués de Cardeñosa. — Marqués de Casajara. — Marqués de Casa-Treviño. — Marqués de Figueroa. — Marqués de Huelves. — Marqués de Ibarra. — Marqués de Lozoya. — Marqués de Rafal. — Marqués de San Feliz. — Marqués de Santa Cara. — Marqués de Valdespina. — Marqués de Valenzuela. — Marqués de Valdueza. — Marqués de la Vega de Anzo. — Marqués de Villamediana. — Marqués de Zahara.

Conde de Asmir. — Conde de Cedillo. — Conde de la Cortina. — Conde de Doña Marina. — Conde de la Florida. — Conde de Guevara. — Conde de Lizárraga. — Conde de Mirasol. — Conde de Montornés. — Conde de los Moriles. — Conde de la Mortera. — Conde de la Puebla de Portugal. — Conde de Torres Cabrera. — Conde del Valle de Pendueles. — Conde del Valle de Suchil. — Conde de Vallellano. — Conde de la Vega del Sella. — Conde de Villanueva de la Barca.

Barón de Adzaneta. — Barón de Benasque. — Barón de Rivelles.

Indalecio Abril, *Ingeniero*. — Pedro Albadalejo, *Propietario*. — Ramón Albó, *Publicista*. — Alberto de Alcocer, *Ex Alcalde de Madrid*. — José Alvarez Lozano, *Catedrático*. — José Alvarez Ude, *Académico*. — José Joaquín de Ampuero, *Ex Senador del*

Reino. — P. Marcelino Arnáiz, *Académico*. — Miguel Artigas, *Director de la Biblioteca «Menéndez y Pelayo»*. — Martín de Asúa, *Abogado*. — José María de Azara, *Consejero del Banco de España*. — Severino Aznar, *Académico*.

Luis Bahía, *Ex Senador del Reino*. — Federico Barrachina, *Presidente de la Federación de Obreros de Levante*. — Santiago Baselga, *Ex Diputado a Cortes*. — Jacinto Benavente, *Académico*. — Francisco Bergamín, *Ex Ministro*. — Luis Bermejo, *Rector de la Universidad Central*. — Esteban de Bilbao, *Presidente de la Diputación de Vizcaya*. — Manuel de Bofarull, *Ex Senador del Reino*. — Manuel de Bofarull y Romañá, *Doctor en Derecho*. — José Buhigas, *Cónsul General*.

César Carvajal, *Propietario*. — Ramón Comas, *Médico*. — Rafael Comenge, *Publicista*. — Emilio Corbella, *Delegado General de los Centros Hispano-Marroquíes*. — Juan F. Correas, *Presbítero*. — José María de Cossío, *Literato*. — Enrique Crespo, *Militar*. — Francisco Cueva Palacio, *Catedrático*.

Jaime Chicharro, *Ex Diputado a Cortes*.

José Diez de la Cortina, *Militar*. — Julián Díaz Valdepares, *Auditor del Tribunal de la Rota*. — Pedro Donoso Cortés, *Militar*. — Gerardo Doval, *Vicepresidente del Ateneo de Madrid*.

Enrique Esperabé, *Rector de la Universidad de Salamanca*.

Santiago Fuentes Pila, *Gobernador Civil*. — Rafael Fabián, *Propietario*. — Joaquín Fanjul, *General*. — Pedro Fanjul, *Ex Director General*. — Mi-

guel Fernández Peñaflor, *Periodista.* — Joaquín Fernández Prida, *Ex Ministro.* — Fidelino Figueiredo, *Escritor.*

José D. Gafo, *O. P.* — José Gálvez, *Doctor en Medicina.* — Fermín Garrido, *Rector de la Universidad de Granada.* — Antonio Goicoechea, *Ex Ministro.* — Manuel Gómez Roldán, *Abogado.* — Mariano Gómez Ulla, *Cirujano.* — Agustín González Amezúa, *Académico.* — Toribio Gimeno Bayón, *Notario.* — Francisco González Rojas, *Ex Diputado a Cortes.* — Manuel Graña, *Periodista.* — José María Gutiérrez Calderón, *Fabricante.*

Angel Herrera, *Director de «El Debate».* — Pablo Higes, *Presbítero.*

Inocencio Jiménez, *Catedrático.* — Luis Jordana de Pozas, *Catedrático.* — Santiago Juliá, *Propietario.*

Guillermo Koehler, *Industrial.*

Rafael Lamamié de Clairac, *Ganadero.* — José Latre, *Publicista.* — Luis de Lezama Leguizamón, *Propietario.* — Ricardo León, *Académico.* — Aureliano López Becerra, *Director de «La Gaceta del Norte».* — José López Cepero, *Presidente de la Diputación de Sevilla.* — Alvaro López Núñez, *Académico.* — Valentín Lostau, *Abogado.* — Luis Lucía, *Director de «La Voz de Valencia».*

Luis Mac-Crohón, *Teniente Alcalde del Ayuntamiento de Madrid.* — José M.ª Madariaga Casado, *Académico.* — Gregorio Marañón, *Académico.* — Rafael Marín Lázaro, *Ex Director General.* — Antonio Martínez Domingo, *Ex Alcalde de Barcelona.*

— Luis Martínez Kleiser, *Publicista.* — General Marvá, *Académico.* — Antonio Maseda, *Abogado.* — Santiago Mazarrasa, *Director del Monte de Piedad.* — Luis Menéndez de Luarca, *Propietario.* — Pedro Menor, *Notario.* — Salvador Minguijón, *Catedrático.* — Antonio Monedero, *Presidente de la Liga de Campesinos.* — José de la Morena Uriain, *Abogado.* — Manuel de Montoliu, *Escritor.* — Mariano Morales, *Doctor en Medicina.*

Ramón de Olazabal, *Propietario.* — Ramón de Olascoaga, *Publicista.* — Ricardo de Oreja, *Ex Gobernador.* — José Luis de Oriol, *Arquitecto.* — Félix Ortis Sampelayo, *Escritor.* — Angel Ossorio, *Abogado.*

Mariano de Pano, *Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza.* — José Parellada, *Abogado.* — José Pemán, *Asambleísta.* — José Pemartín, *Teniente Alcalde del Ayuntamiento de Sevilla.* — Fernando Pérez Bueno, *Catedrático.* — Rafael Picavea, *Director de «El Pueblo Vasco».* — José María Plans, *Académico.* — José del Portillo, *Hacendado.* — Jenaro Poza, *Ex Diputado a Cortes.* — Víctor Pradera, *Asambleísta.*

Fernando de Querol, *Propietario.*

Julio Rey Pastor, *Académico.* — Luis Rodríguez de Viguri, *Ex Ministro.* — Ricardo Royo Villanova, *Rector de la Universidad de Zaragoza.* — José Rubió y Lluch, *Académico.* — Eduardo Ruiz y García de Hita, *Presidente de Sala del Tribunal Supremo.*

Luis Sáinz de los Terreros, *Arquitecto.* — Feli-

pe Salcedo Bermejillo, *Presidente de la Diputación Provincial de Madrid.* — Manuel de Sandoval, *Académico.* — César Sanz, *Militar.* — Graciano Sela, *Financiero.* — Manuel Senante, *Director de «El Siglo Futuro».* — Manuel Simó, *Ex Diputado a Cortes.* — Antonio Simonena, *Catedrático.* — Manuel Siurot, *Publicista.* — Fermín Sojo, *General y Publicista.* — Santiago Subirana, *Editor.*

Diego Tortosa, *Canónigo.* — Camilo de Torres, *Propietario.* — José María Torroja, *Académico.*

José M.ª de Urquijo, *Naviero.*

Cristóbal Valdés, *Propietario.* — Ricardo Varela, *Médico.* — Ramón Vergé, *Secretario de la Federación de Industrias.*

Juan Zaragüeta, *Académico.* — Luis de Zulueta y Ruiz de Gámiz, *Propietario.* — José M.ª Zumalacárregui, *Catedrático.*

Madrid, mayo de 1928.

JUNTA ORGANIZADORA

Presidente

EMMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO.

Vicepresidentes

EXCMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.
» » DUQUE VIUDO DE BAILÉN.
» » D. MANUEL DE BOFARULL.
ILMO. » D. VÍCTOR PRADERA.

Vocales

EXCMO. SR. MARQUÉS DE ALEDO.
» » MARQUÉS DE FIGUEROA.
» » MARQUÉS DE IBARRA.
» » MARQUÉS DE RAFAL.
» » CONDE DE ASMIR.
» » CONDE DE LA MORTERA.
» » CONDE DE RODRÍGUEZ SAN PEDRO.
» » VIZCONDE DE EZA.
» » D. JOSÉ J. DE AMPUERO.
» » D. JULIÁN DÍAZ VALDEPARES.
» » D. JOAQUÍN FANJUL Y GOÑI.
SR. D. ANGEL HERRERA Y ORIA.
RDO. P. FR. JUAN R. LEGÍSIMA.
SR. D. LUIS DE LEZAMA LEGUIZAMÓN.
EXCMO. SR. D. RAFAEL MARÍN LÁZARO.
ILMO. » D. FERNANDO PÉREZ BUENO.
» » D. JOSÉ LUIS DE ORIOL.
» » D. MANUEL SENANTE.
EXCMO. » D. MANUEL SIMÓ.
SR. D. LUIS DE ZULUETA Y RUIZ DE GÁMIZ.

Secretario

ILMO. SR. CONDE DE LA FLORIDA.

SECRETARIADO GENERAL

ILMO. SR. D. MANUEL DE BOFARULL Y ROMAÑÁ.
» » D. JOSÉ DIEZ DE LA CORTINA DE OLAETA.



+ Fr. Zacarías, O. S. A.
Arzobispo de Santiago

PREFACIO

Para el primer tomo de las obras de D. Juan Vázquez de Mella, me ruegan los señores de la Junta de Homenaje que escriba yo unas líneas de prólogo. Pero ¿es que lo necesitan las obras de Mella? Aparte de que ellas se recomiendan por su doctrina sólida, su forma artística insuperable y su elocuencia sin rival, el prólogo debiera ser otro libro en que se analizaran profundamente todas las ideas madres contenidas en esos tomos, todas las imágenes que las adornan, la erudición pasmosa que las abrillanta y la formidable dialéctica que las une con eslabones de oro y acero, para hacer surgir la semblanza de la figura simpática y atrayente del autor a quien los mismos enemigos (v. gr. D. Nicolás Salmerón) no sólo respetaban, sino que le admiraban y amaban como a una gloria nacional, como a Verbo de la Raza, como a filósofo y orador insigne, al cual poquísimos

hay que puedan compararsele en la historia de la elocuencia española.

La oratoria de Mella no tiene quizá la pompa y la emoción de la de Donoso Cortés, ni los colores y matices tropicales de la de Castelar, ni la precisión descriptiva y lapidaria de la de D. Antonia Maura, ni la fuerza emotiva y vibrante de la de D. Alejandro Pidal y Món en sus buenos tiempos (por no citar a otros oradores españoles). Pero tiene más solidez y más substancia, más Filosofía y Teología e Historia y Ciencia y más dialéctica que la de todos ellos, y más amenidad también; y cuando Mella se caldeaba de veras en la fragua de su fe católica a marcha martillo, o de su patriotismo sin rival, o de su indignación desbordada ante las injusticias sociales y la vileza de la mentira y la calumnia, entonces su elocuencia subía a las cumbres más altas a que puede llegar la palabra del hombre, como nosotros oímos de labios del Sr. Maura, después de haber escuchado un discurso estupendo de Mella.

Imposible describir los éxitos resonantes de su elocuencia. Su facilidad para hablar en público era tan grande, que no escribía apunte alguno ni

siquiera una línea en donde constase el orden de las ideas que iba a desenvolver. Y así como él dijo de Menéndez Pelayo que muchas veces no iba a la Biblioteca, porque la Biblioteca estaba en él, de igual modo Mella no necesitaba auxiliares exteriores nemotécnicos, porque llevaba en su interior, como grabados en placa fotográfica para acudir rápidamente a la voz de su dueño, las ideas y las imágenes, los hechos y los principios, todo íntimamente ligado con el razonamiento dialéctico que Mella hacía caer sobre el auditorio asombrado como una catarata de luz soberana y deslumbrante.

Por eso, al solo anuncio de un discurso de Mella, se llenaban con mucha anticipación — y por grandes que fuesen — los locales en donde se iba a pronunciar. Desde los primeros que muy joven pronunció en el Congreso y que le valieron, por parte de Cánovas del Castillo, la oferta de una cartera, oferta rechazada con virilidad honrosa; cuando Mella se levantaba a hablar, los oyentes le escuchaban con un silencio profundo, casi religioso.

Por lo que al principio dijimos, no intentamos

dar ni una idea remota de las excelsas cualidades oratorias del Sr. Mella, que en parte nada más pueden adivinarse con la lectura de las obras que van a ver la luz. El título de cada uno de los capítulos de este tomo indica bien claramente que la fe racial (como hoy se dice) y católica del alma hermosísima del Sr. Mella, sus hondos sentimientos de la Monarquía y de la Patria, fueron el manantial irrestañable de su inspiración soberana; y la defensa que hace de esos ideales, de los dogmas y misterios y maravillas de la Religión y de las glorias y grandezas de España, desvaneciendo las nubes de la leyenda negra, con todos los datos de la moderna crítica histórica y todos los recursos de las ciencias sagradas y profanas, difícilmente será refutada por nadie si no es por algún Aristarco que niegue la luz del sol, los resplandores de la Verdad y las normas de la Justicia. En cambio — estamos seguros de ello, — todos los españoles honrados leerán y releerán con avidez las páginas de estos libros, — que, como los de Menéndez Pelayo, debieran aprender de memoria todos los hijos de España, desde los niños de Escuela, al Catedrático y al Magistrado,

seglares y sacerdotes — para instruirse sólidamente con el acopio de las doctrinas y deleitarse de un modo espiritual con la forma galana y elocuentísima de su envoltura, a través de la cual se oye latir aquel corazón magnánimo y robusto, generoso y grande — más grande que su cabeza, con ser la cabeza del Sr. Mella uno de los mejores tronos del pensamiento español.

FR. ZACARÍAS MARTÍNEZ, O. S. A.

APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA

La verdad por delante, no sea cosa que tenga la desgracia de incurrir en falta, siquiera aparente, de engaño o de defraudación quien como yo, ha rendido culto ferviente a la formalidad y se ha honrado cumpliendo, incluso con exageración, sus compromisos. Escribir una biografía vale tanto como hacer la historia de una persona; y si aun la de la más modesta ofrecería dificultades, pues no hay vida en la que, en más o en menos. no hayan influído diversidad de factores, calcule el lector cuán ardua sería la empresa de historiar la de un personaje como D. Juan Vázquez de Mella y Fanjul, dado que, al propio tiempo que el de su vivir, tendríamos que observar y estudiar la vida de España e incluso la de otras naciones, las circunstancias y los ambientes que fueron parte para la actuación de aquél, y ello requeriría, aun someramente recogido y tratado, doble número de páginas que las que componen este tomo; porque los primeros años de la vida de Mella fueron coetáneos de la Revolución de septiembre, y sus mocedades coincidieron con la Restauración y la Regencia. Y en los días de ésta, cuando alternaban en el Gobierno Cánovas del Castillo y Sagasta, llegó él a las Cortes. en las que continuó buena pieza del nuevo Reinado. Y como aun ta-

chado, con falta de razón, de poco diligente, es lo cierto que ningún acaecimiento de importancia se ha producido, así en el campo de las derechas absolutas como en el de las derechas relativas, sin que en él tuviese algún modo de intervención o de consulta el glorioso tribuno, se comprende que una biografía verdadera de Mella tendría que abarcar cincuenta años o más de la vida de España en el aspecto religioso, social, político y literario. Esta biografía debe escribirse, y espero que se escribirá; mas yo no me he comprometido a cosa que se le parezca, por lo cual quiero declarar y declaro, en estas primeras líneas, que mi misión quedará cumplida con adelantar, o, dicho con más exactitud, recordar algunas notas o datos referentes a la vida del insigne pensador, que den, siquiera muy incompleta y pálidamente, idea del hombre y de su obra, dejando a otros que posean medios de cultura y de tiempo de que carezco, la empresa de componer una verdadera biografía del insigne orador.

* * *

Escrito lo que precede a manera de aclaración y descargo de conciencia, consignemos que D. Juan Vázquez de Mella y Fanjul nació en Cangas de Onís el 8 de junio de 1861, y fué bautizado en la parroquia de Santa María de la expresada villa por el Coadjutor de la misma D. Francisco Fernández Tresguerras. Constan en la partida de bautismo, cuya copia, sellada y firmada en la ciudad de Cangas

de Onís a 27 de diciembre del año último por el Licenciado Daniel Duque Sánchez, obra en mi poder, los particulares siguientes: que Mella vino al mundo a las dos de la madrugada del expresado día 8 de junio; que era hijo legítimo y de legítimo matrimonio de D. Juan Antonio Vázquez Mella y Varela, Teniente Coronel retirado y natural de Boimorto, en la provincia de La Coruña, y de D.ª Teresa Fanjul, de Cangas; siendo sus abuelos paternos D. Andrés Vázquez Mella, natural de Filgueira, y D.ª Antonia Varela, de la parroquia de Golon; y los maternos D. Antonio Fanjul, natural de Tiñana en el Concejo de Pola, y D.ª Teresa Blanco, de Cangas. Se le puso por nombre Juan Antonio María Casto Francisco de Sales, y fueron sus padrinos — dice la partida bautismal — D. Rodrigo de Nava y D.ª María de las Nieves, vecinos de la propia parroquia de Santa María de Cangas.

Podríamos referirnos aquí a algunos ascendientes de D. Juan Vázquez de Mella, como el ilustre Cardenal zamorano que honró ese apellido. El retrato del insigne purpurado lo verían cuantos fueron recibidos por el gran orador en su despacho. Del nombrado príncipe de la Iglesia y de otros magníficos brotes de su árbol genealógico hablaba con cierta frecuencia y muy complacido D. Juan. Nosotros creemos que en éste culminó la gloria del apellido, pues que nuestro eximio pensador es de los que con los hechos de su vida honran perdurablemente una familia, una nación y hasta una raza.

D. Juan Antonio Vázquez de Mella y Varela fué

a Cangas, destinado a las oficinas militares que a la sazón había allí. Tenía la graduación de Comandante, y era, según algunos, de temperamento vivo y enérgico y de ideas un tanto exaltadas, teniéndosele por la primera figura del republicanismo y señalándosele como el lugarteniente del Comité provincial. No faltan quienes aseguran que fué él quien proclamó la República en Cangas, luego de la Revolución. Soltero D. Juan Antonio, puso sus ojos en una señorita justamente afamada de virtuosa, D.ª Teresa Fanjul — D.ª Teresina la llamaban todos, — hermana del honorable D. Casto, dueño de un establecimiento mercantil de los mejores de la provincia, que abarcaba diversos ramos del comercio; y dueño, también, de una fábrica de curtidos. Formalizadas las relaciones, contrajeron matrimonio, del que hubieron un hijo, único, nuestro biografiado; el cual, si bien recibió las más sanas enseñanzas y los mejores ejemplos de religiosidad de su santa madre, parece que en sus primeros años, según determinadas referencias, no dejó de estar influído por las ideas políticas de su padre. Desde muy niño, dice uno de nuestros informes, se subía a las pipas desocupadas que se iban arrinconando a las puertas de las tabernas y arengaba a la chiquillería. Se cuenta también que, en cierta ocasión, fué llamado el niño por su padre al piso segundo de la casa, donde vivía un amigo suyo, que por cierto no participaba de sus ideas, con el cual amigo se encontraba el entonces Párroco D. Braulio Quiñones; y que juntos los tres y llegado el niño, D. Juan Antonio le invitó

a que pronunciara un discurso; y como lo hiciese de tonos políticos revolucionarios, su padre le interrumpió, tal vez por respeto a D. Braulio, diciéndole: «No dispares, Juanín», dando entonces fin al discurso con estas palabras: «Y termino, porque tengo miedo a disparar».

Creemos que, en todo o en mucha parte de lo que dejamos relatado, tiene incomparablemente menos parte la verdad que la fantasía. Nos fundamos, para afirmarlo así, en dos razones, que mejor pudiéramos decir hechos: 1.º Que, sabedor del caso, de lo que se contaba, dos años antes de morir, el señor Mella, por nuestro común amigo el ex diputado D. Jaime Chicharro, escribió a persona de su confianza en Cangas desmintiendo en absoluto semejantes cuentos. En un «Otrosí» — la carta iba dirigida a un procurador, — decía lo siguiente: «Tampoco fuí republicano, ni lo fué jamás mi padre. La confusión debe venir de un artículo que publicó *El Popular* — semanario local — diciendo que mi padre había proclamado ahí la República. Oportunamente escribí una carta al director deshaciendo el error». 2.º Puedo asegurar que, en mis largos años de diaria convivencia con Mella, siempre le oí expresarse como irreductible adversario de la forma de gobierno republicana; y en cierta ocasión en que alguien, de máxima autoridad para él y para todos, presintiendo, acaso, el porvenir, insinuaba la conveniencia de irse preparando para una República católica, él le contestó con estas rotundas palabras: «Eso, ¡jamás!».

Muerto D. Juan Antonio Vázquez Mella, su viuda e hijo — éste contaría como diez años, — siguieron en compañía de D. Casto Fanjul, hasta que, más tarde, contrariedades mercantiles dieron al traste con los bienes de D. Casto, y entonces D.ª Teresa marchó a Galicia, bajo el amparo y protección de unas cuñadas que tenían modesta fortuna.

* * *

La segunda enseñanza la estudió Mella en el Colegio de Valdediós durante los años del 1874-77. Poseemos algunas notas según las cuales, en el curso de 1874-75, estudió y aprobó Aritmética y Algebra y Geografía. En el de 1875-76, Geometría y Trigonometría, Historia Universal y Retórica y Poética. Figuró en ese curso entre los alumnos premiados con diploma de tercera clase en los trimestres segundo y tercero. Este premio solía concederse por el Colegio a los alumnos aprobados en los exámenes trimestrales, que no hubiesen incurrido en falta. En el curso de 1876-77, aprobó Física y Química, Historia Natural y Fisiología e Higiene, obteniendo, como en el anterior, diploma de tercera clase en el primero, segundo y tercer trimestres, recibiéndose de Bachiller en este mismo año y dejando el Colegio de Valdediós.

Del paso de Mella por éste, no quedó el rastro luminoso que podía esperarse de quien años después era considerado por todos como una de las grandes figuras nacionales. Las calificaciones que

obtuvo en el Colegio fueron bajas, algunas de mediano, varias de bueno, pocas de notable y ninguna de sobresaliente, lo cual justificaba que se le diputara intelectualmente como medianía.

Cuenta uno de los que le conocieron en el Seminario de Valdediós que la conducta de Mella en él era ejemplar, intachable; que nunca se le vió participar en los recreos de sus compañeros, y que, en tanto que éstos jugaban y charlaban, Mella paseaba, unas veces pensativo, como si anduviera filosofando, ordinariamente leyendo un periódico, que solía ser del día, cosa que extrañaba a muchos, pues que a los estudiantes no les era permitido leer periódicos, sin embargo de lo cual a Mella se le consentía, ya que lo llevaba a la vista de todos, incluso de los superiores, sin que éstos le llamasen la atención, por lo que se llegó a sospechar que había sido autorizado para ello. Otras veces, en vez del periódico, leía algún libro; y a éste propósito se cuenta que, cierto día, durante el tiempo destinado a recreo, deambulaba Mella leyendo un libro, y se le acercó un alumno de primer año, que frisaba entre los once y doce, preguntándole: — ¿Qué libro es ése que traes? — Es el «Quijote», le respondió el interpelado. — ¡ Ah !, sí, le conozco, replicó a su vez el niño. — Pero ¡ cómo ! ¿ tú, tan pequeño, has leído ya el «Quijote» ? — Sí, añadió aquél: el «Quijote» fué un hombre flaco, que nació en la Mancha. — No, niño, no, el «Quijote», dijo Mella, no nació, no fué una persona real, fué tan sólo un ser fantástico que inventó Cervantes, autor de este libro; en fin, esto

es mucha filosofía para ti que aun eres muy niño. — Pero éste no se convencía y continuaba la discusión; y ya por fin el niño, como quemando el último cartucho, y viendo que no lograba el asentimiento de su interlocutor, le dijo: — Es cierto, muy cierto que D. Quijote nació y vivió; y la prueba es que antes de morir hizo testamento. Esta ingeniosa salida le hizo muchísima gracia a Mella, el cual, sin poder contener la risa, se marchó, dejando al niño en actitud de seguir discutiendo; mas, en lo sucesivo, siempre que pasaba por su lado, le dirigía alguna palabra cariñosa. Mella era tan inclinado a la soledad, que nunca se le vió alternando en la conversación con los demás compañeros.

Lo que seguidamente vamos a relatar demuestra, sin embargo, a nuestro entender, que hubo alguien en Valdediós que no consideraba a Mella como uno de tantos, sino que previó que la madera de aquel mocito era la de los hombres extraordinarios. Por el tiempo a que hacemos referencia, figuraba entre los profesoes del tan repetido Colegio el señor Menéndez Conde, que murió muchos años después, siendo Arzobispo de Valencia. El señor Menéndez Conde, sin dejar de ser afable y cariñoso con todos, se mantenía a cierta distancia de los estudiantes, no hablando con ellos sino cuando tenía que advertirles o que reprenderles. Hizo, no obstante, una excepción en favor de Mella, hasta el punto de pasear solamente con él, sosteniendo muy animada conversación; hecho que revela que a la clara y poderosa inteligencia del insigne Menéndez Conde no se ocul-

taba el gran talento, a la sazón en germen, del que había de ser más tarde gloria nacional. Por cierto que, allá por el año de 1906, cuando el Conde de Romanones, Ministro de Gracia y Justicia, hizo sus pinitos anticlericales con lo del matrimonio civil, el señor Menéndez Conde publicó un documento pastoral notabilísimo, y el señor Mella, apoyándose en él, un artículo que puede figurar entre los más brillantes y hermosos que salieron de su pluma.

En el Colegio de Valdediós hay actualmente un retrato de Mella con la siguiente dedicatoria: «Recuerdo cariñosísimo al Colegio de Valdediós, donde pasé los mejores años de mi vida, aleccionado por profesores inolvidables en las enseñanzas religiosas que han servido de guía a mi entendimiento y a mi voluntad».

Si por acaso habían germinado, aunque débilmente, en el alma y en el corazón de nuestro biografiado algunas de las semillas de rebeldía y de revolucionarismo, fueron ahogadas por las enseñanzas religiosas de Valdediós, unidas a los constantes ejemplos de virtud de su santa madre, D.ª Teresa, profundamente religiosa y tradicionalista.

Terminado el bachillerato, en las circunstancias y bajo el amparo familiar a que antes nos hemos referido, la viuda de D. Juan Antonio Vázquez Mella y Varela, con su hijito, muy dolorida, aunque muy resignada, se trasladó a Boimorto.

* * *

Es de creer que, apenas llegados a Boimorto, D.ª Teresa sentiría la preocupación de la carrera mayor de su hijo y que, dadas las aptitudes e inclinaciones de éste, se decidirían por la de abogado. Acerca de Mella estudiante universitario corren dos versiones que, si bien aparentemente se contradicen, coinciden en el fondo; pues que, siendo asiduo y puntual, o descuidado en lo tocante a la asistencia a las aulas, sentía, no las meras curiosidades de los que almacenan ideas e investigaciones de otros, como quien almacena garbanzos, sino aquel deseo de saber, que, filosofando sobre personas y cosas, es la base de los sabios-fábricas. Posiblemente no fué Mella de los alumnos que con mayor asiduidad y exactitud frecuentaban las clases; pero es seguro que frecuentaría la Biblioteca de la Universidad para saber lo que no decían los textos, ni pedían los programas; así, durante el curso de Literatura general y española, él leyó, estudió y puede decirse que aprendió las obras de nuestros clásicos. Y lo mismo podría afirmarse del mayor número de las asignaturas de la Facultad de Derecho, especialmente de la parte general y filosófica de las mismas, pues desde joven sentía cierta repugnancia hacia el abogadismo.

Por aquel conocimiento de la Literatura, de la Historia y de la parte general y filosófica del Derecho, destacó pronto su personalidad en las aulas y, fuera de ellas, en el periodismo y en los centros

científicoliterarios. Sus primeras armas oratorias las hizo en el Ateneo compostelano contendiendo con otros jóvenes de gran valer, quienes, por profesar ideas flexibles y acomodaticias que permiten formar en partidos de ancha base y de vida poco austera, pudieron ser, y fueron, figuras políticas preeminentes y ocuparon cargos de gran relieve.

* * *

Como periodista, Mella empezó a adquirir legítima notoriedad en los días, de triste recordación, de las discordias y divisiones en el tradicionalismo. Como no creo prudente contribuir, ni en mínima parte, a refrescar llagas que han venido ya a cicatrización, paso, como sobre ascuas, por tal período, que he calificado de triste, en cuanto que por unos y por otros elementos se luchó despiadadamente con daño de lo principal en que, al fin, todos coincidían; pero permítaseme recordar que la refutación más seria del llamado «Manifiesto de Burgos», la hizo Mella desde las columnas de la revista *La Restauración,* que dirigía y publicaba el yerno del gran Aparisi y Guijarro, D. Francisco de Paula Quereda; y que el periódico *El Pensamiento Galaico* se hizo famoso, no sólo en Santiago y en la provincia de La Coruña, sino en toda España, por los artículos de «Franco Leal» — seudónimo de un ilustre notario gallego (1),—pero muy principalmente por los de

(1) Aludimos a D. Jesús Fernández Suárez, fallecido después de escritas estas *notas.*

nuestro biografiado — «el abogadillo» a quien aludió repetidas veces el insigne D. Francisco Mateos Gago, — que, en posesión de una dialéctica formidable, de un caudal de doctrina inmenso y de una pluma que dominaba todos los géneros literarios, defendía, frente a sus adversarios de aquella época, como legítimo representante, leal y caballeresco guardador de las tradiciones católico-monárquicas, al primer Duque de Madrid.

Las resonantes campañas de *El Pensamiento Galaico* no pasaron, naturalmente, inadvertidas, sino que, por el contrario, fijaron la atención del Marqués de Cerralbo, Jefe delegado de la Comunión Tradicionalista, a la que entonces consagraba todas sus actividades; y considerando como un gran bien que el órgano oficial del carlismo, *El Correo Español* — dirigido nominalmente en aquella fecha por D. Luis M.ª de Llauder, en realidad por D. Leandro Herrero, ambos de ilustre prosapia tradicionalista y de bien probados méritos literario-periodísticos, — contara con la pluma brillante y la Comunión con la palabra limpia y acerada de Mella, ofreció a éste un puesto en el nombrado periódico, expresándole lo mucho que de su actuación esperaban la Religión, la Patria y el Rey.

Aceptado por Mella, bien pronto y con bastante frecuencia empezó a alternar, al pie de los artículos que aparecían en las columnas de *El Correo Español,* la inicial «M» con los seudónimos «Eneas» y «Tulio», que correspondían, respectivamente, a don Benigno Bolaños y a D. Leandro Herrero. Los ar-

tículos de Mella eran siempre o casi siempre doctrinales, de carácter religioso-político; pocas veces versaban sobre asuntos literarios y algunas sobre cuestiones de carácter social, ofreciendo en todos ellos, aun cuando se tratara de cosas conocidas, puntos de vista nuevos, que venían como a rejuvenecer la doctrina tradicionalista. Lo que a la sazón llamábamos todos *fuerismo,* fué dilatado y en cierta manera hermoseado y engrandecido por Mella con la brillante y continuada propugnación de la doctrina regionalista, que algunos sistemáticos enemigos de las novedades, o de lo que para ellos eran novedades, se resistían a admitir. Hubo por ello sus más y sus menos entre algunos de los elementos principales de *El Correo Español,* y en definitiva, y como era lógico que sucediese, triunfó en toda la línea el criterio de Mella que sostenía el carácter federal de la Monarquía española.

* * *

Extraordinaria estima merecía Mella como escritor, pero, desde sus intervenciones en las veladas del Círculo Carlista de Madrid y en varios actos celebrados en los de provincias, como después de la conferencia que pronunció en el Ateneo de esta Corte acerca de la opinión pública, todos le señalábamos como al gran orador que en las Cortes, en las que en aquel tiempo contábamos con maestro tan respetable y respetado como D. Matías Barrio y Mier, con técnico de la reputación de D. Cesáreo

Sanz y con guerrillero parlamentario tan experto y útil como D. Joaquín Llorens, pudiera alternar con ventaja, o al menos sin desventaja, con las primeras figuras parlamentarias. Admiradores nosotros, como todos los carlistas jóvenes, y como casi todos los carlistas viejos, de Vázquez de Mella, vimos con verdadera complacencia la presentación de su candidatura para Diputado por el Distrito de Valls, pero temiendo, como así aconteció, que fuera burlado el cuerpo electoral por las maniobras caciquiles. En las elecciones siguientes, las de 1893, vino por primera vez al Congreso representando el distrito de Estella; pues, aun cuando se pusieron en obra por los adversarios todos los medios para arrebatarle el acta, no lo lograron: la bizarría, la entereza. el gesto de resolución de no dejarse atropellar que vieron y comprobaron los muñidores de la candidatura contraria en los correligionarios de Mella, fueron parte para que aquéllos desistieran de sus insensatos propósitos, y la Junta de escrutinio, reunida en la capital del distrito, le proclamó diputado electo.

Como por aquellas fechas aun residía yo en la amadísima capital de mi provincia, no viví la satisfacción honda e intensa que experimentaron los tradicionalistas de la Corte con la victoria del que ya denominaban su tribuno; pero algo y aun algos se me alcanzó de ello por las manifestaciones de encendido entusiasmo que tan venturoso suceso inspiraba al señor Marqués de Cerralbo, quien por tales días permaneció algunos en Murcia con la Marquesa, su

mujer, sus hijos políticos la señorita Amelia del Valle y el Marqués de Villahuerta, y D. Eusebio de Zubizarreta, diputado electo por Tolosa.

Abiertas las Cortes, la primera intervención de Mella en los debates de las mismas fué en defensa del voto particular al dictamen de la Comisión de incompatibilidades favorable a la admisión como diputado del señor Guelbenzu, que vino proclamado por Tudela frente a D. Miguel Irigaray. Aunque debate de tal naturaleza, puramente de abogado, no se prestaba al lucimiento, el talento de Mella le dió gran relieve, siendo su argumentación tan poderosa que fué menester la presión del Gobierno sobre los diputados ministeriales para que se salvase del naufragio el electo de Tudela.

Pocos días después se declaró el Congreso en sesión permanente, para afrontar la obstrucción de la minoría repúblicana; y como, en tal sazón, aun reglaba la conducta política el criterio de considerarse circunstancialmente como amigos los que tenían un mismo adversario, los tradicionalistas apoyaron a los republicanos con repetidas intervenciones en los debates. Las tres o cuatro de Mella fueron muy venturosas, sobre todas la en que pidió que la sesión se suspendiera en homenaje a la extraordinaria festividad del día, pues era la Ascensión del Señor, discurso que terminó parodiando las palabras del comunero Padilla: «Ayer fué día de luchar como políticos, hoy lo es de rezar como cristianos». Como comentario a estos discursos escribió Julio Burell, en *El Nuevo Heraldo*, el artículo en que

afirmaba que el joven diputado carlista había entrado en el Congreso por la puerta grande, colocándose a la altura de los primeros; y cuenta que, en aquel tiempo, los primeros se llamaban Cánovas del Castillo, Castelar, Martos, Salmerón, Pidal, Silvela, Maura, Moret, Carvajal, Gamazo y otros.

Desde entonces, en aquellas Cortes, y en las sucesivas, Mella intervino en todos los debates solemnes y contendió con los grandes oradores republicanos y dinásticos, salvo con Castelar, que, retado por él desde la Prensa y desde la propia tribuna parlamentaria para que acudiera al Congreso a fin de pedirle cuenta de ciertos juicios poco ajustados a la verdad histórica que aquel difundiera en daño de la ascendencia de una augusta dama, no quiso aceptar el reto.

Desde 1893 a 1919, descontados los que funcionaron del 1900 a 1905 — en este período estuvo parte emigrado en Portugal, parte retirado en Filgueira, consagrado al estudio, — perteneció Mella a todos los parlamentos, representando los distritos de Estella y Aoíz y luego la circunscripción de Pamplona. Un biógrafo de aquél consigna que, en una de las últimas legislaturas, se presentó D. Juan candidato por Oviedo frente a una coalición circunstancial de reformistas y socialistas contra los conservadores, que tenían por jefe al actual Marqués de Aledo, y que la aludida fué una de sus campañas más fuertes, pero de las más estériles, *puesto que quedó derrotado*. Este dato es totalmente inexacto. Mella triunfó entonces por la circunscripción de

Oviedo, juntamente con su compañero de candidatura; y habiendo sido elegido, a la vez, por Pamplona, renunció esta segunda acta, porque la representación de Oviedo le permitía moverse con mayor independencia política.

* * *

No entra en mi propósito, ni haría al caso, citar y criticar todas, ni la mayor parte, de las conferencias y discursos pronunciados por el señor Vázquez de Mella. De muchos, verdaderamente improvisados, llenos de rasgos geniales, apenas si se tiene otra referencia que la de los extractos, muy imperfectos que publicaron algunos periódicos. En estos discursos comprendo yo los numerosísimos que pronunciara en sus viajes de propaganda y en sus correrías electorales por Navarra, La Rioja, Castilla, Cataluña, Asturias y las Vascongadas y en los Círculos Carlistas; todos los cuales discursos permiten decir que no ha habido orador alguno más dueño, más señor de su auditorio que Mella: arrastrado por su palabra, entonces más abundosa y encendida, aunque menos artística que en los años en que culminó su fama, aquel público habría ido sin vacilar, a donde el tribuno católico hubiese querido llevarle.

Creo haber dicho en otra parte que, para mí, uno de los mejores discursos fué el que pronunció en julio de 1896, en la discusión del Mensaje de la Corona; pero ahora añado que es uno de tantos mejores, pues en realidad mejores fueron todos: los

que pronunció exponiendo y defendiendo la doctrina regionalista; los de las guerras coloniales; el que hizo, siendo Presidente del Consejo Montero Ríos, como consecuencia de los graves sucesos de Barcelona, discurso en el cual se dijo y demostró por vez primera que se había faltado abiertamente a la ley fundamental al ceder el archipiélago filipino; el de 1907, en el debate sobre el discurso de la Corona que versó sobre el movimiento de la Solidaridad; el de la original y brillante exposición del sistema de representación por clases; la interpelación a Canalejas sobre sus concomitancias con los que trataron de organizar un partido católico; el de impugnación a la ley del Candado, en el que habló de la musa temblorosa del miedo; el del horóscopo de Maura; el de los sueños; en una palabra, todos, porque en todos — y más cuanto más avanzaba en experiencia y en arte y cuanto más dominaba todos los problemas de carácter nacional e internacional, merced al constante estudio de los mismos, pues, aunque sin sistema, Mella se pasó la vida estudiando y pensando en el bien de su Patria — brillaron la sabiduría, la elocuencia y el patriotismo del portentoso orador.

De los discursos que pronunció fuera de las Cortes habría que recordar muchos: citaremos el que, sobre el tema «El escepticismo y el egoísmo son los dos males que imperan en nuestro siglo, y la Iglesia es la única que puede curarlos», pronunció en los juegos florales de Sevilla en 1906; el de los días siguientes al Congreso Católico de Santiago; el de la Asociación de la Prensa acerca del Regionalismo, verdaderamente genial; el de las Arenas de Barcelona; el incomparable de cuando el Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Madrid; el del Teatro Romea de Murcia en los juegos florales de abril de 1912, que fué el himno más hermoso que podía cantarse en honor de la Patria y la más brillante corona con que se podían ceñir las sienes de una Madre; los de afirmación germanófila o, más exactamente dicho, de afirmación y mantenimiento vigorosos de la neutralidad del Estado frente a los intervencionistas aliadófilos, pronunciados en Madrid y en Santander; el del Teatro Real; su conferencia sobre el derecho a la ignorancia en la Academia de Jurisprudencia, etc., etc.; los cuales *etcéteras* comprenden un buen número de discursos, verdaderas joyas desde el punto de vista religioso, patriótico y artístico.

Físicamente, y con esto no digo nada nuevo, Mella no tenía cosa excesiva que agradecer a Dios Nuestro Señor; pero, cuando este hombre ocupaba la tribuna parecía otro distinto; diríase que se operaba en él una verdadera transfiguración: su semblante resplandecía cual si lo bañara una luz de lo alto; y aquella cabeza, de ordinario un poco abatida, erguíase con la fiereza, más cuadra decir con la majestad del león; y Mella entonces con aquel gesto, con aquel movimiento de cabeza, con aquellos ojos chispeantes y con su insuperable grandilocuencia que arrancó frecuentemente los aplausos de sus adversarios, hasta resultaba hermoso.

* * *

Las ideas de Mella se especificarán de un modo particular y concreto en alguno de los tomos de sus obras. Como digo al principio de este trabajo, tengo por obra de la fantasía lo que se cuenta en orden a su republicanismo; mas, en todo caso, ello no pasó de sus años infantiles. No he conocido a nadie más entusiasta, ni que lo fuera tanto como él, de la institución monárquica; y cuando hablaba de ella, lo mismo en público que en privado, parecían hacerlo por sus labios un gran filósofo y un gran poeta: el filósofo, razonando los fundamentos de la institución como insustituíble para realizar el bien de los pueblos, de tal manera que un rey que no lo procurase resultaría inclasificable entre los seres normales y habría que darle puesto entre los monstruos; y el poeta, para cantar las glorias de la Monarquía en aquellas síntesis históricas admirables, a través de las cuales veíamos desfilar las centurias y las generaciones católicas y monárquicas engrandecidas y sublimadas vitoreando al Rey.

Partidario resuelto de la Monarquía hereditaria, porque el Príncipe educado junto al Trono se educa en la mejor escuela de gobierno, y porque el considerarse ligado a una ascendencia ilustre y el representar una persona moral, muy superior a la persona física, obliga a mucho; creía que, aun en el caso de que en lo por venir no se considerara conveniente la manera de suceder ahora admitida en

todas partes, el problema estaría resuelto con ventaja sobre las repúblicas con la monarquía electiva vitalicia, de la cual es arquetipo el Pontificado. Monarquía templada, social e históricamente responsable; jerarquía de Poderes que, sin usurpar las funciones y facultades propias del Monarca, le contengan como un muro en caso de desbordamiento; representación por clases, ligado el procurador a sus electores por el mandato imperativo; regiones y municipios libres para gestionar sus peculiares intereses sin trabas ni dependencias burocráticas; reconocimiento del derecho de las regiones al uso y perfeccionamiento de su legislación civil, de su lengua y de su literatura, pero bien salvaguardado y defendido el interés común general y supremo de España, el de su unidad, por la necesaria centralización gubernativa, es decir, reconocimiento expreso de los derechos de la Iglesia, de los de la Patria, regiones y municipios y los propios de la realeza, usurpados en los exóticos sistemas por el refrendo, sin olvidar las Cortes y los Consejos, tales y como las necesidades de los tiempos los requiriesen; una democracia jerárquica que niegue los principios de la jacobina, y proclame que no todos tienen derecho a gobernar, porque la función gubernativa corresponde a los selectos, a los aptos, pero que todos tienen derecho a ser bien gobernados: he aquí unas cuantas ideas fundamentales que el señor Mella defendió en sus discursos y en sus escritos y que merecieron que el señor Azcárate dijese de aquél que había dado carácter científico al carlismo.

* * *

Algunas gentes de escasa consistencia intelectual y de no extraordinaria consistencia moral, en sus apasionamientos partidistas, tratan de hacer creer que Mella rectificó en los últimos años de su vida las ideas que había mantenido siempre. Ello es fácil decirlo, lo difícil sería probarlo. No se podrá citar un discurso, una conferencia, un artículo de Mella en el que se sostenga cosa alguna *esencial* o *fundamental* que esté en contradicción con lo que sostuvo siempre. En materia de principios, la bandera levantada por él en alto desde que entró en la vida pública, la mantuvo hasta el último instante de su vivir, sin ninguna claudicación y sin la más ligera sombra. En su apartamiento de Don Jaime, sobre la cuestión de conducta, hubo una cuestión de principios. Nunca dejó de reconocer el valor de la legitimidad de origen, pero siempre afirmó que aquélla se debilita y aun se pierde sin la legitimidad de ejercicio, y cuando el representante niega, con hechos, el carácter de su representación. La campaña de Mella de 1919 a 1923 fué, prescindiendo del período en que difícilmente dejan de manifestarse los agravios personales, campaña de principios. A ellos permaneció constantemente fiel, dando libelo de repudio a las solicitudes personalmente halagadoras que se le dirigían, como se lo diera, repetido, en los primeros años de su actuación política, cuando quiso atraérselo D. Antonio Cánovas del Castillo, que en

1895, dice un biógrafo, intentó levantarlo al Ministerio de Gracia y Justicia, a la salida ruidosa de Romero Robledo; y de aquellos instantes es la famosa frase que pronunció el ilustre estadista: «Conste que no he querido cazar a usted con liga».

Sobre estas cosas, y por las mismas razones que nos han impuesto la parquedad en lo referente al integrismo, no añadamos otras palabras, salvo éstas: en su vida pública Mella se movió siempre, absolutamente siempre, con ejemplar desinterés.

* * *

Estoy seguro de que habrá habido muchos españoles que hayan tenido por verdad inconcusa la afirmación de que Mella era hombre dado a la pereza y a la ociosidad. A quienes tal creyesen, o sigan creyendo, les invito a que recuerden si se ha hecho o intentado algo en España, algo transcendental, algo importante, en orden a lo que el gran tribuno representaba, sin su intervención personal. No tendrán semejante recuerdo. Porque, si Mella estuvo ausente, tal vez, de algunas de las magníficas paradas y de las pintorescas exhibiciones en las que el sol quiebra sus rayos en los cascos brillantes, en las ocasiones en que había que dar la cara y el pecho al enemigo, en la calle, en la tribuna, en el periódico, no faltó jamás. Que era algo desordenado en su trabajo, no hay por qué negarlo; pero este desorden ¿era hábito natural suyo, o consecuencia de su falta de salud, efecto de la enfermedad

que padeció tanto tiempo y que enerva las más recias voluntades?

Por lo demás, Mella estaba siempre, incluso cuando holgaba, y pase la paradoja, trabajando, porque ni su cerebro ni su palabra estaban ociosos nunca. En las horas que podríamos llamar de sobremesa, quienes tuvimos, durante largos años, la honra de acompañarle, podemos decir que continuamente recibíamos sabias lecciones: lecciones de filosofía, lecciones de historia, lecciones de política, lecciones, en fin, sobre las más varias disciplinas, con el encanto y la amenidad que le eran peculiares; porque, si como orador, como tribuno, puede ponerse a la altura de los más grandes, como conversador, podría situársele en el lugar de los primeros.

Es verdad que, por ese llamado desorden suyo, no llegó a escribir, aunque tuvo más de uno y más de dos pensados, los discursos de ingreso en las Academias de Ciencias Morales y Políticas y en la de la Lengua, y que dejó buen número de originales sin terminar. Sobre esto hemos de recordar que sus amigos le solíamos decir que padecía *apendicitis*. La razón era que, cuando apenas había discurrido un trabajo, a veces cuando lo tenía explanado en cuartillas, en alguna ocasión salido ya de la imprenta, se le ocurrían nuevos interesantísimos aspectos del problema, y le parecía, no por soberbia o vanidad de pensador ni de escritor, sino atendiendo a la pura finalidad propuesta, que no le era lícito escamotear y ocultar esos nuevos aspectos a sus posibles lectores; y por esta exquisitez de conciencia, por esta

alta probidad intelectual del que acomete la empresa de fabricar armas defensivas de los grandes principios religiosos, sociales y políticos para entregarlas a sus hermanos a fin de que las esgriman en las luchas con los errores y con las audacias de la época, quedaron incompletos y aún inéditos muchos trabajos que estuvieron logrados en la mente de Mella.

* * *

Se ha dicho o dado a entender por algunos que a éste lo tomaba con alguna frecuencia el pecado de la soberbia. Nosotros, que le tratamos íntimamente durante muchos años, nos permitimos oponer a semejante especie la más rotunda negativa. No hemos conocido persona de su calidad, ni aun de calidad incomparablemente inferior a la suya, que fuera más accesible a los humildes; accesible, no sólo en el sentido de franquearles las puertas de su casa y de su despacho, sino en el de hacerles partícipes de todo lo suyo y especialmente de sus tesoros de sabiduría. Igual departía él con un erudito que con un rústico; con un prócer que con un menestral. Idealmente amaba, buscaba y sentía lo selecto, lo aristocrático, lo superior; pero en la práctica era un verdadero demócrata. Ahora, si por soberbia se entiende la lealtad para con las propias convicciones y el no humillarlas ni enmascararlas delante de las opuestas sostenidas por otros, máxime si estos otros fuesen como el símbolo del poder y de la autoridad, entonces sí puede decirse que era soberbio; pero es

que, sobre estimar que de ese modo rendía el debido homenaje a su pensar y a su sentir, se consideraba seguro de verse libre de la sospecha de que caía, cediendo, en la lisonja o en la adulación.

Tal vez, y sin tal vez, sus juicios respecto de las personas no fueron ni tan persistentes, ni tan ecuánimes, ni tan luminosos, como sus juicios en lo tocante a las doctrinas. Posiblemente, en los contradictorios que emitiera respecto de algunas de aquéllas, tuvo más parte el oído que el entendimiento. Pero de esta falta, como de otros posibles defectos, hallábase casi completamente curado en los últimos años de su vida. Desde que sufrió la amputación de una pierna, operación soportada con cristiana resignación, recluído en su casa, llevando con una gran dignidad las más apuradas situaciones económicas, Mella parecía otro hombre, aunque más exacto fuera decir que era el mismo hombre, pero mejorado por la adversidad, granjeando bienes de la desgracia; entonces tuvo, sobre los planes, realidades de trabajo como su obra *Filosofía de la Eucaristía;* y entonces aquel su natural optimismo, clave de su vivir volviendo la espalda a las preocupaciones materiales del mañana, se extendió a toda clase de personas y de cosas; sus juicios eran siempre benévolos, sus palabras atractivas y dulces; de su corazón rezumaban el amor y la generosidad. Yo no sé si vió venir la muerte; lo que aseguro es que estaba preparado para ella, cada día más firme en sus creencias religiosas, más leal a los grandes principios políticos que siempre había defendido; cada vez más desin-

teresado patriota y, al propio tiempo, con el alma y el corazón abiertos al amor y cerrados al odio. En tal estado de ánimo le tomó la enfermedad que nos lo arrebató para siempre. Y así, confesando delante de los hombres a Cristo salió del mundo, y subió a la Gloria el 26 de febrero de 1928, donde podemos tener la piadosa certidumbre, más aún la seguridad, de que le confesó a él Cristo, ante su Padre celestial...

MIGUEL FERNÁNDEZ

Peñaflor

Domingo infraoctava de la Ascensión (1930).

NOTAS DEL RECOPILADOR

Reunir los materiales dispersos en hojas periodísticas, en folletos, en extractos, en manuscritos e impresos, de los artículos, de los discursos y conferencias del que fué llamado, y con razón, el «Cantor de la Raza», fué la singular labor que la Junta del Homenaje a D. Juan Vázquez de Mella confió al que estas líneas escribe. Probablemente no la impulsó a ello otra consideración que la de la coincidencia doctrinal entre el maestro y el discípulo y la admiración que mi inteligencia y el amor que mi corazón tributaron siempre al coloso pensador y orador soberano.

Tarea larga y pesada, difícil y espinosa, en la que me ha asaltado más de una vez el temor a la irreverencia y el sobresalto acerca del acierto. Pero, con la ayuda de Dios, y colaboración que entusiastamente me han prestado los señores de la Comisión Ejecutiva que preside el ilustre prócer señor Conde de Rodríguez San Pedro y en especial los señores D. Manuel de Bofarull, D. José Diez de la Cortina y D. Miguel Fernández «Peñaflor», he podido realizar mi tarea, llegar a la cima del alto designio que se me encomendara, que considero como el más honroso de mi vida.

Este tomo «Selección de Historia y de Elocuen-

cia» es el primero de las obras completas del maestro, y lo primero suyo que se edita después de su muerte. Al realizarlo, no puedo menos de enlazar en mi mente el recuerdo del glorioso hombre público y el de su muerte ejemplar. Frente a su cadáver, todavía con calor de vida, escribí unas páginas que fueron desahogo de mi corazón y que quiero reproducir aquí:

«Acabo de verlo. Es ya un cuerpo sin alma. Más bien es un alma sin cuerpo. Este se corromperá. Aquélla, inmortal por naturaleza, gozará de la gracia divina. Mella no es ya del mundo de los vivos. ¡Pero vive! Vive, porque su memoria no se perderá en muchos años, en muchos siglos...

He entrado en su capilla ardiente. El cadáver tiene en sus manos un Crucifijo. Lo ase firmemente, como si la muerte lo hubiera sorprendido con El. Pensaba en Cristo. Vivía en Cristo. Por Cristo luchó. Por sus doctrinas rompió lanzas. Por sus ojos entreabiertos me ha parecido que despedía el fulgor de su poder sugestionador de multitudes.

Sus labios, aquellos labios por donde salían aquellas cataratas de soberana elocuencia, están ya inmóviles. Me he inclinado. He doblado mis rodillas. De mis ojos han brotado unas lágrimas, que han caído sobre unas flores que cercaban su féretro. Y he rezado.

* * *

Ya ha pasado un lustro. De la redacción de *El Pensamiento* iba muchas mañanas al domicilio del «Cantor de la Raza». Iba a beber en sus fuentes. Salía saciado.

Mella me preguntaba por los sucesos del día. Le interesaba mucho España. Pero me interrogaba sobre el extranjero. Buscaba siempre la relación entre lo de fuera y lo de dentro. Volaba muy alto. Aguila escrutadora, con una sola mirada lo veía todo.

Escuchaba. Mella movía sus labios. De ellos salían párrafos brillantes. Con ellos, luz, perlas, ideas maravillosas del idioma, bellezas de doctrinas de apóstol.

Escuchaba el mejor de sus discursos. Cada día oía uno nuevo. Y cada día era más hermoso lo que me decía, con serlo mucho lo del anterior. Las ideas, los geniales pensamientos, iban marcando, como con fuego, en mi espíritu, el sello de unas creencias, que yo ya tenía, pero que Mella aseguraba más en las raíces de mi pecho.

Y yo, absorto, anonadado, asombrado, las iba recogiendo... Salía de casa de Mella a la redacción del periódico. Salía con un sentimiento: el de no saber taquigrafía para haber guardado aquellas oraciones grandilocuentes. Salía con un mundo de nuevos conocimientos. El maestro se excedía. Sin quererlo, había puesto en mi cerebro una llama. Y mi cerebro ardía. Pero el combustible no debía ser a propósito para la llama viva que quería poner el genio. Por eso, y nada más que por eso, hubiera querido saber escribir taquigráficamente.

Y me ponía a escribir. Y mis artículos no eran sino algo muy pálido de lo que Mella me había dicho. Así podía escribir cualquiera. Así se podían hacer artículos. Y yo, hoy, reconociendo mi pequeñez, tengo que confesar que, cuanto sobre doctrina del ideario tradicionalista escribí, de Mella era.

* * *

Acabo de verlo, vestido con hábito de San Francisco. Y he pensado, después de rezar ante su cadáver, y las rodillas sobre el suelo, que ha sostenido tantos años la mesa en la que escribió el gran Balmes.

El cordón del Santo de Asís, que yo también visto; aquel cordón de quien don Juan Vázquez de Mella dijo que abrazaría a la tierra, ha podido ser el medio por el que ha podido subir de este mundo de lágrimas ante la presencia de Dios».

En este primer tomo, en tanto preparamos una veintena más, hemos escogido algunos de aquellos trozos magistrales de original elocuencia, en los que Mella, corazón encendido en la llama de patrios ardores, llegaba a adueñarse de sus oyentes, cautivándoles con el encanto de su voz, que reflejaba el mundo de altísimos pensamientos que anidaban en su privilegiado cerebro.

Ahí están esos fragmentos que las multitudes aplaudieron. Sirvan como de anticipo a cuanto podamos hacer de la obra del insigne maestro, a quien faltó tiempo para ordenarla y limarla. En esos trozos se muestran su fe, su patriotismo, su clarividencia en lo futuro por el perfecto conocimiento de las cuestiones que en el mundo se debaten, su sentimiento monárquico, sus sanos principios políticos, su amor hacia los grandes dogmas nacionales, y a la Tradición, de que ha sido indiscutiblemente el más sublime cantor.

CLARO ABÁNADES.



Blanca de los Ríos de Lampérez

PRÓLOGO

LA PALABRA DE MELLA

«En el principio era la acción», dijo Goethe, contradiciendo al Espíritu de Cristo, que afirmó, por boca de San Juan : «En el principio era el Verbo». El Verbo, la palabra de Dios, el *Fiat*, creó el mundo. Y el Verbo, al hacerse hombre, redimió a la humanidad y creó el mundo cristiano, porque por medio del Verbo divino vino a nosotros toda luz y toda acción creadora.

Así, Santa Teresa, percibiendo con luces de revelación el poder de la palabra divina, dijo que «las palabras de Dios son hechas como obras en nosotros». Y al repetir las palabras de Jesús, recogidas en los Evangelios, sentimos que un poder de lo alto baja a nosotros, y alumbra nuestra inteligencia y nos levanta por encima de nuestra flaca voluntad y nos transforma, nos edifica, nos alza a más excelso vivir.

Y como Dios quiso hacernos a imagen suya, nos dió, como el más alto de los atributos, la palabra, maravillosa expresión del pensar y del sentir, habla de nuestra vida interior que difiere de toda vida externa, porque no es mera emisión orgánica, sino voz del espíritu, y posee virtudes no materiales ; y en

horas decisivas y solemnes de la existencia, suena con trágica sublimidad y con augurios misteriosos, de un vivir postmundano y eterno.

Y cuando la palabra, soberano privilegio de la humanidad, milagroso don del cielo, suena en labios de uno de los hombres que Dios envía para ser como faros guiadores hacia el verdadero vivir, y que alcanzan, como Mella, la virtud de llenar la palabra hasta los bordes de vida espiritual, y levantarla como áureo cáliz en que ofrecer a Dios el holocausto de su alma ardiendo en fe y en amor de caridad, entonces la palabra se enciende como un ascua en la hoguera interior, se cierne como un ave mística sobre la majestad de los cielos, y se hace digna expresión «de su origen primera esclarecida».

Por eso, la palabra de Mella arrebataba a las muchedumbres y se imponía como una majestad a sus propios adversarios, porque vibraba con la certidumbre triunfadora de la afirmación de Dios; por eso la palabra de Mella sonaba, a veces, con el clangor heroico de los clarines de nuestras epopeyas inmortales; porque en él pervivía la España augusta que con esfuerzo casi sobrehumano completó la Tierra para extender por toda su haz el Reino de Cristo; por eso, aquella palabra viril, austera, desdeñadora de todo arrequive retórico, de toda vanidad verbal, porque se sentía plena de espíritu, porque ejercía un apostolado, fluía impetuosamente como caudal de aguas clarísimas en que reverbera el rútilo sol meridiano, o como el esplendor astral de las noches serenas del alma, porque manejaba riquezas

de Dios y quería hacerse digna de transmitirlas al hombre; por eso, oír hablar a Mella — toda su vida era un discurso —, presenciar la generación de la palabra rauda, continua, reveladora, fascinante, en la mente del gran tribuno; asistir a la labor de aquel cerebro donde parecía percibirse el hervor de las ideas, que como oro flúido íbanse cuajando en el milagro de la forma verbal, era goce más sublime que el que nos ofrecen los grandiosos espectáculos de la Naturaleza; por eso, aquella palabra conquistadora, aunque luchaba intrépida por la causa de Dios, más que como desnudo acero de combate, *brillaba como áurea cruz procesional* cuajada de fúlgidas gemas que centelleaban al vivo sol de España en las sacras solemnidades eucarísticas.

Porque Vázquez de Mella, que insuperablemente dijo que «el franciscanismo fué un injerto sobrenatural de España, no pugnaba por la guerra, sino por la sola paz posible, por la paz del que «enciende la caridad y consume el odio y el egoísmo en sus llamas», por la paz del que nos mandó amarnos los unos a los otros; por la paz — y son palabras de Mella — «del Dios humanado, que desciende hasta nosotros abrazando, en su persona, lo finito y lo infinito, que es el Cristo vivo que está en el altar».

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

RELIGIÓN

RELIGIÓN

I

Profesión de fe

Así es que os emplazo a todos para que en Covadonga, núcleo central de la cordillera, de donde brotó el principal manantial de la Reconquista, en colaboración de todos, estudiando el problema, tracemos un programa fundamental y positivo, que no será para luchar ya contra el reformismo, pues valiera tanto como poner una batería de cañones del 42 para combatir una bandada de gorriones *(Grandes risas)*. Desde allí podremos dirigirnos a toda la sociedad española, para que acabe ya ese vulgar aleluya de la unidad de cementerios donde hay diversidad de creencias; la unidad de escuelas, para sacrificar a los creyentes en obsequio de los que no creen; unidad de matrimonio, impuesta como una fórmula,

como una panacea para todos los mortales y para todas las necesidades de España *(Ovación)*.

Allí proclamaremos la Fe de Cristo, y la proclamaremos, no simplemente como la del carbonero, sino como la fe, consuelo de los filósofos y apologistas. Sí: la proclamaremos allí para decir que el más transcendental problema, el que los abarca a todos, el que se refiere a la realidad entera y a la existencia de lo infinito y de lo finito y de sus relaciones, no ha tenido — fuera de la negación agnóstica, que no puede afirmar nada sin negarse a sí misma — más soluciones que la confusión panteísta o positivista, que supone que no hay más que un solo todo homogéneo e indistinto, pero que produce después todo lo heterogéneo, y la separación de un deísmo, en el cual Dios queda reducido simplemente a un arquitecto, pero no creador de una materia coeterna; o aquella solución única o suprema en que el hombre, que resume en su organismo a todos los seres inferiores de la creación, y, por la inteligencia y la voluntad de su espíritu, se acerca a las inteligencias separadas, es aquella naturaleza con la cual, hipostáticamente, se une el Verbo divino para rea-

lizar la unión sin confusión de lo finito y lo infinito en la persona divina de Cristo, que no es aquel Dios geómetra, invisible, sepultado entre las nubes, que, después de modelar la materia y lanzar a la Humanidad sobre la tierra, se reclina en la eternidad, sordo a los lamentos y dolores de los hombres, sino Aquel que desciende entre los humanos y recoge todas las lágrimas y todas las tribulaciones en la Cruz; Aquel que se hizo carne y bebió hiel y vinagre y se dió por alimento a estos átomos humanos, sublevados muchas veces contra El, como esos periódicos que execrabais, en una molécula del Universo *(Ovación inenarrable y prolongada)*.

Ante el altar de la Virgen de las Batallas afirmaremos nuestra fe regionalista, y haremos que se renueve el alma asturiana al recuerdo de la gloriosa Junta del Principado, y demostraremos que, juntamente con la fe, arranca de nuestros corazones la libertad para defender la patria chica, y afirmaremos un credo social necesario para resolver las grandes contiendas de estos tiempos.

(Del discurso pronunciado en Oviedo, el día 30 de abril de 1916).

II

La Filosofía y la Teología del Catecismo. — La gran síntesis católica fundada en la ley de ascensión de la variedad a la unidad expresada en el amor.

Pero ¿qué más, señores, si una parte de todo lo que se refiere al ser nacional, de todo lo que se refiere a España, la Iglesia, representa la síntesis moral e intelectual más prodigiosa que han conocido y conocerán los siglos y los hombres, y, sólo mirada por este aspecto, sería una medida de inmensa barbarie el privar a la juventud de un conocimiento sin el cual tendrá que ignorar toda la historia y a la humanidad entera? Ignorar al Dios-hombre es ignorar al hombre y a Dios. Así llegaremos a la síntesis única que es la filosofía y la teología del Catecismo, que tiene sus raíces en la naturaleza humana y en la esencia divina, porque es la fórmula natural y sobrenatural de sus relaciones.

Señores: después de la demostración que parte del Estado y de la Nación, y surge de nuestra historia, subamos más; y prescindiendo de los Estados y de las naciones, ahondemos en las sencillas definiciones del Catecismo y busquemos la síntesis católica, comparándola con la naturaleza del hombre y con la naturaleza de Dios.

Hay una ley grabada indeleblemente en nuestro espíritu que está como repetida en la inteligencia y en la voluntad, porque las dos son armónicas: la ley de ascensión de la variedad a la unidad. Pensar no es en último término más que reducir lo vario a lo uno. Cuando comparamos los objetos, los agrupamos por semejanza y afirmamos que hay algo que está en todos o sobre todos, es decir, una idea universal, una unidad. Cuando generalizamos o abstraemos, no hacemos más que ver la unidad en la variedad. De la unidad parte y a la unidad va, comparando juicios, el raciocinio. Y en la intuición de una verdad inmediata, de un juicio analítico, la variedad de los extremos se subordina a la unidad de relación. Y vamos, por inducción, de lo particular a lo universal, y descendemos de lo universal a lo particular, guiados

por un principio universal, porque lo universal, es decir, la unidad, tiene prisionero al entendimiento humano. Y como la voluntad no está en oposición con el entendimiento, sino que están concordes, al tender de una manera irresistible a la felicidad, que es su objeto y la unidad final de sus actos, tiene en el amor la misma ley que el entendimiento tiene grabada en el corazón. Y la voluntad va también de lo vario a lo uno, porque el amor trata de identificar y como fundir al amante y al objeto amado, formando de los dos una unidad superior. En el amor ínfimo, animal, que cae más abajo de la voluntad, porque pertenece a la vida puramente sensitiva, el amante es el fin, y el objeto apetecido exclusivamente medio. Pero, cuando el amor se eleva y no es el amor-sensación, sino el amor-sentimiento; cuando es afecto espiritual de la voluntad, se convierte en un cambio de fines y en una permuta de corazones. No es uno fin y el otro medio, los dos son medios recíprocos para un fin más alto. El amante quiere el bien del objeto amado, y éste el del amante, y los dos dan la medida de su amor con la de su sacrificio. Y cuando el amor sube más entre dos

almas, o se refiere a un conjunto de ellas, que se dilata de la familia a la Patria, o se abraza con la belleza moral o la del arte, ya la relación entre el amante y el objeto amado no es una relación de correspondencia recíproca fundada en la semejanza interna y, por decirlo así, de copia a copia, sino en la semejanza trascendental de la belleza de las copias con el original, que aunque llevemos ideal y tipo de perfección relativo, precisamente por serlo es un destello del original absoluto, único e infinito: Dios.

Así el entendimiento va, por una escala ascendente de unidades, a buscar el fundamento de todas en una unidad suprema; y la voluntad, por una escala de amores, que lo son de semejanzas y bellezas, a buscar el original y la belleza infinita, y los dos se encuentran en ese vértice que es su fin último, porque es su origen primero, Dios *(Muy bien)*.

Una religión que sea opuesta a esa ley de la naturaleza humana es falsa, porque Dios no hace obras contradictorias, y no pueden ser obras suyas una religión y una naturaleza que se rechazan. Pero una religión que no sólo afirma esa ley, sino

que la explica, no tomándola como una norma para conformarse con ella, sino considerándola como una aplicación de una ley suprema que impera en un mundo que la razón por sí sola no alcanza, es divina, porque sólo Dios, unidad ejemplar infinita, puede abarcar en una síntesis la variedad de los seres reflejos que ve en sí mismo como foco, y cerrándolo en una palabra que caiga como una centella desprendida de su esencia sobre los entendimientos y los corazones humanos para iluminarlos y encenderlos: el amor.

(De la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo de 1913).

III

El espíritu religioso en España. — Apología histórica de las Ordenes religiosas.

Pero lo notable, lo extraordinario del caso para esta filosofía de la Historia, es ver que en el pasado teníamos como estadista a un fraile como Cisneros, que elevó a nuestro pueblo al cenit de

su grandeza. Y esto sucedía cuando los frailes y los monjes y los religiosos dominaban; cuando afirmaban la Monarquía o reparaban la unidad política, como San Vicente Ferrer en el compromiso de Caspe, o la llevaban, con Cisneros y con fuerzas que sostenía con su propio peculio, a Orán, para establecer nuestra dominación en Africa; cuando llevaban nuestra civilización a América, como el P. Buil, el compañero de Colón, y como el P. Olmedo, el compañero de Hernán Cortés, y la prodigaban, con el dominico Alburquerque y el franciscano Toral, entre las tribus de Yucatán, y sobre todos los indios mejicanos con Juan de Zumárraga y con fray Juan Ramírez, con San Luis Beltrán, y con fray Luis Jerónimo de Loaysa en el Centro y en el Mediodía, pereciendo alguno, como el P. Valverde, devorado por los antropófagos al pie del altar, o llegando, como San Francisco de la Cruz, hasta las cumbres de los Andes, extendiendo el pabellón de la fe en donde el cóndor pone sus nidos, asombrando a los conquistadores que, al llegar allí, se encontraban con tierra de España. Que frailes y religiosos fueron los que llegaron con

San Francisco Javier al Extremo Oriente y con el P. Urdaneta a los archipiélagos del Pacífico, porque ellos habían sido los que hicieron del pórtico de la Rábida el pórtico del Nuevo Mundo. Ellos eran los que perecían con la cruz en la mano, enseñando a morir por la Patria a la juventud española que se sumergía entre las olas en la hora trágica en que se perdió la *Invencible;* ellos eran los que caían entre el humo de la pólvora en el golfo de Corinto al lado de D. Juan de Austria; pero eran ellos también los que defendían los fueros y las libertades patrias acompañando a los comuneros del Obispo Acuña, o peleando y muriendo en los muros de la ciudad condal bajo el fuego de los cañones extranjeros, y con el P. Puebla, el Padre Rico, el P. Gil y el P. Basilio, organizando la resistencia contra la invasión francesa, convirtiendo los púlpitos en trincheras, yendo a morir acuchillados por los soldados de Suchet en los pensiles valencianos, o a ser arrojados, después de atroces martirios, al otro lado de las fronteras, que, conociéndolos el usurpador, había ordenado, como primera medida para asegurar su soberanía, la supresión de todos los conventos. Ellos eran los

que se identificaban con la historia de España, que les debe parte principalísima de su existencia; los que la han personificado en todas sus glorias literarias, porque a uno que llevaba el sayal del franciscano en su cuerpo se debe el origen de la literatura catalana en el poema denominado *El Desconsuelo*, el gran Reimundo Lulio; a la *Crónica de San Vicente* y al *Cartulario de Vairón* el origen de la prosa portuguesa; a los poemas de monjes, como los de Cardeña y como Lorenzo Segura y Gonzalo Berceo, la literatura castellana; y si un fraile mercedario, que se llama Tirso de Molina, extiende el cetro de nuestro teatro con el drama caballeresco en obras como *El Burlador de Sevilla,* un agustino, como fray Luis de León, extiende el de la lírica; y sacerdotes que se habían vestido el cuerpo con el hábito de la Orden Franciscana, y que se llamaban Lope de Vega y Calderón, llegan a la cumbre del Parnaso; y en fin, los frailes trinitarios rescatando, en Argel, al primogénito de nuestra raza, al ingenio más grande de nuestra literatura, a Cervantes, nos dieron la epopeya de la naturaleza humana en todo lo que tiene de real y de ideal y la empresa del arte en

que todas las grandezas de nuestro pueblo están cifradas *(Muy bien)*.

Pues bien : todos aquellos que han identificado su vida con la Patria, van a ser puestos en litigio, van a ser sujetos a vigilancia, semejante a la que se establece para los nuevos enemigos de la sociedad.

¡ A ellos, señores, que pudiera decirse que empezaron a brillar apenas caído el Imperio romano y cuya regla primitiva, la de San Benito, nacida entre los escombros de un mundo, empezó a reconocer el hombre como la carta magna del trabajo libre ! ¡ Como si en estos tiempos en que el egoísmo es rey y el sacrificio un proscripto no se necesitase que, sobre el sarcófago de hielo que encierra el corazón de las sociedades modernas, faltas de fe y huérfanas de caridad, y cuando parece que la Historia ha vuelto a aquel período glacial por que pasó la geología del planeta, no fuera necesario que vinieran hombres de almas grandes acostumbradas a dominar, con voluntad soberana, los instintos y los ímpetus de la materia, para presentarse ante la muchedumbre enloquecida con el vino de la impiedad, y decirle, con la elocuencia de la

virtud y del ejemplo, que hay algo más que la tierra que pisamos, que esta materia que se dispersa en polvo ; que es preciso esconder debajo de una losa, para que no lo arrastre el viento, el espíritu inmortal que pasa por encima del sepulcro, que es la puerta de la eternidad y no la frontera de la nada !

Por esto considero irracional, absurda, toda tentativa que venga a mermar esos derechos sagrados, que no pueden sujetarse jamás a las reglas de un derecho común. Eso es privilegio de ciertas almas y nunca será patrimonio de las multitudes. Esos votos son una excelsitud que la gracia concede a ciertos corazones predilectos, y que los lleva a las alturas para recibir los besos de los ángeles, porque son como la aristocracia del espíritu humano.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 12 de noviembre de 1906).

IV

LA IGLESIA EXPLICA POR EL AMOR TODAS LAS COSAS Y EL ENCADENAMIENTO DE SUS DOGMAS. — NECESIDAD DE LAS PRUEBAS SINTÉTICAS.

Señores: en un mundo donde triunfan el dolor y la muerte, sólo la Iglesia católica ha tenido el atrevimiento sublime de explicarse a sí misma y a todas las cosas, hasta al autor de ellas, por esa ley de unidad expresada en el amor.

Por el amor explica el origen y el fin del universo y del hombre, que le compendia, y todos sus dogmas, y toda su moral, y su doble jerarquía, y su culto. ¡Es extraordinaria esta síntesis católica! No se repara bastante en ella ni aun por los teólogos y apologistas, más atentos a las pruebas particulares y a la demostración de las partes para llegar a la del todo, camino seguro pero demasiado largo para que pueda recorrerlo sin fatigarse en las primeras jornadas la impiedad moderna, que tiene por una de sus principales causas la ignorancia religiosa. Para evitar ese mal hay que mostrar las pruebas de conjunto, las que el catecismo ofrece mirado como una unidad doctrinal, como unidad histórica y como una institución, y por su universalidad, comparada con todas las doctrinas, con todas las escuelas y con todas las instituciones humanas, que por el contraste hacen resaltar ante los ojos mismos del sectario sus caracteres divinos.

Y esta síntesis católica que en sus trazos generales quiero demostraros, ¡la que se quiere arrancar del alma de la juventud!, es tan grande, que la mente humana se queda sobrecogida y absorta sólo al contemplarla, reconociendo que, si es capaz de conocerla, es incapaz de crearla.

Los hombres trepan afanosamente por complicadas escalas de inducciones y raciocinios para sorprender y alcanzar algo de la verdad, y muchas veces se extravían y no lo consiguen. Dios, como lo ve todo de una mirada y en una sola idea, que es su esencia, pone el sello de su unidad en todas las cosas, y se complace en marcar con ella y hacerla resplandecer en sus obras predilectas. Reducir la compleja variedad, hasta donde el mismo talento se cansa en tanteos, a la unidad, es la obra

del genio. Lo repito: reducir toda la variedad de los seres y sus relaciones a una sola ley, y la ley a una sola idea, y la idea a una sola palabra, y hacerla caer a un tiempo sobre los entendimientos y los corazones de los hombres como una chispa que todo lo ilumina y todo lo enciende, eso sólo puede ser obra de Dios *(Muy bien)*.

Ser absolutamente independiente, infinito y creador; y universo dependiente, finito y creado, es decir, toda la realidad, la que existe por sí misma y la que existe por la acción de ésta; reducción de la multiplicidad a la unidad, ley suprema, objetiva en todos los seres, subjetiva en la inteligencia y voluntad; su expresión en el acto y en el fin: el amor.

Tal es el objeto, la ley y la explicación. Ved cómo corresponde a ella la síntesis católica.

Empecemos, partiendo de nosotros mismos, el principio de todo.

La realidad actual de que nosotros formamos parte supone necesariamente una realidad anterior que haya existido siempre, porque, si no, se supone por un momento que haya precedido al ser la nada. Esa realidad, que, por haber existido siem-

pre, no tiene ninguna que la produzca, tiene que existir por sí misma y ser absolutamente independiente, porque, como no existe más que ella, de ninguna puede depender, y tiene, por lo tanto, que poseer la plenitud de perfección, ser infinita. No puede ser indeterminada, porque toda perfección es una determinación, y el que posee el ser por sí mismo y con toda independencia de otro ser, las posee todas, y, lejos de ser lo indeterminado como universal, es la absoluta determinación. No puede tener rival, porque dos seres absolutamente independientes se limitarían recíprocamente y serían contradictorios además de finitos. Y como la realidad actual, interior o exterior, de que nosotros formamos parte, está cercada por el límite, sitiada por la dependencia y sujeta al cambio y a la sucesión del tiempo, ni existe por sí, ni tiene la absoluta independencia, ni puede ser parte de esa realidad sin hacerla limitada, contingente y finita; luego, no pudiendo ser ni esa realidad, ni parte de ella, y existiendo, tiene que ser su efecto; y entonces resultará de la afirmación de la realidad actual — y aunque negásemos o pusiésemos en duda la ex-

terior y nos limitásemos a afirmar la nuestra interna, que no puede ser negada sin que la misma negación o la duda, que son actos de ser, la confirme, — la existencia del ser infinito, Creador, Dios, y del ser finito, del hombre creado. ¿Y cómo se explica la existencia de los dos y sus relaciones? No basta una explicación intelectual y abstracta, porque la ley del orden, que reduce lo vario a lo uno, ha sido impuesta y está grabada en el pensamiento y en el amor y no se la puede mutilar ni con un intelectualismo aislado de la voluntad ni con un voluntarismo ciego sin la inteligencia que guía.

Y ved, señores, cómo salva la doctrina católica los dos escollos en la portentosa síntesis, cuyas grandes líneas me atrevo a exponer ante vosotros.

(De la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo de 1913).

V

La autobiografía y la Iglesia

La historia interna y la autobiografía

La profunda distinción escolástica entre el fin de la obra, «finis operis», y el fin del agente, «finis operantis», que no siempre coinciden, sino que pueden ser opuestos, es un rayo de luz que ilumina los dos mundos en que se reparte la Historia.

Hay una historia externa, visible, formada por los hechos realizados, que, después de haber sido efectos, son causas, como el capital de los economistas: primero producto y después, por el destino, productor.

El hombre pone y elige libremente los antecedentes; y si no los cambia y varía al prever sus resultados, una vez puestos, engendran consiguientes fatales, porque él es dueño de establecer las premisas, pero no de alterar su relación con las consecuencias.

De ahí el encadenamiento exterior de los hechos y las series de ellos y sus conexiones y enla-

ces que forman la vasta trama ordenada en un plan providencial que, respetando la libertad del agente, pone tal unidad y dirección en su obra, que aun del mal, por reacción y castigo, saca el bien, y por eso se ha dicho, gráficamente, que Dios escribe recto en líneas torcidas.

Hay otra historia anterior, interna, psicológica, que tiene su manantial en las profundidades del espíritu y que no siempre se desborda y corre por el mundo.

El entendimiento, y la voluntad que le sigue y sale de su indiferencia y asiente o discrepa, comparan y pesan los motivos de las acciones en una deliberación íntima y silenciosa, a la que suelen asistir, sin derecho, las pasiones antes de decidirse y preferir entre los diferentes motivos uno que se convierta en fin y motor del hecho.

Las dos historias no coinciden siempre, «y no pocas veces» son contrarias. Si conociésemos bien la interna, la visión clara de los móviles que lanzaron al mundo los hechos, nos obligaría a rehacer buena parte de la externa y a modificar el juicio sobre muchos personajes y aun a trocar en algunos los pedestales por cadalsos.

La vida del linaje humano se divide en esas dos historias, que están en las partes antes de encontrarse en el conjunto de ellas.

Todos tenemos dos historias, una íntima, la de nuestros pensamientos, recuerdos, amores y pasiones, y de sus luchas y armonías, elevaciones y miserias; y otra que se junta con la que producen los demás, por los hechos que realizamos y por los lazos que anudamos con ellos y los que ellos o nosotros quebrantamos.

La primera historia permanece en gran parte inédita. Todos los sepulcros guardan algunas de sus páginas. Sólo conocemos lo que pasa en los demás por analogía con lo que sucede en nosotros o por lo que ellos manifiestan y quieren contarnos. Eso es la causa de que las autobiografías hayan tenido siempre un singular atractivo. Leyéndolas parece que nos vemos en los otros y que nos repasamos a nosotros mismos.

La Iglesia católica, como es la gran directora de conciencias, es de tal manera la maestra de la autobiografía, que la exige periódicamente a sus hijos por medio de una institución única, y que ella sola basta para probar su divinidad y la so-

beranía de su doctrina sobre la naturaleza humana: el «sacramento penitencial».

«El confesonario (decía el que escribe estas líneas en un estudio no publicado) es el primer «tribunal de honor» que se conoce en el mundo, porque allí se juzga conforme a un Código divino e invariable hasta los honores y el honor que otorgan los hombres; es la mejor cátedra de «Psicología experimental» y de «Etica» y de altísima Pedagogía que se ha podido idear, pues en ella se cumple de tal manera el «nosce te ipsum» del templo de Delfos y de la escuela socrática, que no se ha encontrado todavía un pensamiento impuro, aunque se oculte con el velo del disimulo, que se sustraiga a su examen y a su fallo; y es un monumento a la libertad humana, porque proclama, con la «absolución» y con la «penitencia», que no la determina fatalmente el medio físico, ni el social, ni la rigen por modo irresistible los motivos que la estimulan y sobre los cuales ejerce su imperio, y es, por lo tanto, en diferentes grados, responsable. Es la sinceridad elevada a institución divina en perfecta guerra con la hipocresía.

En esta universidad interior, donde podría

decirse que se cursa «al hombre» y donde se exponen las miserias morales que, ataviadas con apariencias engañosas, suelen brillar en el mundo, se aprende a corregir conciencias, a enderezar voluntades, a domesticar pasiones y a poner injertos sobrenaturales en las almas para que no se marchiten en la culpa y den flores de virtud.

El confesonario es la fuente de las mejores autobiografías que se conocen. Por eso suelen llevar el nombre de *Confesiones*.

La confesión pública impuesta en los primeros siglos de la Iglesia a los grandes pecadores, suelen practicarla, en nuestros tiempos, algunos que tienen más de criminales que de penitentes.

No confiesan todo lo que son, sino lo que no son y quisieran ser.

En la ya copiosa literatura autobiográfica contemporánea, los alardes de sinceridad suelen ir acompañados de rasgos de cinismo y, casi siempre, de una falsa modestia en que el autor se acusa de faltas que no le importa que se conozcan y de las cuales parece que en el fondo se alaba, como el calavera donjuanesco que enumera, con fingido arrepentimiento, la lista de hermosuras

rendidas a su fascinación y a su albedrío y con frecuencia sepultadas en los dominios de su fantasía.

Aun en los escritores geniales como Rousseau, de talento paradójico, pasión vehemente, aunque de estilo artificioso, o los narradores brillantísimos, artistas eminentes, que han cubierto con flores las ideas y que han inventado, con un romanticismo algo enfermizo, «una nueva manera de estar tristes», como Chateaubriand, no pueden disimular el propósito que se trasparenta y asoma en todas las páginas, a pesar de los esfuerzos del ingenio para ocultarlo: aparecer con un tamaño medido por su deseo para arrancar un grito de admiración de los lectores deslumbrados.

En las *Confesiones* del misántropo ginebrino y en las *Memorias de ultratumba*, la sinceridad y la vanidad combaten, pero la primera sale siempre vencida por la segunda.

La sinceridad completa es incompatible con la soberbia, y sus hijos y todos los pecados la tienen por madre. Reconocer y confesar todas las faltas, incluso la gravísima de no arrepentirse de ellas, es dar libelo de repudio al mal y abrazarse

con la gracia, y eso sólo lo hacen los santos o los aprendices de santos.

Sólo ellos son completamente sinceros. Todos los demás, en mayor o menor grado, cuando no mienten a los otros, se engañan a sí mismos. Por eso las autobiografías de los santos son las más humanas, precisamente porque son algo divinas.

Las almas puras vueltas a Dios y miradas por El tienen tanta luz que no dejan sitio a las sombras que obscurecen las demás.

Contemplarlas es ver toda la historia interior y en relación con una vida más alta, sin la cual la interior, falta de norte y centro, se disipa.

VI

LA AUTOBIOGRAFÍA DE SAN AGUSTÍN

Las «Confesiones». — Luchas y cambios del hombre

Las *Confesiones* de San Agustín son el modelo perpetuo de las autobiografías completas,

porque abarcan la vida entera, interior, exterior y superior.

Las vidas de los santos son copias humanas de un original divino, y aun, con la limitación finita, no son hechas sin el auxilio que les presta el original mismo, porque la naturaleza sola, que ya es copia y semejanza, no tiene fuerza para representar en sí lo que la excede. De aquí que las almas santas sean como ojivas abiertas en los muros de la cárcel que habitamos los pecadores, por donde nos mira el cielo con su luz y podemos nosotros mirarle con la que él nos presta.

La santidad en todos sus esplendores, vista desde el pecado, deslumbra. Los ojos del pecador, fascinados por el foco, se bajan tristemente a la tierra como si sintiesen la pesadumbre de la culpa, y la grandeza de la perfección, y el abismo entre las dos. Pero cuando la cumbre vecina del cielo se nos muestra, no aislada y como suspendida de lo alto, sino precedida de los valles y quebradas y laderas de una vida que ha subido jadeante, cayendo y levantándose y sintiendo zozobras y tribulaciones y haciendo pausas para mirar atrás y adelante y contemplar sus fuerzas

y la distancia de la cima, y ha lanzado gritos de angustia pidiendo al Señor socorro con dolores y oraciones para continuar el camino y terminar la jornada... entonces el abismo, abierto entre la santidad y el pecado, se salva con el puente que tiende el arrepentimiento, guiado por la esperanza que pliega las alas en los brazos de la misericordia, que la había destacado como mensajera del perdón.

Esto explica la especie de contagio divino que producen en las almas elevadas y ardientes las vidas de los santos, y cómo muchos de impíos se truecan en creyentes, y de libertinos y meretrices en mártires, y de guerreros duros y altivos en apóstoles.

Las vidas de los santos escritas por admiradores, discípulos, devotos o eruditos, resultan, naturalmente, panegíricos que, aun vestidos por la piedad, el saber y la elocuencia, no pueden sondear todos los arcanos y luchas interiores ni sacar, por lo tanto, fotografías completas de sus almas, porque, al verlas al través de las suyas, se reflejan, sin quererlo, al reflejarlas.

Las vidas de los santos escritas por ellos mis-

mos, que son a un tiempo los mejores jueces y los testigos más sinceros, ejercen una atracción irresistible para los que piensan y sienten hacia arriba, y son las únicas páginas de la historia humana de que el error, la pasión y la disculpa interesada están ausentes. ¿Y si el santo ha sido antes mundano y pecador, y albergó errores y experimentó flaquezas, y rindió homenajes al vicio hasta que un rayo de la gracia derribó de su voluntad la soberbia? Entonces parece que sentimos con él mayor hermandad, y que, al vernos unidos por igual desventura en la primera parte, deseamos juntarnos en la segunda y acompañarle a Damasco.

Este es el encanto y el atractivo insuperable de las *Confesiones* de San Agustín. En *La Trinidad* y en la *Ciudad de Dios* voló más alto, pero en las *Confesiones* voló tan cerca de nosotros, que nos tocaron sus alas.

Y como antes de posarse en la Cruz se había posado sobre pantanos que todos conocemos, al hacer confesión pública de sus flaquezas y desmayos, parece que recogió la confesión de la humanidad entera, porque la santidad, si no tu-

viese por combatiente al pecado y le venciese, tampoco existiría entre los hombres.

En unas confesiones paganas, a pesar del ambiente cristiano que ya alcanzaba a su autor Marco Aurelio, en los *Soliloquios* (cuyo libro primero es una especie de autobiografía que pudiéramos llamar pedagógica, porque muestra la genealogía de sus ideas y hábitos morales), empieza diciendo que a su abuelo Vero «debe el ser de honestas costumbres»; a la memoria de su padre el «portarse con modestia y varonilmente»; a su madre «la religión, la liberalidad, el abstenerse de ejecutar acción mala ni cebarse en el pensamiento de ella», y a sus maestros, como Diogneto y Apollonio, otra porción de virtudes escondidas debajo del «Sustine et abstine» de la Etica estoica. Moral áspera y sombría que, por ignorar el verdadero origen y fin del hombre, dejaba el deber sin base y sin sanción, y pregonaba a un tiempo el sufrimiento y el suicidio y descubría el orgullo mal entendido con apariencias austeras, cuando no ocupaba su puesto la vanidad que llega a asomarse al través de la púrpura del César en el dechado más rígido de la secta.

San Agustín no enumera sus virtudes, sino sus pecados; y no comienza alabándose a sí mismo, sino a Dios. La primera página de las *Confesiones* empieza con las palabras de un salmo, diciendo con David: «Grande sois, Señor, y digno de toda alabanza».

En realidad, las *Confesiones* no son un monólogo, son dos diálogos: el que San Agustín sostiene consigo mismo, y el que sostiene con Dios.

Leyéndolas se asiste a un extraño espectáculo: un alma pecadora mirada y juzgada por un alma santa, que, siendo tan diferente, reconoce su unidad con la culpable.

El mal que cayó como hoja seca y la virtud que florece radicaron en el mismo tronco, aunque regadas por savia distinta. El recuerdo de la maldad pasada, aumentado por el remordimiento y avivado por la penitencia, proyecta una sombra de tristeza sobre la virtud que surge vigorosa, pero que se recata con modestia y tiembla desconfiando de su propia fortaleza. Al mirarse rodeada de las miserias morales que precedieron a su alumbramiento, aparece a sus propios ojos como

una flor que ha brotado en un muladar, y por eso quiere subir y apartarse de la tierra y mira al cielo y dirige hacia él su aroma, reconociendo que de allí ha recibido con el rocío de la gracia los matices de su corona y el esplendor de su hermosura.

La acusación sañuda, implacable, va siempre seguida de un grito de dolor y de un canto a la misericordia.

Todos los vicios y las pasiones desbordadas de la adolescencia y de la juventud que habían fermentado con ardores de sol africano en aquel gran corazón, pasan evocados con angustia, sin una atenuación y una disculpa, ante el juez de sí mismo que los sentencia con sus lágrimas.

Se asiste al drama interno de una vida compleja y opulenta en que las pasiones se precipitan unas sobre otras y chocan como espadas contra el deber, mientras el error, primogénito del vicio, aprovecha la contienda para tomar el entendimiento por asalto.

Es una vida entera extendida sobre unas páginas, donde nos podemos ver todos al verla. El estudiante inquieto y rebelde de Tagaste y Madaura se convierte en el joven libertino de Carta-

go, ciudad corrompida, metrópoli del placer y del intelectualismo anárquico y escéptico, que crece siempre al borde de las lagunas pestilentes.

Refiere sus descarríos con una melancólica conmiseración de sí mismo en páginas que son una declaración inmortal de guerra a la hipocresía. «Me entregué osadamente a varios y sombríos afectos y pasiones... Se levantaron nieblas y vapores del cenagal de mi concupiscencia..., me avergonzaba de no ser tan desvergonzado como otros...»

Hizo pausas en el placer tumultuoso, pero no en el mal, parando en uniones ilícitas, aunque no tan estables que no fuesen substituídas por otras; y un hijo, Adeodato, fué fruto de esos amores impuros.

La inteligencia seguía las oscilaciones del corazón, y, sedienta de la verdad, revoloteaba por los pensiles paganos y por los sistemas y herejías que riegan sus aguas. Llora por la muerte de Dido, y no le conmueve la del Redentor. La *Eneida* le parece superior al Evangelio, y el *Hortensio* de Cicerón al estilo de la Escritura, cuya sublime sencillez y majestad no cabe en el molde clásico.

Profesor de retórica, todo lo sacrifica a la forma exterior y brillante; y envanecido con su propia elocuencia, él lo dice, «me desdeñaba de ser pequeño y me tenía por grande y era solamente hinchado».

Pero su inteligencia era un abismo que no se llenaba con retórica. La sed que le atormentaba no lograban apagarla los párrafos rotundos y los exámetros armoniosos. Preguntó el porqué de las cosas, y la filosofía y la teología le salieron al encuentro para contestarle, pero deformadas y mutiladas. El agnosticismo escéptico, triste residuo que dejan las opiniones y enseñanzas contrarias en un entendimiento pobre, repugnaba al suyo, que era opulento y no pudo retenerle prisionero. El libre pensamiento, que existe cuando no se piensa, y deja de existir si se piensa y se tiene algo por verdadero, no era más que una negación alzada contra la autoridad, un pregón de rebeldía, y el que buscaba la roca de la certeza para poner en ella su planta no podía vivir de dudas y negaciones.

VII

Autobiografía sobrenatural

Santa Teresa y el Libro de su vida

En una ciudad castellana, mística y caballeresca, destacada sobre una colina como un gigantesco relicario esmaltado de cruces y blasones y teniendo por marco una muralla terminada el mismo año en que empezaron las Cruzadas, apareció una flor espiritual, de lozanía no igualada, que los ojos contemplan atónitos sin poder abarcarla, porque brota del alma de España y esconde su corola y sus aromas en el cielo.

Santa Teresa apareció en el mundo cuando España le conquistaba, y para completar la conquista con otra más grande: la de los secretos del alma y del cielo.

La vida de España, amasada con hierro y fundida en el horno de la Reconquista, se desborda-

ba por la tierra, avasallándola. Para que no se rompiese el equilibrio y lo exterior no la absorbiese por entero y la dispersase, era necesaria la fuerza centrípeta de una vida interior y la elevación a la superior de que la interna y la externa son hechuras.

Santa Teresa reúne de modo incomparable las tres vidas y por eso parece la imagen viva de España.

En el libro de las *Fundaciones*, en los *Avisos* y las *Constituciones primitivas*, en el *Modo de visitar los conventos* y en muchas de las *Cartas*, la vida exterior más amplia y diligente y el espíritu de observación más sagaz y las dotes de gobierno de monja estadista como Sor María de Agreda, brillan con extraordinario esplendor.

En la segunda parte del *Libro de su vida*, en los *Conceptos del amor de Dios*, en el *Camino de perfección* y en *El castillo interior o las Moradas*, la vida interior y la superior de la comunicación mística y la unión amorosa con Dios, salen como un surtidor espiritual que se pierde en el cielo o bajan como caudal de aguas vivas

de una fuente divina a esconderse en su alma.

Es preciso subir al *Monte Carmelo*, contemplar la *Llama de amor viva* y penetrar en la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz para respirar con temor sagrado una atmósfera semejante en que lo sobrenatural parece que nos transfigura y nos envuelve.

¿De qué tallo brota esa flor? ¿Cuál es el primer rayo de luz divina que la abre hacia el cielo?

Viene de vieja e ilustre prosapia. La sangre de sus antepasados se había filtrado durante muchos siglos por armaduras, adargas y broqueles, adquiriendo aquella pureza y temperatura espiritual que convierte en una herencia la vocación al heroísmo.

Su padre, el noble caballero toledano Alonso Sánchez de Cepeda, desciende de aquel Vasco Vázquez que pelea gloriosamente en el cerco de Gibraltar al lado de Alfonso XI. Su madre, doña Beatriz Dávila y Ahumada, es de familia no menos ilustre. Los numerosos hermanos de Santa Teresa responden a la voz del linaje y al ambiente de gloria que caldea entonces a toda la raza es-

pañola. Uno cae mutilado luchando en las campañas de Italia. Los otros cinco, intrépidos aventureros, marchan a América, cooperan briosamente a la conquista del Perú, ponen su espada al servicio de los virreyes contra los rebeldes, y prodigan las hazañas y la sangre.

El temple de Santa Teresa no desmerecía del de su estirpe. Con un hermano, casi de su edad, a los siete años se juntaba a leer vidas de santos, y ya siente la vocación al martirio.

«Concertábamos irnos a tierra de moros, dice, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen.»

El temple de virtud que se respiraba en su casa palacial penetraba su alma. «Era mi padre, dice, hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos. Era de gran verdad. Jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Honesto en gran manera.» «Mi madre tenía muchas virtudes. Era de grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella.»

El abismo de su corazón que sólo se llena con Dios, trata por un momento de mermarle con va-

nidades humanas. Su fantasía revolotea sobre los libros de caballería, queriendo acallar con aventuras soñadas la sed de empresas más altas.

La curiosidad femenil y el conocimiento de su belleza la hacen gravitar por un momento hacia el mundo.

«Comencé — confiesa con su incomparable ingenuidad — a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosas.»

El episodio, que no pasó de infantil devaneo, se levantará como una sombra acusadora ante su vida radiante y pura, y será uno de los acicates de la singular modestia, con que siempre desconfía de sí misma y tiembla por su virtud.

. . . .

. . . .

Aun en el claustro ¡ cuántas luchas y combates ! ¡ cuántas tribulaciones y amarguras en su espíritu !

La entusiasta lectora de los libros de caballe-

rías en las horas de sus pasados devaneos, va a ser fortalecida con una lectura que derramará bálsamo y luz en su alma.

En las páginas de las *Confesiones* que han recorrido tantas lágrimas van a caer las de Santa Teresa, y, humedecidas por el amor, ellas van a ser el conductor de la paz y de la gracia.

Oigamósla a ella misma referirlo con el encanto de su estilo, reflejo de la sublime sencillez de su grande alma.

«En este tiempo me dieron las *Confesiones* de San Agustín, que parece el Señor las ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín porque el monasterio donde estuve seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador, que en los Santos que después de serlo, el Señor tomó a sí, hallaba yo mucho consuelo pareciéndome en ellos había de hallar ayuda, y que como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí ; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho : que ellos sólo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban a caer, y a mí eran tantas, que esto me fatigaba ; mas considerando en el amor que

me tenía, tornaba a animarme que de su misericordia jamás desconfié de mí muchas veces.

»¡Oh, válame Dios cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios!

»Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo y cuán atacada me veía para no me determinar a darme del todo a Dios.

»Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió a mí, según sintió mi corazón.

»Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga.»

. . . .

. . . .

De las *Confesiones* sale en parte el *Libro de su vida*. En parte nada más, porque desde el capítulo diez, en que pide que sea secreto lo que escribe, empieza la autobiografía sobrenatu-

ral que sigue en las *Revelaciones* y en las *Moradas* como la historia de los contactos divinos de un alma con Dios.

(Publicado en un tomo intitulado «Homenaje literario a la gloriosa doctora Santa Teresa de Jesús, en el 3.er Centenario de su Beatificación». — El Sr. Mella sabemos que tenía preparado sobre el mismo asunto un extenso trabajo, del que es éste un breve extracto fragmentario.)

VIII

LA TEOLOGÍA DEL AMOR. — MORAL Y CULTO DE LA IGLESIA.

Y Dios no puede producir *ad extra*, fuera de sí mismo, ningún ser para recibir perfecciones, porque las posee todas, y si las recibiera, dejaría de ser infinito. Crea para comunicarlas, para darse; es decir, obra por amor; pero este amor se encuentra con esta disyuntiva, que impone, de un lado, la naturaleza de los seres finitos y, del otro, la naturaleza del ser infinito: no hay posibilidad

de que la variedad inmensa de los seres refleje la perfección del original infinito, porque hay una distancia siempre infinita entre los dos, y Dios no puede comunicar ni ceder sus atributos. ¿Cómo se salva la contradicción? El amor tenía ideado el medio: comunicarse Dios mismo, darse por medio de la unión más íntima; y como el hombre es la abrazadera de los mundos y toca por las facultades superiores del espíritu al mundo angélico, y por las facultades inferiores y la composición de su cuerpo al mundo visible, y los resume a los dos en las substancias de su naturaleza, al unir esa naturaleza hipostáticamente al Verbo divino, se une por medio eminente a todas las cosas. El ser finito, unido a Dios como a causa y como a fin, es unido sin confusión, como naturaleza humana, a la del Verbo, consubstancial con Dios, formando la unidad de persona. ¿Cabe ya unión más íntima? ¿El amor habrá llegado a su término? No; aun puede realizar el prodigio supremo, lo que todos los rayos del genio reunidos en un solo foco no podrían ni siquiera entrever: prolongar y multiplicar indefinidamente la Encarnación, para hacer dos cosas únicas: la unión, no

sólo de la naturaleza específica, sino en cierto modo individual, al unirnos por la Eucaristía al cuerpo vivo de Cristo unido a su divinidad, haciendo, por el Dios humanado que desciende, el hombre-deificado que se eleva; y además otro portento: que la imposibilidad de que el ser finito ofrezca a Dios un sacrificio y un culto adecuados, desaparezca al ofrecerle a Dios lo que ninguna filosofía ni religión había sospechado, lo único digno y proporcionado a su ser: Dios mismo. Y así, salvado el abismo entre lo finito y lo infinito, y realizada la unión más perfecta a que pueden llegar sin confundirse lo humano y lo divino, la Eucaristía, síntesis suprema de todos los misterios y de todas las verdades, aparece como el verdadero fin del Universo, que no está solo, como ha sostenido profundamente una altísima teología, en la Encarnación, sino en su prolongación multiplicada, que aun produce unión más íntima en el portento del amor que estaba al principio como una llama eterna en la esencia de Dios, y que está también al final como el foco a que se dirigen todas sus obras *(Grandes aplausos)*.

Así, Dios se explica por la Trinidad; la Trini-

dad se explica por el amor; la Creación, por el amor; la Encarnación, por el amor, y todos los grandes dogmas y los grandes misterios, por la Eucaristía, que los encierra y los compendia en la síntesis final del amor.

Tal es la explicación de Dios, mirado, por decirlo así, con relación al hombre a quien se revela y une. Mirad ahora al hombre con relación a Dios.

Si el hombre, creado por Dios y por el amor elevado a un fin superior a sus fuerzas, cae, el amor no le abandona, el amor desciende por la Encarnación a redimirle; y así, la antítesis suprema, el abismo insondable entre lo infinito y lo finito, el amor lo llena por la Encarnación y la Redención; pero entre una naturaleza finita, manchada, y la santidad infinita, hay un abismo, y es preciso salvarlo, y el amor lo salva con una naturaleza inmaculada, exenta de pecado, que se interpone entre el hombre pecador y el Dios-hombre; pero como todavía hay una distancia enorme entre esa naturaleza inmaculada y esta otra naturaleza manchada y pecadora, el amor baja y recoge a esa naturaleza y le añade una

fuerza superior, proporcionada como medio a un fin que, por ser sobrenatural, la excede, y que con los medios naturales no podría alcanzar, la energía divina, la gracia, que está demostrada experimentalmente por sus efectos individuales y sociales, con sacrificios, abnegaciones y virtudes sobrehumanas, que no se encuentran jamás fuera del cristianismo y que son ondas de un río de caridad que corre desde el Calvario por la Historia, caldeando los corazones y derritiendo todos los egoísmos.

La Iglesia, canal hecho por Dios entre el cielo y la tierra para que circule y se desborde el torrente de la gracia, nos recoge, socorre y auxilia, en los siete momentos supremos que puede tener toda la vida, por medio de *Siete Sacramentos*, que son siete besos de abrazo y amor que da Jesucristo a los hombres; desde el que los lava con rocío celeste en la pila bautismal para limpiarlos de la mancha originaria, hasta el que pone en el cuerpo del agonizante el óleo santo como el ósculo postrero del amor que infunde la esperanza para que el viajero no desmaye ni zozobre al arribar a las playas eternas; desde el que celebra su enlace con la Iglesia, convertida en una desposada, hasta

el que consagra y eleva el amor a la mujer; desde el que da al hombre, al penetrar por el uso de la razón en los combates de la vida, el espaldarazo de la confirmación, hasta el que le levanta cuando su voluntad se tuerce y desmaya y cae herido y se mancha, para curarlo, y bañarlo en el Jordán de la penitencia; y el que lo resume todo aplacando el hambre de amor y dándose por alimento y transfundiendo la propia substancia y sangre en las entrañas del ser amado. Y así purificada y fortalecida la vida, puede levantarse, por el arrepentimiento, desde las negruras de la culpa hasta las cumbres radiantes de la santidad, para que se establezca esa jerarquía de amores que va del pecador arrepentido y elevado por la gracia, a la santidad, de la santidad a la Pureza Inmaculada, de la Pureza a la naturaleza humana asumida en la divina de la persona del Verbo, y de ella a Dios, para que el amor, que ha descendido por la Trinidad, la Creación, la Encarnación, la Redención y la Eucaristía, vuelva a subir por una escala de corazones y de voluntades imantadas hacia su origen, que es su fin, y quede cerrado por el amor el círculo de los seres que por el amor existen y

fueron creados y restaurados *(Grandes aplausos)*.

La moral católica se encierra de tal manera en el amor, que toda se compendia en el magno precepto que ordena amar a Dios directamente y por sí mismo, a los demás como a nosotros y a todas las cosas por El. Su culto es el sacrificio y la inmolación perpetua del amor, y la Iglesia misma, mirada como institución, es una nave que cruza los mares del mundo con los dos remos de su jerarquía, levantando las almas hacia su fin, que es su salvación, su destino eterno, que estriba cabalmente en la unión con Dios y en la fruición del amor. Y como el amor no quiere manchas en el objeto amado, no le puede dar el abrazo eterno mientras el purgatorio no le purifique con el dolor; y hasta el infierno, terriblemente descrito en los tercetos dantescos, se explica por el amor que niega, y sin duda por eso Santa Teresa definió con una frase sublime a Satanás, diciendo que es EL QUE NO AMA *(Aplausos)*.

El amor tiene por reverso el odio, y a un amor, si no por la intensidad, por el objeto, infinito, corrresponde un odio proporcionado, y a éste una separación eterna como el amor que odia.

IX

Cómo el Antiguo y el Nuevo Testamento son el poema del amor que se condensa en Cristo.

Y por eso el libro de la Iglesia, su ejecutoria, su credencial, la Biblia, el Antiguo Testamento y el Nuevo, a que se ordena, forman como un inmenso poema de amor.

El *Fiat lux* del Génesis es como la mirada amorosa de Dios, que hace amanecer el orden sobre el caos; y si el idilio paradisíaco se rompe con la tragedia de la culpa, al lado del anatema de la justicia está ya la promesa del amor secando las lágrimas del infortunio con la esperanza de la Redención. El amor elige como depositario de la verdad, que va a eclipsarse en el mundo, a un pueblo de pastores nómadas, y le convierte en un pueblo-milagro. No tiene filósofos, y poseerá una filosofía más encumbrada que la de los pensadores griegos; es profundamente utilitario,

y conservará la moral más pura y desinteresada; no es jurista, y poseerá la legislación social y agraria más perfecta; está sitiado por el politeísmo y gime cautivo bajo pueblos idólatras, y mantiene en su porción más selecta el *monoteísmo*, el culto del verdadero Dios, y afirma enérgicamente el dogma de la Creación, cuya negación e ignorancia basta para explicar la existencia de las falsas religiones, sin contradictorios y fatales instintos de raza ni fantasía evolucionista, porque no se puede ocultarlo con la sombra del error sin que surjan, en el intento de sustituirlo, el panteísmo índico, el dualismo pérsico, el politeísmo occidental del mundo antiguo o el evolucionismo moderno.

La historia de ese pueblo con las dinastías de sus patriarcas, de sus caudillos, de sus profetas, de sus jueces, de sus reyes, de sus guerreros, no es más que la historia del amor con que le abraza y le sujeta Jehová, y de la ingratitud con que se subleva contra su misericordia hasta merecer el castigo de su justicia.

En los libros de sus profetas, el amor le amenaza para salvarle, y le alienta para que no des-

maye, dilatando ante sus ojos la esperanza de una biografía anticipada de su Libertador, en que señalan desde la fecha de su nacimiento hasta las circunstancias de su muerte.

El amor corrige los descarríos de la inteligencia y las flaquezas de la voluntad con la dura lección de la experiencia y el conocimiento de todas las acciones del hombre y de sus móviles en *sentencias* y en *proverbios*, desvaneciendo con los rayos de la sabiduría divina las vanidades de la sabiduría humana. El amor llora en los *salmos* de David, que humedece con las lágrimas del arrepentimiento las cuerdas de su arpa, arrancándoles las notas de la alegría y del himno para cantar la justicia y la gloria del Señor. Lanza gritos desgarradores, que todavía estremecen a los hombres, por los labios del profeta de Idumea, tendido en su muladar y atenazado por el tormento, que aplaca la cólera de Jehová. Y es el amor que se entrega a todos los deliquios de la ternura en los besos ardientes de la Sulamita abrazando al Esposo, en un sublime epitalamio, el *Cantar de los Cantares*, y el que agita y abraza con la sed del martirio por la fe y la libertad de su pueblo el

alma heroica de los Macabeos, porque la sangre de los mártires, el amor delirante de la Esposa, los lamentos de Job, las lágrimas de David, la sabiduría de Salomón, la promesa mesiánica recogida en la tienda de los Patriarcas y custodiada por ese pueblo como el Arca de la alianza en la visión anticipada de los videntes de Israel, va a realizarse, y llega la plenitud de los tiempos, y se va a dividir en dos hemisferios la Historia, porque una palabra divina, llevada por las brisas del mar de Galilea, pondrá en los labios de todos los desgraciados, es decir, de todos los hombres, la plegaria de la unidad y de la suprema fraternidad, llamando a Dios *Padre nuestro*, y dejando caer sobre todos los oprimidos, en un mundo de césares y esclavos, las *Bienaventuranzas* del amor... *(Estrepitosos aplausos)*.

Es el Dios humanado por amor peregrinando y padeciendo desde el pesebre a la Cruz. El que desciende hasta los leprosos del cuerpo y del espíritu, y habla con los fariseos y los publicanos, y abre a la luz el alma de la Samaritana y los ojos del ciego de Siloe, y despierta a la vida a la hija de Jairo y a Lázaro de Betania, y que, domi-

nando la vida y la muerte, acepta todos los dolores humanos y los sube a la Cruz, y, sujeto a ella por el hierro, adelanta el pecho para que la lanza parta el corazón y convierta la herida en cráter divino por donde sale un río de amor que inunda a Jerusalén, se desborda en Antioquía, penetra en Roma y se dilata, acrecentando, atravesando los siglos, los continentes y los océanos, para que se abrasen en él millones de almas de apóstoles, de mártires, de santos, de místicos y de ascetas, y conviertan sus corazones en ascuas, y lleguen al supremo delirio del amor que la mente humana no podía siquiera concebir: a amar *¡hasta el odio al amor!*, que perdona y sonríe en la parrilla roja del tormento, que ruega perpetuamente por los perseguidores para absorberlos y evaporarlos en la llama de la caridad, a fin de que se eleve transformado en oración y descienda de los cielos como el rocío del arrepentimiento y de la gracia, sobre la frente de los impíos y la voluntad de los verdugos *(Delirante y continuada ovación)*.

X

CÓMO EL AMOR RESULTA LA PRUEBA ESTÉTICA DE LA IGLESIA. — EL TEMPLO CATÓLICO ES EL ÚNICO QUE RESUME TODAS LAS BELLAS ARTES.

El amor es la primera y la última palabra de la Iglesia católica. ¿Y cuáles son las causas del amor? La bondad y la belleza: dos hermanas gemelas que andan siempre juntas y abrazadas a la verdad, que es la hermana mayor. Dondequiera que veáis la belleza y la verdad, allí estará el amor para dirigiros a ellas y encenderos en sus llamas; y dondequiera que esté el amor, allí estarán la bondad y la belleza para inflamarle. Y la Iglesia, manifestación de la verdad absoluta, tenía que serlo de la bondad y reflejar su belleza; y por eso quiero poneros en presencia de un gran contraste que ilumina la faz de la Iglesia con una nueva luz que ella sola irradia.

Comparad los templos de todas las religiones con un templo católico, y veréis que sólo en el

templo católico se dan cita todas las artes, y que en los otros no están todas: están dispersas, o están proscritas. Como ella es manifestación de la suprema belleza, todas las bellezas, rayos del mismo foco, se sienten atraídas por ella. La pagoda oriental deforma la naturaleza con sus monstruos; la mezquita reniega de la estatuaria y la pintura; en la sinagoga actual encontraréis el germen, pero nada más que el germen, de las bellas artes, porque, como se apartó y no quiso seguir la corriente de la Iglesia, sólo conserva lo que anunciaba a la Iglesia en los serafines que guardan el arca de la alianza y en los comienzos de la ornamentación simbólica, que, no pudiendo ya expresar la verdad religiosa, copiaron como símbolo suyo las sectas secretas que la combaten. Ni siquiera las herejías que se llaman cristianas conservan las bellas artes. La Reforma, que las resume todas, es iconoclasta: proscribe la estatuaria, proscribe la pintura, y sus templos parecen templos profanos. Y ¿qué más? El mismo cisma griego, que conserva el dogma, como se ha apartado de la unidad, si reconoce la pintura, aunque petrificada en la rigidez bizantina, como si quisie-

ra recordar siempre la fecha de la ruptura con Focio en el siglo IX y su consumación en el XI, no admite el relieve y reniega de la estatuaria. Sólo la Iglesia católica, sintiéndose obra del Artista supremo, congrega en derredor de su trono todas las manifestaciones de la hermosura en la naturaleza y en el arte. El mundo vegetal y animal, con las riquezas de su flora y de su fauna, está en los capiteles y en los pórticos, representando simbólicamente virtudes y pecados. La estatuaria se levanta en los altares; la pintura reproduce la vida entera y el triunfo de los mártires y de los santos, y la gloria, el purgatorio y el infierno en los tímpanos, en los muros, en las vidrieras y en los retablos, y todas las voces de la alegría y del dolor en el cántico, en la música del órgano, en la lengua de bronce de la campana, y hasta la danza sagrada y el arte escénico en el esplendor de sus ritos y ceremonias, que no en vano el drama litúrgico nació en el templo. Y por encima de las manifestaciones plásticas de la belleza, hace brillar todos los esplendores de la doctrina y de la poesía; si queréis la enseñanza didáctica, ella os la mostrará en lo que llama cátedra por anto-

nomasia; y si buscáis el drama, y la epopeya, y el poema más heroico, todos los días y a todas horas está leyendo la tragedia suprema y la más grande de las epopeyas, porque en ella no está como protagonista un hombre, sino el Hombre; no una mujer, sino la mujer Virgen y Madre; no lo humano ni lo divino desfigurado y separado, de las antiguas teogonías, sino lo divino y lo humano unidos en el Dios-hombre.

Todas las formas literarias le rinden vasallaje para expresar la historia de los personajes superiores a todas las concepciones artísticas, y sentimientos que no caben en el alma y en la lira de los grandes poetas. Ella presenta dramas reales, a la vez humanos y divinos, y que superan a todas las creaciones de la fantasía. ¿Qué novela histórica ni caballeresca podrá compararse con la vida de los conquistadores y guerreros victoriosos como San Fernando, o vencidos como San Luis; ni qué aventureros heroicos podrán colocar sus hechos al lado de las empresas de San Francisco Javier? ¿Qué novela social puede acercarse a la vida de San Vicente de Paúl o San Juan de Dios? ¿Qué novela psicológica, a esas súbitas conversiones

como la de la Magdalena, San Pablo y San Agustín? Y si buscáis todas las formas y modelos de la poesía lírica, ella os ofrecerá las elegías desgarradoras y los himnos triunfales más grandes que han agitado el corazón y los labios de los hombres. Lanza imprecaciones terribles con la voz de los profetas, y es fúnebre en el *Dies irae;* se anega con el llanto en el *Stabat Mater;* suplica y ruega con todos los acentos de la ternura en la *Salve Regina;* pero canta en el *Magnificat* y expresa el triunfo en el *Te Deum,* porque tiene en sus manos el corazón de los hombres; y, como oye las solicitaciones de la vida divina en las voces de la gracia y escucha la confesión de todos los pecados y miserias humanas, lo abarca todo; y su templo, como el Universo, junta todos los contrastes y todas las armonías *(Aplausos).*

¿Hay derecho a privar al niño, a privar a la juventud, de esta síntesis suprema, la más grande que ha brillado en el mundo, porque descendió de los cielos, y la graban la razón y la fe en las almas de los hombres?

(De la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo 1913).

XI

La iglesia y el momento actual. — La pérdida del valor. — No hay derecho al pesimismo.

En nombre de la más elemental cultura, ¿hay derecho a que se ignore lo que enlaza y explica todas las edades, porque el pueblo hebreo fué la Iglesia antigua, y sigue siendo la prueba de la nueva; y si se arranca la Iglesia de la Historia, la Historia entera se queda sin explicación? No; pero mientras os hablo, pregúntome a mí mismo con tristeza: todo esto que decimos es verdad; pero esas protestas tan enérgicas y admirables, que vosotros habéis iniciado, ¿producirán algún efecto real que detenga la corriente secularizadora, o se perderán en el vacío como lamentos de almas doloridas? Vivimos en una sociedad hondamente dividida, que tiene, entre otros grandes síntomas de decadencia, uno de los que más me aterran: La *pérdida del valor*. No hablo del valor físico, que a veces consiste en no huir; no hablo

del valor físico, que depende del ardor de la sangre, y que quien no la tenga sustituída por la linfa o por la horchata, en algún grado posee. No se trata de ese valor que ha existido y existirá siempre: hablo de otro valor más alto, de aquel valor cívico que es moral, y que, por ser moral, forma parte de la fortaleza, que es una virtud cardinal.

Yo no creo que ese valor brille en los poderes públicos; pero voy notando que tampoco brilla bastante en la sociedad de que nosotros formamos parte. Si el síntoma estuviera sólo arriba, habría esperanzas al encontrarlo abajo; pero si no lo encontramos a un tiempo ni abajo ni arriba, el pesimismo se puede apoderar de las almas, y yo no soy pesimista ni quiero infundir el pesimismo en nadie, porque no es cristiano, fabrica su trono con tablas de ataúd y lo asienta sobre el cadáver de la esperanza *(Aplausos)*.

¿Lograremos nuestro objeto? ¿Seréis vencidas vosotras, que habéis ido a las avanzadas y que habéis despertado de su letargo a los hombres? Después que todo haya pasado, después que se hayan terminado estas protestas, ¿quedará como

resultado un recuerdo nada más? ¿Volverá el silencio a extender sus alas negras sobre nosotros y a recogerlas sólo algún tiempo para que se oiga y se perciba mejor el crujido del templo que se desmorona, de la lámpara del santuario que cae, de las disputas de los fieles entre sí, y hasta el sollozo de los cruzados que dejan en el suelo las espadas para llevarse a los ojos los pañuelos? *(Aplausos).*

Todo depende de nosotros, si somos fieles a la fe que profesamos y la voluntad la sirve sin miedos ni condiciones. Los tiempos son aciagos; la hora tan crítica, que hay algo que me impide mirarla con calma, porque turba el ánimo con el asombro. Hemos llegado a unos momentos en que una cosa que pareció visión apocalíptica y dantesca, y que pasó hace pocos años ante nuestros ojos, una semana horrible que apenas tiene nombre, que fué la escuela laica volcada en la calle, dando libertad a todas las vilezas y a todas las degradaciones humanas en una explosión de barbarie, verdadera orgía de caníbales beodos que profanó los cadáveres y danzó con los esqueletos de los muertos ante las llamas de los templos in-

cendiados y de las obras de arte reducidas a pavesas... todo eso se ha convertido por el miedo en argumento en favor de la libertad del delito y de la justificación y casi apoteosis de los delincuentes, de tal manera que los verdugos, o los cómplices, o los encubridores de los verdugos, son ahora, por cobardías inauditas, los que dispensan el perdón y la misericordia a los que fueron las víctimas o los amigos de las víctimas *(Estrepitosos aplausos).*

¿Vamos a desfallecer por eso? ¿Vamos a creer que una nube sombría se va a extender entre nuestros deseos y nuestras esperanzas, y que la Iglesia, en lo humano, va a quebrantarse y a sufrir nuevas laceraciones y nuevos desmayos, y que nosotros, rendidos al desaliento, tendremos que deponer las armas? No; nosotros no tenemos derecho a temblar y a sorprendernos con desventuras, señores, y no lo tenemos, porque no se concibe una Iglesia católica perpetuamente victoriosa en la tierra. ¿Creéis vosotros que una Iglesia que fuese siempre sobre alfombras de laurel y de palmas, hollando cetros, teniendo rendidos a sus plantas a todos los poderosos, cubriendo al

mundo con la majestad de su grandeza y de su manto, sería la imagen de la Iglesia católica? ¡ Ah ! Podría ser la imagen de aquel Cristo carnal que concebían como conquistador los judíos, podría ser como un reflejo de la omnipotencia que con su majestad nos avasallase y rindiese; pero no del amor que se asocia al dolor humano y lo perfuma con su ternura y participa de las amarguras y de las lágrimas con que gravita y circula por todos los corazones. La Iglesia no reflejaría a Cristo si sólo fuese victoriosa y triunfante por el mundo: «Iréis como corderos en medio de lobos, os perseguirán en mi nombre». El lo dijo, y no le reflejaría si no caminase, como él, por la calle de la Amargura y no fuese lacerada, oprimida, vejada, azotada ante los Poderes públicos, y clavada, y escarnecida, y coronada de espinas, y bebiendo hiel y vinagre, para que, llegado el momento supremo y cuando la impiedad cantase su triunfo, y se rasgara el velo del templo, y temblara la naturaleza, sobre el sepulcro guardado por los enemigos satisfechos se levantase resplandeciente y llena de vida como su divino Fundador *(Grandes aplausos)*.

XII

LOS CATÓLICOS NO PUEDEN ENCONTRAR YA SORPRESAS EN LA HISTORIA. — LOS GRUPOS REPRESENTATIVOS DE LA PASIÓN. — BARRABÁS Y FERRER. EL DEBER HASTA EL MARTIRIO.

No tenéis vosotras derecho, señoras, no lo tiene ningún católico a esperar ya sorpresas en la Historia. ¡ Si la Historia entera está en el Calvario ! El Señor decía: «Cuando Yo sea levantado, todo lo atraeré hacia mí»; y cuando fué levantado en la Cruz, cargado con todos los dolores humanos, puede decirse que levantó también entera toda la historia futura de la Iglesia. En los grupos de la Pasión están todos los grupos que, al través de los siglos, olvidan o tiemblan en la defensa de Cristo, o dudan de él, o le niegan, o le blasfeman y escarnecen. Desde el día del Calvario, la Historia ya no tiene más que tres capítulos: los que ignoran a Cristo, los que le odian y los que le aman. Todos los grupos están allí. Cuando veáis a los discípulos pusilánimes y a los discípu-

los confiados, mirad las escenas de la tragedia suprema.

Muchas veces un sueño letal se apodera de las almas, y hasta los verdaderos creyentes ignoran el peligro y se duermen, mientras los adversarios, auxiliados por los traidores, avanzan para consumar su obra. Dirigid los ojos al huerto de las Olivas, y allí los encontraréis representados: la Verdad está postrada por la pesadumbre del dolor con que la agobian nuestras culpas, y suda sangre, y tiene toda la vida en los ojos, y apura hasta las heces del cáliz de la amargura, y no lo advierten los discípulos, que están dormidos. Mirad al apóstol que todavía no ha recibido la plena confirmación de la verdad con la Resurrección, y le veréis cobarde, pusilánime, negar a su Maestro repetidamente por salvar la vida y no exponerla por el que dió la suya por todos.

Nos asombramos del mitin en donde blasfema el jacobinismo, y de la impiedad que ruge en la prensa y en la tribuna y en la calle: es la reproducción de la turba deicida que va delante de la Cruz mofándose de Cristo con el *Ave, Rex judaeorum,* o diciéndole sarcásticamente que des-

cienda de ella. ¡Todo está allí! Los hombres que claudican, los poderes débiles, los poderes cobardes, que transigen con la revolución; los que preguntan, en presencia de la verdad, qué es la verdad; y los que, reconociendo que Jesús es inocente y que es justo, le entregan a las turbas, y se lavan después las manos en vez de lavarse la conciencia, también están allí *(Aplausos)*; allí está aquel pretor de Judea, sentado en su tribunal, que oye el clamor de la muchedumbre deicida, excitada por los fariseos, y formula, transigente y débil, la disyuntiva de todos los Poderes que abdican en la injusticia: ¿A quién queréis que os entregue libre, a Barrabás o a Jesús? Y la turba, dirigida por los príncipes de los sacerdotes y los magistrados de la impiedad, contestará: Crucifica a Cristo, mata a Cristo, destrona a Cristo... y entroniza a Ferrer *(Grandes aplausos)*.

He pronunciado ese nombre, y no ha sido mera equivocación histórica el poner en lugar de Barrabás el nombre suyo; pero, ya que lo he pronunciado, quiero decir algo más antes de concluir, que ésta es hora de decir claramente las verdades *(Aplausos)*.

He hablado aquí de la escuela neutra, y él era la personificación de la escuela laica, que es la neutra sin la hipocresía; pues bien: aquel hombre — que no era más que un criminal que prostituyó el vínculo familiar, abandonando en la pobreza, cuando él vivía en la opulencia y el placer, a su mujer y a sus hijas; que deshonró la enseñanza y que insultó la Patria en páginas horribles; que armó el brazo del regicida — ha recibido en holocausto el tributo de admiración idolátrica de muchedumbres engañadas y seducidas, y se le ha presentado a él, ignorante, rudo, sin letras, como una especie de Sócrates español y de Descartes catalán, según frases de periódicos extranjeros; y ese hombre que, según sus mismos defensores, después de haber predicado el desorden y de haber levantado cátedra de anarquía en *La Escuela Moderna*, aunque fué el inspirador de las turbas y trazó con anticipación su programa, no tuvo valor, según esos defensores, y contra la creencia general que le suponía hombre de acción, para seguir a sus discípulos en la empresa y acaudillar visiblemente el motín; ese hombre, que fué fusilado demasiado tarde... *(Aplausos)*, sí, demasiado tarde, porque suplió la justicia militar una prevaricación política del poder civil, que, de no haberse realizado, le hubiera llevado a la muerte una semana después de la bomba de la calle Mayor, cuyo proceso, más grave aun que el de la semana roja, no se quiere revisar, esclarecer ni discutir, ¡ese hombre sigue gobernando desde su tumba en España! *(Grandes aplausos)*.

Y es preciso que, por encima de esa tumba, gobierne el espíritu católico de la nación, en el Estado. ¿Cómo? Quiero concluir con una frase que os voy a repetir casi literalmente y que he escrito alguna vez, aunque no creo que se haya publicado nunca: *Cuando no se puede gobernar desde el Estado con el deber, se gobierna desde fuera, desde la sociedad, con el derecho.* ¿Y cuando no se puede gobernar con el derecho sólo, porque el poder no lo reconoce? Se apela a la fuerza para mantener el derecho y para imponerle. ¿Y cuando no existe la fuerza? Nunca falta en las naciones que no han abandonado totalmente a Cristo, y menos en España; pero si llegara a faltar por la desorganización, ¿qué se hace? ¿Transigir y ceder? No, no. Entonces se va a re-

cibirla a las Catacumbas y al Circo, pero no se cae de rodillas porque estén los ídolos en el Capitolio *(Delirante y prolongadísima ovación. El público se levanta para felicitar al orador, que es aclamado frenéticamente al abandonar el salón)*.

(De la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo de 1913).

XIII

Descripción de la Catedral

La Iglesia hizo entonces un prodigio que no se volverá a superar en el mundo. Ella, que había infundido la unidad en las almas y que había transformado las tribus bárbaras en las gloriosas Ordenes de Caballería, en las legiones de los Cruzados, realizó un milagro superior al de Ezequiel. No vaticinó ya sobre los huesos para vestirlos de carne viva y llamarlos a una súbita resurrección; vaticinó sobre las piedras, y las piedras la obedecieron, y, como si por ellas circulase la savia, les dió la vida. Porque parece que, a su

voz, las piedras se agruparon y se levantaron; y la selva germánica, que estremecían las trompas guerreras y que azotaba, furioso, el huracán, va a cambiarse en la vegetación prodigiosa de las catedrales góticas, vegetación de granito, por donde circula la vida; y así, el tronco de la encina, donde colgaba el bárbaro su escudo, y de donde sacaba su lanza, se convierte en el pilar de columnas abrazadas; el muérdago de la encina sagrada del celta se troca en la orla festoneada del capitel; las ramas enlazadas del bosque, en las nervaduras que se cruzan formando arcos triunfales, que no igualan las palmas de Oriente; y los árboles seculares que se yerguen en la fronda obscura del bosque, en las torres caladas por donde circula el aire y la luz, y en las flores que se despliegan en los pináculos; y la luz macilenta que se filtra al través del follaje, y que deja como jirones de sombra en el suelo, en la luz de gloria de la ojiva, que tiene colores rojos como la sangre del Redentor, y verdes como las espinas de su corona *(Los aplausos impiden oír al orador)*.

Entonces, la piedra, caldeada por el amor, vive; la catedral toda es una plegaria petrificada,

un éxtasis copiado en mármol y en granito. Los rosetones son sus ojos; el incienso, su aliento; las armonías del órgano, los ecos de su voz *(Aplausos)*. Llama al creyente con la voz de sus campanas; y, cuando llega a la portada misma, en los tímpanos y arquivoltas, le muestra su historia, la lucha del bien y del mal; los monstruos, retorcidos con furia imponente; el dragón, simbólico; la serpiente, hollada por planta virginal, como símbolo del pecado vencido por la gracia; y, después, le hace penetrar bajo las bóvedas formadas por la mística rosa, que ha marcado sus bordes en los arcos apuntados, sobre la cruz, que es la planta en que está edificada y en donde parece que hasta la materia de los muros se arrodilla para adorarla; entonces, el hombre oye una voz misteriosa, que habréis oído vosotros en la gran basílica, y que parece llamar al hombre del mundo que acerca sus sentidos a otro mundo de radiante hermosura sobrenatural; y esa voz, que suena como rumor de arpas angélicas y que percibe mejor el alma que el cuerpo, sale de todos los ámbitos, de todos los puntos de la catedral; de los labios de los paladines de Cristo, reclinados

sobre la almohada de piedra, con el lebrel al pie, con la faz hacia el cielo y la espada oprimida por las manos yertas; de la boca de los doctores, que deletrean la verdad eterna en sus libros de mármol; de la de los Santos, perfumada con una plegaria; de las palmas de los mártires, que agita una brisa celeste; del rostro, iluminado por lumbre increada, de la Virgen sin mancilla; de la bíblica paloma, que desciende, entre luces que tienen tristeza de ocaso y resplandores de alborada, sobre la nube del incienso; del Tabernáculo Sagrado, en donde lo finito y lo infinito se juntan sin confundirse, y en donde Dios se ofrece a sí mismo por los hombres, como el único sacrificio digno de su ser...; de todas esas partes sale ese clamor inefable, que dilata en una nueva vida los corazones, elevándolos a un mundo sobrenatural; y que llega, desde la más espléndida catedral hasta la más pobre ermita formada con barro y paja en la grieta de una peña, como el nido de una golondrina, para decir a las almas transfiguradas: «¡Excelsior!» *(Ovación)*.

(De la conferencia dada en el Teatro Principal de Burgos, el día 25 de julio de 1921).

PATRIA

PATRIA

I

EL DEBER DE AMAR A ESPAÑA SUPONE EL DE CONOCERLA; ÉSTE, EL DE ESTUDIAR SU HISTORIA, Y ÉSTE, LA ENSEÑANZA RELIGIOSA. — SIN LA IGLESIA NO EXISTE LA HISTORIA DE ESPAÑA. — INFLUENCIA EN LA HISTORIA EXTERNA.

Ese vínculo externo que une nuestra vida con la vida de la Patria nos obliga a mucho. A lo primero que nos obliga es a conocerla, porque tenemos la obligación de amarla, y no se puede amar lo que se ignora. Y aquí voy a deducir una consecuencia: que si es necesario conocer a la Nación para amarla, hay que conocer su vida íntima, hay que conocer la idea directriz de su historia, el principio vital que ha informado su ser y todas las manifestaciones de su genio, y para

conocer eso, cuando se trata de España, hay que conocer la Religión católica. Y entonces veréis brotar como conclusión *la necesidad de imponer la enseñanza religiosa,* incluso a los no creyentes, si quieren ser españoles *(Nuevos aplausos).*

Pero ¿es verdad que la Religión católica constituye el elemento predominante y directivo de la Patria y de la Nación española? ¡Ah! Para negarlo, a fin de eludir la consecuencia de la enseñanza religiosa obligatoria, hay que negar su historia, es decir, negar a España. No tengo más que trazar ante vosotros las líneas más grandes y más generales de esa historia para demostraros que la Religión católica es la inspiradora de España, la informadora de toda su vida, la que le ha dado el ser, y que sin ella no hay alma, ni carácter, ni espíritu nacional *(Grandes y prolongados aplausos).*

Salimos de la unidad externa y poderosa de Roma, que tendió su manto por España, cerca de seis siglos, pero ni con su inmensa red administrativa y militar, ni con la transfusión de su lengua y de su derecho, ni con terribles hecatombes que dejaron pavesas y escombros en los lugares que fueron ciudades heroicas, pudo salvar las

diferencias de las razas iberoceltas y de las colonizadoras fenicias y helénicas, que, apoyadas en la diversidad geográfica, latían bajo su yugo recibiendo su poderosa influencia, pero también devolviéndola y comunicándola en la Literatura y el Imperio. Fué necesaria una unidad más fuerte y más íntima que llegase hasta las conciencias y adunase en un dogma, en una moral y en un culto las almas, y las iluminase con la palabra de los Apóstoles, y las ungiese con sangre de mártires, y las limpiase de la ley pagana en los circos y en los Concilios, estrechándolas con una solidaridad interna que, por ministerio de la Iglesia y del tiempo, se convertirá en alma colectiva. Por eso, cuando el caudillaje militar de los bárbaros se repartió los jirones de la púrpura imperial sobre el cadáver de Roma, la Iglesia se interpuso entre el godo, arriano y rudo, y el hispanorromano, católico y culto, y venció a los vencedores infundiéndoles la fe y el saber de los vencidos.

Cegó en los Concilios toledanos el abismo que los separaba, formando aquel Código singular, el mejor de su época, el *Fuero Juzgo,* donde brotaba ya, rompiendo la corteza absolutista, el germen

de la Monarquía cristiana con la diferencia del Rey y del tirano, y se armonizaban los tres grandes elementos de la civilización que empezaba: el *romanismo,* el *germanismo* y el *cristianismo,* superior y más poderoso que los dos. Suprimió la ley de castas y la separación familiar, sembrando la semilla de la nacionalidad en un surco tan hondo que podrá crecer y prosperar bajo las olas de la invasión musulmana. Y cuando esa invasión se desborda, y las legiones sarracenas se apoderan de las islas y de las grandes ciudades del Mediterráneo, y saltan el Pirineo y hacen temblar a Europa, ¿quién salva la civilización de una catástrofe, organizando la lucha secular de la reconquista? ¿Quién la dirige? ¿De dónde salen los grandes ejércitos que van a pelear desde las montañas hasta las llanuras y desde las llanuras hasta el mar?

Salen de las cuevas de los eremitas y tienen su base de operaciones en los monasterios de las montañas. Esa reconquista, que es la *cruzada de Occidente,* no es una serie de guerras como las cruzadas de Oriente, es una sola campaña, un inmenso campo de batalla, donde se dan cita las

generaciones y los siglos guiados por el mismo plan que va trazando la Iglesia con la Cruz en el suelo peninsular. El ejército central sale de la cueva del Auseva; el de la izquierda baja de los santuarios de la Borunda y de San Juan de la Peña; el de la extrema izquierda recibe su impulso de los que se extienden por la Marca Hispánica y acampa en Ripoll, y el de la derecha aparecerá en la frontera de Portugal más tarde, sembrando de templos las etapas de su jornada. ¿Y qué sucede cuando esos ejércitos avanzan? Alfonso II, apoyándose en algunos núcleos de resistencia que han quedado intactos en Galicia, llevará un día sus fronteras hasta el Miño; Ramiro II las llevará, después de la memorable batalla de Simancas, hasta el Duero; Alfonso VI las llevará hasta el Tajo, y Alfonso el Batallador hasta las Riberas del Ebro, desde Tudela a Zaragoza; y las huestes que recorren la orilla del Mediterráneo que tendrá que agitarse debajo de sus garras, llegarán con Berenguer IV hasta la desembocadura del Ebro, arrojando a los dominadores más allá de la Ribera de Tortosa; y las que siguen la línea del Atlántico llegarán con

Alfonso Enríquez a la desembocadura del Tajo, que los lanzará a la desolada llanura del Alentejo. Y cuando una nueva invasión, que parece que trae el desierto y la traslada por encima del Estrecho, nos ataca, todos los reyes avanzarán unánimes, porque Alfonso IX de León entrega parte de sus guerreros y se queda de reserva con los demás, y entonces será la Iglesia la que extienda los mantos de los caballeros de sus Ordenes Militares para que cubran la tierra empapada con su sangre en el Centro peninsular y puedan pasar sobre ella los reyes confederados alrededor de la Cruz y llevarla en triunfo por el paso del Muradal hasta las colinas de las Navas, y descender después con un santo, que esconde el sayal debajo del armiño, hasta el Guadalquivir, y llegar más tarde a la Vega de Granada, y ponerla en sus adarves. Y no se parará allí a dormir el sueño de la victoria realizada, bajo pabellones de laurel; se asomará al mar para cautivarle y educarle con su fe y con su genio, y se detendrá un momento a descansar en el pórtico de la Rábida para convertirle en el pórtico de un Nuevo Mundo, y, por medio de un sublime terciario, Colón, que anda

buscando dinero para una nueva cruzada, protegido por tres frailes, Fray Juan Pérez, Fray Antonio de Marchena y Fray Diego de Deza, y por una reina que lleva por apellido el de la Iglesia, cruzará por rumbos desconocidos el Océano y pondrá el nombre de la Virgen, ofreciéndole su empresa, a la carabela que dirige; el de San Salvador a la primera isla que descubre, el de Santa Cruz a la primera nave que construye en la Isabela; y al desembarcar en Cádiz, después del segundo viaje, cubrirá su cuerpo con el sayal del franciscano. Y será entonces cuando los guerreros emularán la fe de la legión de misioneros más heroicos que el mundo ha conocido, y, con el ardor del P. Olmedo o el P. Zumárraga, de Anchieta y Montoya, el gran Cortés, apenas pasado Tabasco, pondrá el nombre de Veracruz a la primera ciudad que levante en el Continente mejicano. Y cuando aquel glorioso aventurero, cuyo centenario vamos a celebrar, Vasco Núñez de Balboa, saliendo de Santa María de Darien con un puñado de españoles y dominando tribus indias que le secundan o se dispersan, atraviesa, ante los mismos naturales consternados, ríos que se des-

bordan, pantanos que tienen la muerte en la superficie y en el aire, y selvas jamás cruzadas, itinerario que produce espanto en el ánimo de los viajeros modernos; cuando, después de exceder las fuerzas humanas, ve tenderse ante sus ojos el inmenso mar del Sur como un espejo que quiere reflejar tanto heroísmo, antes de penetrar en él con la espada en la mano o tomar posesión de sus aguas en nombre de los monarcas españoles, caerá de rodillas al lado de su capellán Andrés de Vera, y entonará aquel *Te Deum* que con ellos entonará toda nuestra raza, acompañados por el murmullo solemne de las olas del Océano que pronto va a quedar cautivo entre los brazos de nuestra costa y estrechado por nuestro genio *(Delirante y prolongada ovación. El público se levanta aclamando al orador)*.

Por la Iglesia fuimos con el P. Urdaneta y Elcano a dar la vuelta al planeta, y con San Francisco Javier a evangelizar millones de hombres más allá de las fronteras donde pararon las victorias de Alejandro.

Por la Religión fuimos a pelear en los pantanos de Flandes, para contrabalancear el poder de

la Protesta, que hubiera sucumbido sin la hora trágica en que se hundió la *Invencible; por ella* hicimos la *última cruzada* en Lepanto, y fué nuestra nación, como se ha dicho muy bien, la amazona que salvó a la raza latina de la servidumbre protestante, y la libertad y la moral del *servo arbitrio*, de la *fe sin obras*, de la *predestinación necesaria*, con los teólogos de Trento y con los tercios que pelearon en todos los campos de batalla de Europa; y nosotros fuimos los que todavía, al comenzar el siglo XIX, en las luchas napoleónicas, salvamos a Europa de la tiranía revolucionaria del César como se ha reconocido, pues fué un francés, Chateaubriand, quien dijo con razón que los cañones de Bailén habían hecho temblar todos los gabinetes europeos. Y en las contiendas de los siglos XIX y XX, ¿no es verdad que todo gira alrededor de la Cruz? Nuestras luchas civiles, nuestras contiendas políticas, o por afirmaciones o por negaciones, todas se refieren a la Iglesia; y nuestros enemigos de hoy mismo, si se suprimiera el catolicismo en España, se quedarían asombrados, se quedarían absortos unos a otros, al encontrarse sin programa *(Aplausos y risas)*. El grado

de odio y de opresión a la Iglesia, lo que se ha de cercenar de sus derechos, lo que se han de limitar sus facultades, ese es el programa de los que se llaman anticlericales, de modo que aun como negaciones viven en esa afirmación soberana, que es el soporte espiritual de la Patria.

(Del discurso pronunciado en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo de 1913).

II

Un himno a las glorias de España

Y, sin embargo, esa historia de España se confunde durante más de un siglo con la Historia Universal. Nosotros teníamos un imperio al lado del cual eran provincias el de Ciro y el de Alejandro, porque fué veintitrés veces más grande que el de Roma; nuestros personajes formaban como una selva en el siglo XVI; de tal manera se unían, que no era fácil distinguir el cielo que ellos eclipsaban con su grandeza. Nosotros fuimos grandes, con una grandeza tal, que quisiera re-

cordar las palabras de un gran español lusitano, Oliveiro Martins, que, a pesar de ser positivista y ateo, cuando escribió uno de sus libros cantaba las glorias de España con un acento tal, que pudiera eclipsar, y ciertamente eclipsa, aquel otro lenguaje impropio al hablar de una madre, que suelen usar nuestros historiadores de los partidos democráticos; él, positivista entonces, aunque su sinceridad y su buena fe le llevaron a morir abrazado a la cruz; él, positivista y ateo, decía: No se puede afirmar en España que la Monarquía y el Catolicismo fueran contra natura; habría que averiguar de dónde sacaron ellos su fuerza, y habría que quemar todos los documentos históricos unánimes en reconocer el entusiasmo del pueblo con los reyes y los sacerdotes, en que se veía a sí mismo representado. El era el que, cantando la España del siglo XVI, decía: No era un monstruo, era un gigante; en su seno latía la vida; su brazo era tan titánico y potente, que, cuando se levantó, pareció que con un esfuerzo sobrehumano alteraba las leyes de la naturaleza y de la historia; cada personaje era un gigante. Y todos los enumera, desde Lope a Camoens, desde Felipe II a

Juan III, y aunque algunos alcanzan epítetos denigrantes, en cierta manera a todos los reconoce como grandes, porque la imparcialidad histórica a eso le obliga.

Cuando nos levantamos formando aquella unidad poderosa de una fe ardiente que nos puso en movimiento, Europa dobló la cabeza para dejarnos pasar. Entonces las leyes históricas parece que se suspendieron; fué necesario que el gigante se desangrara y sucumbiera en una lucha de más de un siglo para que las leyes históricas volvieran a regir los intereses humanos como en la vida ordinaria.

Señores, una historia de tal magnitud y de tal grandeza no puede ser denigrada, no puede ser escarnecida; y esa historia es aquella que coincidió, a pesar de los vientos adversos que en toda Europa reinaban, que coincidió con la idea regionalista al mismo tiempo que con la idea nacional fundada sobre la idea religiosa.

Yo me he imaginado muchas veces que esta España gloriosísima se hubiera formado como si hubiera habido raíces dispersas de los elementos indígenas, celtíberos, de los elementos semitas,

helénicos, romanos; todos eran como raíces que no podían dar de sí, al romper el suelo, más que pequeños arbustos; pero un día la Iglesia los juntó con la abrazadera de oro de una misma fe, les comunicó su savia, hizo que formase un tronco común, y ese tronco se levantó y tuvo una fronda gigantesca que casi cubrió el sol. Pues bien, señores: ese tronco existe, la savia no ha muerto todavía, todavía cabe pedir que no se convierta en uno de esos palos secos y largos que se levantan en la llanura como demandando una centella o el hacha del leñador, sino que con savia nueva, que ahora va naciendo en todas las regiones, se levante otra vez y rejuvenezca el tronco, para que florezca, para que extienda su copa, para que allí el altar del sacerdote, la lira del poeta, la espada del guerrero, la herramienta del obrero, la esteva del labrador, todo se cobije el día que la tormenta sacuda los cimientos de Europa; y cuando las aves del cielo vengan a posase en esa fronda del gran árbol nacional, pueda salir la tribu peregrina a emprender nuevas cruzadas por la historia, y a llevar caliente sobre su corazón y como en un relicario la semilla que él produce, y a plantarla en

nuevas tierras donde otra vez se bendiga este pabellón español que un día cubrió con su sombra el planeta y que no tienen derecho a escarnecer los hijos de la generación presente *(Muy bien, muy bien. Muchos diputados de los distintos partidos políticos se levantan a felicitar al orador)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 3 de marzo de 1906).

III

CÓMO LA BANDERA SIMBOLIZA LA PATRIA. — EN QUÉ CONSISTE.

Defender el orden social es una de las misiones del Ejército; pero no es la única. El Ejército tiene una bandera; he dicho que es una jerarquía y una bandera. ¿Y qué es la bandera? ¿Es únicamente un trapo de varios colores? Cuando vamos por la calle y vemos pasar uno de nuestros batallones con el ritmo marcial de su marcha, al saludar respetuosos la bandera que tremola, ¿saludamos sólo un pedazo de trapo? ¡No! La bandera no es un

trapo que nada nos dice; la bandera es un símbolo, detrás del cual está lo que simboliza: la Patria.

Yo recuerdo una heroica acción de las desarrolladas en Marruecos, acción que ahora otros sucesos trágicos, recientemente ocurridos, y que relata la prensa de esta mañana, evocan tal como la oí referir a unos oficiales que con toda modestia la relataban, a pesar de que en ella habían sido los héroes de la jornada. Por la defección de los aliados de una harca, y por una sorpresa, un numeroso grupo de moros, rota una de las alambradas, asalta la pequeña posición. Muerto el oficial y varios de los defensores que figuran en la vanguardia, cae de sus manos la bandera, con inminente peligro de pasar a poder del enemigo. Entonces, los soldados que quedan se revuelven, y al defenderse, no defienden el trapo de color; tratan de salvar el honor, de que es símbolo la bandera; pero no pueden salvarla, diezmados por las balas que llueven mortíferas, y la bandera es ya como un paño fúnebre que cubre un montón de cadáveres; otros quieren, a su vez, salvarla y sufren igual suerte, y entonces sobre los cadáveres

van avanzando soldados, que caen deshechos por las balas, hasta que uno, más afortunado que los otros, se abraza a la bandera y la levanta, y, al grito de ¡¡Viva España!!, la tremola triunfante sobre los cuerpos ensangrentados de sus hermanos, y los heridos se incorporan vitoreándola. Eso es la bandera; un símbolo por el que se da la vida, como grano de incienso a lo que representa a la Patria *(Grandes aplausos)*.

(Discurso pronunciado en el Círculo del Ejército y de la Armada, de Barcelona, el día 8 de junio de 1921).

IV

LAS INJURIAS A ESPAÑA EN NOMBRE DE LA EUROPEIZACIÓN, Y LA APOLOGÍA DE SU GRANDEZA HISTÓRICA.

Es necesario que os aprovechéis en este movimiento, que es indígena, que es original; porque a mí, señores, lo declaro, me hierve la sangre y me duelen los oídos, cuando oigo esa palabra de eu-

ropeización. Hace algunos años, todavía no había un español que no se indignase contra aquella frase injuriosa de Dumas, que decía que el Africa empezaba en los Pirineos; y ahora, en cada paso, se habla de aires de Europa, de que hay que asomarse a Europa, de que hay que vivir en Europa. No parece sino que somos una continuación de Frajana; que vivimos en pleno Marruecos. ¿Es que tanta maravilla hay en los demás pueblos de Europa? Yo he viajado por algunos, y he visto algunas cosas que abundan en España y otras que en España no abundan tanto por fortuna. Es muy fácil alabar una nación cuando no se ve en ella más que el conjunto de los ejércitos y acorazados y los esplendores de las grandes ciudades, y, juzgando por esto, creer que allí el nivel moral está a la misma altura que el nivel de algunos centros materiales. Yo he leído un libro, no hace mucho tiempo, en donde se estudiaba el malestar social del pueblo inglés. En la ciudad de Liverpool hay 22,000 obreros que viven en sótanos que no tienen más salida al mundo exterior que una abertura, por la cual se comunican con la planta baja de las viviendas en donde moran otros, y no

mucho mejor. ¿Y no sabéis que ha habido un año en que han muerto en Inglaterra, alcoholizadas, unas 600,000 personas? ¿Son ésas grandezas morales?

Cuando pongamos en la cuenta las cosas de dentro y las de fuera, hay que ponerlas todas y hay que tener presentes también las degradaciones morales de otros pueblos.

Yo he visto en la ciudad de Venecia, cuando el cañón de San Marcos hacía retemblar los viejos palacios, marchar muchedumbres de obreros a comer aquella borona gelatinosa que se llama *polenta,* y que en un mostrador sucio se corta con un bramante, y que, junta con unas patatas sin sal, constituye su alimento.

Esto ocurre en estos pueblos opulentos. Hay de todo en todas partes; lo que hay es que nuestros políticos conocen el extranjero por los balnearios *(Risas)*. Y es una fortuna que muchos tengan enfermedades y lacras para que lo vayan conociendo algo.

Vais a París, recorréis los grandes bulevares, la plaza de la Concordia, y os asombra que los mendigos no os salgan al paso; vais a la torre

Eiffel, a los grandes hoteles, a los grandes restaurants, y claro es, allí no se ven pordioseros. Yo tengo un amigo que ha estado dos meses en Londres, y creía que allí no había pobres, porque, claro está, como hacía la vida en los clubs, no había encontrado ninguno que se acercara a pedirle una limosna. Pero cuando en esas poblaciones se desciende un poco, entonces se ve que hay todavía muchas virtudes morales en nuestro pueblo, que no sólo resisten el parangón, sino que ganan en la competencia, porque son superiores.

Somos así, señores; aquí hacemos muchos alardes de patriotismo, y, sin embargo, puede decirse que España es una nación que apenas pasa un día sin que se insulte a sí misma.

Nosotros estamos afirmando todos los días que somos un pueblo atrasado, que tenemos que europeizarnos; ¿creéis que así se ha civilizado alguna vez un pueblo? Muy malo es aquel exceso de patriotismo que ya tiene un nombre *(chauvinismo)*, y que consiste en creer que las cosas del propio país son siempre las mejores; pero lo prefiero a esta clase de injurias y afrentas. Algunos de vosotros, aquellos que no os satisfacéis

con esa historia incompleta y casi calumniosa de nuestros manuales de los Institutos, y aun de esas historias generales, todas ellas defectuosísimas, y sembradas de errores; cuando habéis querido estudiar algunos períodos de nuestra historia, y habéis revuelto los archivos y abierto los viejos pergaminos, habréis observado qué diferencia se nota entre aquella historia y esta otra que se usa para echárnosla en cara unos partidos a otros, sin saber que era la historia común de nuestra Patria la que hemos maldecido y hemos manchado *(Muy bien)*. ¿No es verdad que, cuando se trata de combatirnos unos a otros, decimos que esa historia no es más que una historia de tiranos y de esclavos en que no hay más que hogueras inquisitoriales, opresión del pensamiento, mutilación de la voluntad, barbarie?

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 3 de marzo de 1906).

V

EVOCACIÓN DE LAS GRANDEZAS Y EL ALMA DE ESPAÑA

¡Poesía, poesía! Yo quiero vivir en esa región de la poesía y quiero sumergirme, por decirlo así, en el espíritu nacional de mi Patria; siento que soy una gota de una onda de ese río, siento la solidaridad no sólo con los que son, sino con los que fueron, y por eso la siento con los que vendrán.

Por eso amo a mi Patria, y la evoco en mis sueños, y deseo vivir en una atmósfera que no se parezca a la atmósfera que me rodea en la hora presente. ¡Cuántas veces, al apartar la vista de la realidad actual, me dirijo hacia la Historia pasada, y la evoco y la busco en aquel período de intersección entre una España que termina y otra que comienza! Entonces veo aquella Reconquista, que se va formando con hilos de sangre, que salen de las montañas, y de las grutas de los eremitas; que van creciendo hasta formar arroyos y remansos, y veo crecer en sus márgenes los

concejos y las behetrías, y los gremios, y los señoríos, y las Cortes, y a los monjes, a los religiosos, a los cruzados, a los pecheros, a los solariegos, a los infanzones, enlazados por los fueros, los *Usatjes*, los Códigos, los poemas, y los romanceros; descendiendo hacia la vega de Granada en un ocaso de flores, para ver allí el alborear de un nuevo mundo, con la conquista de América y del Pacífico; y entonces pasan ante mi fantasía Colón y Elcano, Magallanes y Cortés; los conquistadores, los navegantes y los aventureros, y, a medida que el sol se levanta, mi alma arrebatada quiere vivir y sentir y admirar a políticos como Cisneros y como Felipe II; a estadistas y caudillos como Carlos V y Juan de Austria; y, por un impulso de la sangre, quiero ser soldado de los tercios del Duque de Alba, de Recasens y de Farnesio; y quiero que recreen mis oídos los períodos solemnes de Fray Luis de Granada, y las estrofas que brotan de la lira de Lope y de Calderón, y que me traiga relatos de Lepanto aquel manco a quien quedó una mano todavía para cincelar sobre la naturaleza humana a Don Quijote, y quiero ver pasar ante mis ojos los embajadores de los Parlamentos de Sicilia y de Munster, que se llaman Quevedo y Saavedra Fajardo; y ver la caída de Flandes al través de las lanzas de Velázquez, y quiero sentarme en la cátedra de Vitoria para ver cómo el pensamiento teológico de mi raza brilla en aquella frente soberana, y quiero llamear en la mente de Vives, sembrador de sistemas, y en la de Suárez ascender hasta las cumbres de la metafísica; y quiero más: quiero que infundan aliento en mi corazón y le caldeen las llamas místicas que brotan en lo más excelso del espíritu español con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y quiero ver a los penitentes varoniles y desgarrados en los cuadros terribles de Ribera; quiero, en fin, embriagarme de gloria española, sentir en mí el espíritu de la madre España; porque, cuando se disipe el sueño, cuando se desvanezca el éxtasis, y tenga que venir a la realidad presente, ¿qué importa que sólo sea recuerdo del pasado lo que he contemplado y sentido? Siempre habrá traído ardor al corazón y fuego a la palabra para comunicarle al corazón de mis hermanos y decirles que es necesario que se encienda más su patriotismo cuanto más vacile la Patria.

(La ovación inmensa que se tributa al orador dura varios minutos, y se oyen muchos vivas a España. Todo el público, puesto en pie, aplaude delirantemente. Las señoras agitan sus pañuelos y arrojan sobre el orador ramos de flores con que han sido obsequiadas a la entrada. El momento es de una emoción inmensa).

No creía yo que iba a empezar aquí la batalla de flores que está anunciada para esta tarde, y que, además, no podría realizarse fuera de este local, estando nosotros en él *(Risas)*. Esta es una hermosa protesta que hacéis vosotras contra aquellos que denigran y rechazan la poesía, sin la cual la vida de nada serviría. Porque las fuentes de la poesía son: el amor a Dios, el amor a la Naturaleza exterior, que entra en nosotros con rientes imágenes; el amor a la Naturaleza interior, en donde germina el manantial de los más elevados sentimientos, y el amor a la mujer. Sin esos amores, la vida no merecería la pena de vivirse; sin esos amores, la Humanidad no sería más que una colección despreciable de apetitos y de tubos digestivos *(Risas)*.

VI

LLAMAMIENTO A LA ARISTOCRACIA Y A LOS CORAZONES ESPAÑOLES.

Por eso yo la invoco, y, si me lo permiten los señores fotógrafos *(que están enfocando al orador en medio del teatro)*, que no suelen tener la oportunidad por norma *(Risas)*, yo les diré que no quiero concluir sin hacer una afirmación y dirigir un ruego y hasta un recordatorio; porque, al pasar la vista por estos palcos y plateas, veo en ellos tantos nombres ilustres que recuerdan las grandes casas de nuestra vieja aristocracia, que no me atrevería a terminar sin recordarles sus grandes deberes en los momentos actuales y en los que han de seguirlos antes de la terminación de la guerra.

Ya sé yo que en la gran democracia cristiana, desde la tarde del Calvario, ningún cristiano se ha quedado sin blasón. ¡Y qué blasón! El que Don Juan de Austria puso en su escudo: un crucifijo orlado con la corona de espinas; pero sé

también que sobre la igualdad natural está un hecho tan natural como ella: la desigualdad de aptitudes, de condiciones, de superioridades morales, de virtudes, de talentos, de las grandes empresas y servicios prestados, que forman una minoría selecta que tiene todo pueblo que no se improvisa *(Grandes aplausos)*.

Yo sé que desde las almenas de un viejo torreón, desde un palacio desierto, desde una casa solariega abandonada, un blasón roto y limado por el tiempo, aunque esté cubierto de jaramagos y de penachos de hiedra, no es una lápida sepulcral detrás de la cual hay un cadáver; es una puerta detrás de la cual hay varios siglos que hablan a las generaciones sucesivas y le dicen con voz imperiosa: No hemos ganado estos títulos ni estos blasones para que sean como un grado más alto en el escalafón de las vanidades sociales ni para que sirvan de adorno en la portezuela del coche o del automóvil; los hemos conquistado para que prolonguen las empresas que los iniciaron. Porque son el símbolo de abnegaciones, de sacrificios heroicos, de virtudes gloriosas, de varones fuertes que mandan con voz imperativa a sus

descendientes, y les dicen: No importa que la fortuna haya menguado con un industrialismo con que no contabais y con una desvinculación que os ha dejado sin el patrimonio material que nosotros os hemos legado; basta el patrimonio moral de las grandes hazañas para que, en las horas de crisis de la Patria, deis el ejemplo a las muchedumbres. Escuchad esa voz. Vosotros formáis parte de la historia de España; si arrancaran violentamente los nombres de toda nuestra vieja aristocracia con todas las empresas que representan, esa historia quedaría desgajada, y esa historia habla desde los blasones y habla desde los sepulcros, y os dice en estas horas críticas, en estas horas supremas: Dad el ejemplo, haced de cada hogar una escuela de patriotismo, sin que os importe el tener o no fortuna; tenéis el patrimonio espiritual, ése basta: porque no importa nada que los caballeros sean mendigos, con tal que los mendigos sean caballeros *(Muy bien. Aplausos)*.

Proclamemos estos tres grandes ideales de la Patria como tres dogmas nacionales; afirmémoslos sobre todas las diferencias de los partidos;

estemos dispuestos a sacrificar por ellos la vida, y, si vienen aquí mercaderes de conciencia a querer comprar voluntades, que sepan que la dignidad española no se vende ni se cotiza en los mercados públicos; que sepan que habría que comprar también el sentido común y el instinto de conservación, y ésos, cuando van al mercado y quieren venderse, ya no existen *(Muy bien. Aplausos)*.

Hagamos de cada corazón un ascua, que todas ellas se junten, que formen una hoguera, que sus llamas tiñan el horizonte con sus resplandores; y si tenemos la desventura y la desgracia de no haber podido realizar estos ideales, que la generación que haya de sucedernos, al dirigir una mirada hacia los que la precedieron, no lance una maldición, sino que, como el caudillo de Israel, hemos visto en las lejanías del horizonte la tierra prometida, y aunque no hemos podido restaurar íntegramente la Patria, siquiera la hemos amado, la hemos conocido y sentido y les hemos dado impulso a ellos para que la reconquisten y rediman *(Ovación estruendosa que dura largo rato)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Zarzuela, el día 31 de mayo de 1915).

VII

Apoteosis de España y visión de la catástrofe

Los pueblos fuertes, los pueblos vigorosos y llenos de energías, ésos podrán estar solos en el cuadro de las naciones europeas y contar con sus propios medios para la resolución de los problemas que interesan a su vida nacional, y, sin embargo, procuran asociarse y duplicar así sus fuerzas. Pero las naciones que, según el señor Presidente del Consejo de Ministros, son débiles y están enfermas, ésas necesitan aquella unidad, aquella fuerza, aquel vigor que les presta la ayuda de pueblos poderosos.

¿Es, señores, que vosotros sois partidarios, más o menos inconscientes, o más o menos encubiertos, de la Triple Alianza? ¿Es que hay corrientes subterráneas entre los Gobiernos de la Regencia y la Triple Alianza? ¿Es que en el partido conservador hay simpatías por esa Triple Alianza, por la raza germánica que cantaba con

palabras tan elocuentes el señor Cánovas del Castillo, como desdeñosas, ya que no despreciativas, para la raza latina?

Pues bien: yo, respetando lo que la Constitución y el Reglamento me prohiben discutir, pero teniendo en cuenta los artículos 48 y 49 de la Constitución, en virtud de los cuales las funciones privativas, que la Constitución asigna al Jefe del Estado, las ejercita por medio del Gabinete responsable, y son responsables de ellas los Ministros, puedo decir aquí que es necesario que sepamos si vosotros, que tenéis obligación de aconsejar en altas esferas la política que más conviene a los intereses nacionales, estáis aconsejando la política de la Triple Alianza, que no nos puede favorecer en esta cuestión.

Esto, que ya se ha deslizado como una reticencia en la Prensa, es necesario que ese Gabinete lo aclare, como es necesario igualmente que en esta grave cuestión de Cuba, sobre todo en lo que a su aspecto internacional se refiere, tome una resolución clara y terminante. Es preciso que sepamos si las cosas van a continuar con los Estados Unidos como hasta aquí; si España va a per-

manecer en la triste soledad en que hoy se encuentra respecto de Europa; es necesario que sepamos si vosotros estáis dispuestos a pedir al pueblo español continuamente sacrificios de hombres y dinero, y mandar ahora cuarenta mil hombres, otros cuarenta mil después y ochenta mil más tarde, sin decir a la Nación otra cosa que estas inauditas vaguedades: no sabemos el plazo corto o largo en que terminará la guerra; no sabemos cuál va a ser la actitud de los protectores de los insurrectos en la Antilla; no sabemos lo que va a hacer España con relación a los Estados Unidos, ni con relación a los insurrectos, pero seguiremos mandando hombres y dinero. Así como he dicho que la base moral de operaciones del Ejército está en la península, y que la base material de los insurrectos está en los Estados Unidos, y que la cuestión está colocada en estos términos y no puede continuar así más tiempo; de la misma manera digo que es preciso que el Gobierno dé una solución definitiva.

Si el Gobierno no cree que el pueblo español tiene bastantes energías y, aun creyéndolo, quiere sumar más cantidad de fuerzas para ese pavo-

roso conflicto, para ese gran combate, entonces decidíos por una o por otra alianza, sea cualquiera, pero tened una política definida, sobre todo, salid de ese aislamiento; decid una palabra acerca de si contamos con la Triple Alianza, porque esto hasta hoy es una incógnita, es una especie de esfinge como la que había en los desfiladeros de Tesalia y delante de la cual van pasando todos los oradores en este debate, sin que nadie se atreva a descifrar el enigma. Es preciso que sobre esto habléis con claridad y precisión, y de una vez.

Repare el Gobierno que esta Nación española, que de en medio de las espumas de los mares sacó al continente americano para hacer de él como un altar en que España ofrecía su propio espíritu, consagrado para siempre a Cristo, y donde se levantarán perpetuamente sobre las grandezas espléndidas las obras de Colón, Almagro, Pizarro, Orellana, Ponce de León, Hernán Cortés y Balboa, y, más altas que las espadas de los conquistadores, las cruces de los misioneros, como Lagasca, Las Casas, el P. Olmedo, simbolizando la civilización cristiana con que le hemos rescatado de la barbarie, sublimándole a los esplen-

dores de una nueva vida... España, España que ha hecho todo eso, no puede venir un día sobre aquellas ondas que cruzaron las carabelas arrastrando como un crespón funeral nuestra bandera desgarrada.

No; así no puede volver España; España puede caer en un Guadalete o en un Trafalgar; pero no puede salir así de América. La que un día avasalló el mar, rindió los Andes, triunfó en los pantanos de Flandes y en las vertientes de los Apeninos; la que imperó sobre toda Europa, dominándola por la fe en Trento y en las Universidades más famosas por la ciencia; esta España gloriosísima, y prepotente en días mejores, no puede dejar como único recuerdo de su soberanía una mancha roja en medio del Océano; no puede dejar en aquel golfo mejicano la isla de Cuba, como si fuera una lápida funeraria, que recordase de un modo siniestro nuestras antiguas proezas; no puede salir de allí de tal manera que, al llegar la nave conduciendo los últimos soldados, venga como un catafalco en medio de las ondas, teniendo que ir el pueblo español a los puertos de donde salieron en otros tiempos los

descubridores, a recibirlos como a unos náufragos. No; nosotros tenemos que salir de allí con esplendor y con grandeza; el pueblo que tiene las tradiciones del nuestro, el pueblo que tiene la sangre que el pueblo español y el valor histórico que ahora está demostrando, debe venir de América de otra manera: debe venir después de una catástrofe gigantesca, si es necesario, o después de una inmensa y definitiva victoria, pero expulsado indignamente, jamás *(Aplausos en todos los lados de la Cámara. Muchos diputados se levantan para felicitar al orador)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 8 de julio de 1896).

MONARQUÍA

MONARQUÍA

I

Cómo se formó la Monarquía federativa tradicional. — La cuestión dinástica.

Sin duda el señor Burell venía dispuesto a hablarnos de federalismo, porque recordarán los señores diputados que yo no he hablado de federación de ninguna clase. Yo se lo agradezco, después de todo, a S. S., porque me da ocasión para explicar esto, pues veo que, aunque parezca mentira, lo necesita.

Dice el señor Burell que yo soy un federalista, porque defiendo una Monarquía federativa. En primer lugar, yo he hablado de esto aquí una sola vez, el año 1893, repitiendo después la frase no sé si otra vez más.

Había hablado de la Monarquía federativa en un discurso notabilísimo pronunciado en Santander el señor Marqués de Cerralbo, y había hablado

también de esto D. Gabino Tejado, y precisamente en unos artículos titulados «El espíritu regional», artículos en los cuales combatía el federalismo del señor Pi y Margall, y concluía con una serie de observaciones acerca de la antigua Monarquía, resumiéndolas en esta fórmula gráfica: «Nosotros creemos que España es una federación de regiones formadas por la Naturaleza, unificadas por la Religión, gobernadas por la Monarquía y administradas por los Concejos». La misma frase, hasta subrayada, la había empleado un distinguido correligionario nuestro, D. Ramón Ortiz de Zárate, diputado, aplicándola a las provincias Vascongadas, que no dudaba llamar hasta confederación en su Cuaderno foral de la provincia de Alava.

De manera que ésa es la frase o un concepto que en cierta manera ya se había expresado antes que yo la formulase. Pero ya que S. S. la ha traído a cuento, y pregunta con extrañeza qué es eso de federación monárquica, cuando tiene en medio de Europa dos Imperios poderosos que son Monarquías federales, yo diré a S. S. que se necesita desconocer la historia de España para

poner en duda eso que es un hecho histórico indudable.

Hay dos clases de federación: una de ellas es la federación revolucionaria, nacida del pacto, que reconoce en el contrato la única fuente del derecho; pero ¿qué tiene que ver esa federación con aquella federación histórica, que supone que el Estado, como resultante que es, y posterior por tanto a unas regiones que existían ya, que tenían una personalidad histórica y jurídica determinada, no puede hacer perder a esas regiones, al unirse en concierto común, al formar un Estado mayor, que sólo existe para dirigir lo que tienen de común sus derechos, y que, lejos de eso, las regiones, dentro de la unidad del Estado, recaban aquella parte de su individualidad que consideraron privativa suya?

Esto es lo que ha pasado en España. La primera vez que se unieron León y Castilla fué en tiempo de Fernando I. ¿Qué es lo que sucede? Que, a pesar de derrotar a Bermudo III en Tamerón, se reconoce y amplía el fuero de León, sin imponer la manera de ser de Castilla. ¿Qué sucede cuando se une Alava a Castilla? Que se en-

trega a Alfonso XI en 1382, en el campo de Arriaga, por medio de una escritura solemne que en los fueros se llama entrega voluntaria, reconocida en un célebre documento de febrero de 1644 por Felipe IV. ¿Cómo se entrega Guipúzcoa? Se entrega libre y condicionalmente a Alfonso VII, separándose del protectorado de Navarra en 1200. ¿Cómo se une Vizcaya? De igual manera, cuando en 1371 se confunden en la misma persona el Rey de Castilla y el Señor de Vizcaya. ¿Cómo se unen Aragón y Cataluña? Pues mediante una especie de pacto federativo, en virtud del cual el Estado de Berenguer IV y el de Doña Petronila conservan sus respectivas instituciones. Pero ¿qué más? ¡Si hasta en tiempo de los Reyes Católicos conservaron Aragón y Castilla su peculiar manera de ser, sin que la unión la destruyese!

¿A qué negar una cosa que está escrita con caracteres indelebles en la Historia? Yo hablaba de la Monarquía histórica. Y así se unieron los reinos distintos con sus monarquías para constituir la unidad superior de la gran Monarquía española. Ahora S. S. nos ha hablado de absolutismo. Dice S. S. que nosotros no nos fundamos

en ninguna teoría de derecho público. Señor Burell, S. S. tiene mucha ilustración; S. S. es un ingenioso escritor, pero de seguro que no ha leído los tratados de derecho público escolástico moderno, que puede decirse que en lo substancial son la derivación de lo que los tratadistas de los siglos XIII, XIV y XVI escribieron, desde Santo Tomás, Tolomeo de Luca y Egidio Romano y Suárez, hasta tratadistas como Taparelli, Liberatore, Costa-Rosetti, Prisco, Perin, y en ellos puede ver nuestros principios desarrollados y defendidos con una teoría filosófica que tiene una encarnación histórica en nuestras tradiciones públicas. ¿Sabe S. S. cuál es la constitución interna española?

El señor Vicepresidente (García Alix): Señor Mella, estamos completamente fuera del Reglamento y de la cuestión.

El señor Vázquez de Mella: Señor Presidente, no digo yo que no esté fuera de la cuestión; lo que puedo asegurar es que estoy dentro de la rectificación al discurso del señor Burell *(Risas)*.

El señor Vicepresidente (García Alix): Tampoco está S. S. dentro de la rectificación.

El señor Vázquez de Mella: El señor Burell me ha hecho algunos cargos; pero, teniendo en cuenta la observación de S. S., voy a ser muy breve. Desharé la última objeción que, por referirse al carácter y a la significación política de nuestra comunión, me ha de permitir S. S. que recoja.

El señor Vicepresidente (García Alix): Ruego a S. S. que se limite a rectificar.

El señor Vázquez de Mella: Así lo haré.

El señor Burell nos ha dicho que Aparisi Guijarro aseguraba que él se había convencido un día que era carlista al estudiar la cuestión de legitimidad como abogado. Aparisi Guijarro afirmaba todos los principios tradicionalistas; el único que tenía en estudio era la cuestión dinástica; y cuando la estudió, se hizo carlista. ¡Qué argumento más singular contra nosotros! De eso lo que se deduciría, dado el talento y la rectitud de Aparisi, era otra cosa que no he de exponer, porque no me lo consentiría el señor Presidente, y además S. S. adivinará.

Su Señoría dice que no somos más que una afirmación dinástica. Nosotros, enfrente del Parlamento, constituído como está, afirmamos nuestras

Cortes. Enfrente de esa centralización administrativa y económica, presentamos un sistema de descentralización foral. Nosotros no creemos que la autoridad del Monarca deba estar supeditada al Gobierno responsable; y nosotros queremos que el Monarca tenga todas las atribuciones que son indispensables para reinar y gobernar con voto absoluto y sin refrendo ministerial.

En nuestro programa hay cuatro afirmaciones: la afirmación religiosa: unidad católica con todas sus consecuencias; afirmación política: la Monarquía federativa con todas sus atribuciones; afirmación regionalista: en el orden administrativo, económico y regional, el principio fuerista en toda su integridad; y en el orden dinástico, aquello que se llamó impropiamente la ley Sálica — y que no lo es, porque no excluye en absoluto a las hembras — de Felipe V en 1713. Esas cuatro afirmaciones constituyen nuestro programa, no una sola, señor Burell, aunque entre ellas haya el vínculo que establece el derecho, pues no se puede herir uno sin que se resientan todos.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 19 de agosto de 1896).

II

La autarquía regionalista y las bases de Manresa. — La Monarquía federativa y el Imperio de Felipe II.

Y ese programa es una doctrina que hay que discutir y que yo me atrevo a demostrar, y es, además, un hecho social, como ya lo indicaban el otro día con exactitud los señores Nougués y Salvatella, pues en Cataluña, en el fondo, todo el mundo es partidario del regionalismo. No de la autonomía, que no es palabra que a mí me agrade, porque significa independencia, el que se da la ley a sí mismo, sino de lo que ya Aristóteles, en su *Política,* designaba con la palabra gráfica y exacta de autarquía, que expresa el derecho de regirse a sí mismo interiormente, sin excluir la jerarquía, impidiendo que entre la acción de una persona, sea individual o social, y su fin, se interponga otra que quiera hacer lo que ella misma puede y debe realizar sin intervención extraña para cumplir su destino.

Yo soy partidario de esa autarquía en el municipio, en la comarca y en la región, y no quiero que tenga el Estado más que las atribuciones que son propias de lo que he dado aquí hace años como fórmula que entonces produjo algún asombro, y ahora no puede producir : una Monarquía representativa y federativa, que es mi ideal político.

No son tampoco las Bases de Manresa el programa regionalista ; y en la misma Manresa, ante muchos regionalistas, las combatí yo, sin que a nadie se le ocurriese decir que dejaba por eso de ser regionalista. Esas Bases eran como una fórmula de transacción entre distintos elementos en un momento dado, y, aun entre ellos, no todos las aceptaban por completo.

Yo las he rechazado, porque, en lo que se refiere a la representación por regiones, no por clases, no son sino una cierta reproducción, con otro nombre, del Senado de los Estados Unidos, y eso no ha sido nunca tradicional para ninguna región de España. Y si para una parte de la organización pública se acepta una fórmula *a priori,* no hay razón para no aceptarla en lo demás, y

entonces se entrará en el camino de las Constituciones escritas, artificiales, postizas, antítesis de aquellas Constituciones internas e históricas que defendemos nosotros.

Además, en esas Bases se suprime una parte de la Constitución catalana, de la tradición catalana, porque se prescinde del conde de Barcelona, que forma la parte esencial de ella; y en un Estado federativo no basta que se conserven las atribuciones generales y comunes del Estado, aquellas que se refieren, por ejemplo, aparte del orden religioso, a las relaciones diplomáticas y mercantiles, a la defensa de la Patria, la Armada y el Ejército; al poder que pudiéramos llamar moderador, para resolver los conflictos entre las diversas regiones cuando ellas por sí mismas no pueden llegar a un acuerdo; a la tributación pública en forma, no de concierto — que ésa no es sino una transacción entre un régimen libre y otro centralista, pero suprimiendo los restos del primero—, sino de una cuota proporcional de cada región de España, que, juntas con los tributos que el Estado perciba por sí mismo, constituyen la hacienda nacional, separada de la regional en ese punto; no

bastan sólo esas atribuciones, porque en las Monarquías federativas puede haber intervenciones del poder monárquico diferentes en las constituciones regionales.

Y para deciros cuáles son, permitidme un recuerdo histórico. No por la voluntad de los reyes españoles, sino porque corrían vientos de absolutismo, que había desatado con su cesarismo la Protesta luterana en el siglo XVI, y cuando gracias a ella corría crisis mortal el sistema representativo en todas partes, lo mismo en las Dietas de Alemania, Polonia, Hungría y los Parlamentos de Inglaterra, que muchas veces se convirtieron en camarillas de cortesanos arrastrándose vilmente a los pies de los reyes absolutos, y los Estados generales de Francia de hecho suprimidos; no, repito, por intervención de los reyes de la Casa de Austria, sino por las corrientes reinantes a la sazón en toda Europa, se desorganizaron los municipios y se abolieron las Cortes.

Lo que se pedía en las Comunidades de Castilla no era que se conservase lo que existía, sino que se restaurase lo que había existido, como se ha puesto ya a plena luz con multitud de docu-

mentos hallados por un laborioso bibliotecario y publicados por un docto académico, confirmando en gran parte los juicios que sobre aquellos sucesos había formulado el P. Guevara.

Y por eso, a pesar del mal dominante, como las Cortes castellanas, aragonesas, catalanas, navarras y valencianas expresaban la idea federativa, aun en esos tiempos llamados de absolutismo, al frente de los documentos reales se ponía siempre : «Rey de León y de Castilla, de Aragón y de Navarra, Conde de Barcelona, Señor de Vizcaya», y hasta de Molina, para indicar cómo en todos esos Estados distintos, al venir a formar una unidad política común, no nacional, porque ésa ya la formaban antes, para lo que a esas diferentes Constituciones regionales se refería, tenía el poder central, personificado en el Rey, diferentes intervenciones.

Las Constituciones regionales no se pueden reformar en las Cortes comunes y generales, sino en las Cortes o juntas de cada región, pero con el concurso del Soberano, cuyas atribuciones, aparte de las generales, pueden ser distintas en cada una.

El señor Presidente: Señor Mella, yo ruego a S. S. que hable del artículo primero, que es para lo que ha pedido la palabra.

El señor Vázquez de Mella: Señor Presidente, no hay reglamento alguno que pueda ordenar el raciocinio de los señores Diputados, ni que trate de las leyes internas de la lógica que deben gobernar su pensamiento. Yo estoy señalando los precedentes antes de llegar a las conclusiones que se refieren a esa materia, y soy dueño de hacerlo como mejor me plazca. Pero quiero complacer a S. S., y le prometo señalar un punto nuevo que los ministros no prevén al tratar de esa suspensión de garantías, y con esta oferta espero que continuará la benevolencia que hasta este paréntesis me había otorgado S. S.

Señores : Yo, que admito el cuadro completo de las libertades regionales, y entre ellas la de conservar la propia legislación civil en lo que tiene de primitiva y de particular, aunque, como sucede con el Código penal, con el mercantil, con parte del procedimiento y con casi toda la contratación del derecho civil, que en el fondo es romana, puede ser común ; proclamo además el

pase foral como escudo necesario para defenderlas contra las intrusiones y excesos del Estado, y reconozco también que es diferente la intervención del Monarca en el Señorío de Vizcaya, por ejemplo, o en las Juntas de la Cofradía de Arriaga, de la gran Comunidad alavesa, o en las guipuzcoanas, en Cataluña, en Aragón o en Castilla; porque unas son las atribuciones generales que tiene el Rey como del Estado común, y otras las que como Rey, Conde o Señor, posee con soberanía parcial en las diferentes regiones.

Por eso, aun aquel Monarca que soléis calificar con tanta injusticia, — aunque los grandes historiadores belgas, como Gachard, hayan contribuído tanto a dignificar su figura cambiando tan por completo el juicio sobre los hechos, que hoy ya no puede afirmarse respecto de su reinado lo que antes pasaba por moneda corriente; — aquel Felipe II, que ha sido considerado falsamente como el mayor representante del absolutismo, era el mismo que, sin menoscabo de la unidad nacional ni de la política, en una Monarquía que había llegado a tener un imperio veintitrés veces más grande que el de Roma, iba a Portugal, y en las

Cortes de Lisboa juraba guardar las libertades y franquicias del Reino Lusitano; y, con un rasgo de gran político y de munificiente soberano, duplicaba la renta del Monasterio de Batalla, erigido en memoria de Aljubarrota, para no herir en lo más mínimo el sentimiento lusitano; y era el mismo que, no como Rey de León y Castilla, sino como Rey de Aragón, en las Cortes de Tarazona modificaba los fueros en el sentido democrático que representaban, aunque no perfectamente, las Comunidades de Daroca, de Calatayud, de Albarracín y de Teruel, en contra de la aristocracia feudal, cuyos privilegios mermaba; era el mismo que reunía las Cortes castellanas en Valladolid; ¡oh, asombro de los asombros! señores Diputados, era el mismo que iba, primero como Príncipe, en ausencia de Carlos I, después como Soberano, ¿adónde? a Barcelona, a reunir Cortes catalanas. Y ¿qué hacía allí Felipe II, el absolutista, el tirano? Asombraos vosotros los que en todo veis separatismo: lee ante los catalanes un discurso ¡en catalán y en las Cortes de Cataluña! disculpándose de no haber podido ir antes, con una disculpa hermosa, expresiva, nada más que en

unos renglones—que en aquel tiempo éramos más largos en obras que en palabras *(Rumores)*—, diciendo que, por las victorias de Lepanto y de San Quintín, por su casamiento con la Reina de Inglaterra, no había podido ir antes a rendir pleito homenaje a los fueros de la ciudad condal. Aquello que entonces hizo Felipe II, hoy sería tachado de separatismo; el que lo hiciera, hoy sería calificado terriblemente y señalado como un enemigo de la unidad de la Patria; entonces la Patria estaba formada en lo interior de las conciencias por una unidad de creencias que vosotros habéis roto, y se podía en lo externo aflojar los lazos sin peligro de separación alguna; que es ley de la Sociología y de la Historia que dos unidades rigen el mundo: la unidad interna de los espíritus cuando los entendimientos están conformes en una creencia, y las voluntades en la práctica uniforme de una ley moral, y la unidad externa del poder material; y son esas dos unidades, como decía Valdegamas, fijándose en uno de sus efectos, la represión diferente que producen, semejantes a dos termómetros que suben y bajan en proporción inversa; porque cuando el de la coacción externa sube

mucho, es porque el de la unidad interna está muy bajo o se ha roto; y cuando la unidad interior es íntima y muy profunda, muy enérgica, la unidad externa puede en cierta manera quebrantarse, sin que por eso sufra detrimento el todo nacional; pero si los lazos internos se rompen, si la unidad de creencias desaparece y la unidad moral se quebranta, no bastan todos los lazos externos para mantener la cohesión: entonces llega la época de los grandes centralismos que buscan la unidad externa, la uniformidad en todo. Y es que los hombres no pueden estar unidos más que por los cuerpos o por las almas; y cuando está roto el lazo de las almas, hay que apretar más, para que no se separen por completo, el lazo de los cuerpos *(Rumores de aprobación en algunos bancos)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 29 de noviembre de 1905).

III

La persona física y la persona moral de los Reyes. — Canto a la realeza.

Pero, en la verdadera monarquía, casi todos los ataques que se la dirigen están fundados principalmente sobre un gran sofisma; el sofisma es no ver aquello que apuntaba ya Julio Ceriol en un libro desgraciadamente incompleto y en el prólogo, que dedicó a Felipe II. Los Reyes no son una persona sola, son dos. En los Monarcas hay dos personalidades, y, cuando se les ataca, se suele no ver más que una sola, la que vale menos, la persona física. Un Monarca es una persona física y una persona moral e histórica. La física puede valer muy poco, puede ser inferior a la mayoría de sus súbditos; pero la moral y la histórica valen mucho; ésa es de tal naturaleza, que suple lo que a la otra le falta, y lo suple muchas veces con exceso.

Separad en un Rey esas dos personalidades;

que las separe él mismo, y la revolución no necesitará asaltar el Alcázar; ya él le habrá tomado la delantera; encontrará allí a un revolucionario coronado. Pero ponedle enfrente de un hombre superior a la persona física del Rey, como muchas veces se han encontrado frente a frente en la Historia. Suponed un Rey de escasa capacidad, de menos cultura, de carácter no acentuado, que tiene muchos súbditos que le son superiores por completo en entendimiento, en voluntad, en carácter. ¿Queréis más? Poned frente a él a un hombre que reúna en grado superior ese entendimiento, esa voluntad y ese carácter; hacedlos que choquen, para ver quién vence. ¿Qué le faltará? ¿Ambición? Suponed que la tiene. ¿Riqueza? Suponed que tenga más que el Monarca. ¿Una espada? Que tenga detrás un ejército y una sociedad electrizada. Decidle que se ponga en movimiento y derribe una Monarquía; lo hace; el Monarca cae, y él ocupa su puesto. Pues bien: ese dictador... ¿Qué es un dictador? Yo lo he dicho alguna vez: Un dictador es un Rey sin corona; pero que la anda buscando.

Pues bien, señores; decidle a ese dictador que

se ponga la corona. Si no es un genio como Napoleón, porque el genio es la majestad, no se la ciñe. ¿Por qué, si él era superior en entendimiento, en voluntad, en fuerza; si ha derribado la Monarquía? Es que no ha visto más que la persona física del Rey, y ahora echa de menos la persona moral e histórica; es que no tiene una genealogía; es que no tiene una estirpe, una tradición, una historia; es que entonces comprende que él ha sido súbdito y ha estado mezclado entre los súbditos y ha vivido con ellos en la misma clase; no puede ser aquel poder árbitro imparcial, colocado en una región más pura, donde no llegan los intereses de clases ni las pasiones de partido; es porque se subleva contra él el orgullo y la vanidad humana, que no quieren ser mandados por un igual suyo y que, para reclamar la igualdad de unos con otros, quieren que haya uno desigual sobre todos, y quieren obedecer, no a un hombre que pasa, sino a una institución que viva y perdure; más todavía, porque no quieren obedecer a un hombre, obedecen a una tradición, obedecen a una serie de generaciones que han sido como los arcos de un vasto acueducto por donde

ha corrido el río del espíritu nacional, saliendo las aguas por el arco de una corona, para caer sobre nosotros, no como un mandato que humilla, sino como una ley y una autoridad que ennoblece y exalta *(Grandes rumores de aprobación)*.

Esa es la Monarquía, ésa es la persona moral e histórica del Rey, que cubre y hace que desaparezcan las deficiencias de la persona física. Y nadie, nadie puede ejercer el poder personal supremo, como lo puede ejercer un Rey; y por eso yo pido que el Rey tenga las iniciativas que debe tener, y al mismo tiempo las ejerza por sí mismo; y que responda de ellas, y aquí está la dificultad y aquí está todo el fondo de la cuestión.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 17 de junio de 1914).

DOGMAS NACIONALES

DOGMAS NACIONALES

I

PRESENTIMIENTO DE UNA PAZ SIN HONRA. — ANUNCIO DE LOS EFECTOS MORALES O MATERIALES QUE PRODUCIRÁ EN EL PORVENIR DE ESPAÑA.

Nosotros hemos advertido a un tiempo la dolencia cuando comenzaba, hemos señalado el remedio, y no se nos ha querido oír: yo señalé en tiempo oportuno las condiciones del problema, y os dije entre quiénes estaba colocada la contienda y la lucha; no se me ha hecho caso, ni por el partido conservador ni por el partido liberal; entonces indiqué el remedio, y hemos llegado a esta situación sin que nosotros hayamos tenido participación en ella. Ahora sólo quiero hacer una afirmación, y voy a concluir. Si vosotros, después de haber llegado al estado horrible en que a la hora presente nos hallamos; si vosotros queréis salir

de él por medio de una dislocación y una paz que no sea honrosa; si vais a seguir llamando a la puerta de las grandes potencias de una manera semejante a como van a llamar los menesterosos a las puertas de los ricos, para que esas naciones no intervengan cuando se consume otra tragedia o se realice otro combate; si vais a dislocar de esa manera el patrimonio colonial que conservábamos, tened en cuenta esta observación final: que no se trata sólo, como algunos creen erradamente, de perder — y eso ya es mucho, eso es ya muy doloroso, eso es ya muy triste, — de perder, repito, las Antillas, no se trata sólo de perder las Filipinas; que aun aquellos que todo lo miran con un criterio puramente utilitario, que aun aquellos que no ven más que el interés inmediato y que prescinden de todo lo ideal y de todo lo noble, tienen que atender a las consecuencias morales que ciertos actos producen, lo mismo en la vida de los individuos que en la vida de las naciones.

Tened en cuenta lo que hacéis al terminar de una manera deshonrosa, por medio de una paz que no sea solicitada, pedida, lograda por la in-

tervención de las potencias, que ya parece que se reúnen para hablar de nuestros despojos y para echar suertes sobre nuestras vestiduras, como en la Conferencia de Dresde; tened en cuenta que una nación que tiene la historia que tiene España, que una nación que tiene las tradiciones y las glorias que tiene esta raza española, que no está tan fatigada como cree el señor Moret, no puede caer de esa manera, sin que la única cosa que se cotiza en Europa, la única cosa que todavía se tiene en cuenta entre todas las naciones, nuestra sangre, nuestro valor heroico, nuestro tesón inquebrantable, sean desdeñados y despreciados.

El día en que todos los políticos del Continente acepten como suyas las palabras del Marqués de Salisbury; el día en que esas palabras sean aceptadas como un programa, ¡ah, señores! ¡qué porvenir tan espantoso para esta patria española! El día en que se nos considere como una nación moribunda, el día en que, atendiendo la palabra del señor Moret, nos crean una raza gastada con un suelo calcinado, con una nación empobrecida y compuesta de algunos caballeros y de muchos mendigos, alto el ideal, mísera y triste la rea-

lidad; el día en que así nos consideren, ya no serán las Antillas, ya no será Filipinas: será mañana Canarias, pasado las Baleares, al otro los Presidios de Africa, y, cerrado el porvenir de Marruecos, será el desprecio de Portugal, miembro separado de nuestra nacionalidad, que debiera completarla. ¡Qué día tan espantoso aquel en que eso suceda, con todos los gérmenes que hay hacinados aquí, con todos los elementos de discordia que existen, porque aquella unión espiritual que ligaba antes las conciencias y las almas la habéis matado ya! Nos habéis dividido en sectas, en escuelas, en partidos; habéis divorciado las inteligencias; están separadas por abismos las voluntades; las acciones no son comunes; hay un fondo de disolución; hay odios inextinguibles en las almas; hay rencores encendidos en los corazones. Señores Diputados, pensad que en estos momentos no os habla un diputado carlista; pensad que no os habla más que un español; pensad que he dejado ahí a la puerta todos mis afectos; pensad que he dejado aparte todo aquello que me pudiera separar de vosotros y que me he quedado solo con lo que se refiere exclusi-

vamente al interés común de la Patria; pensad por un momento esto, y decidme: ¿qué va a suceder si viene una paz deshonrosa, y con ella una disolución moral que nos disgregue hasta hacernos llegar a ser el ludibrio de Europa?

¡Qué va a ser de esta Patria española que un día sacó al Continente americano de las espumas de los mares para ofrecerlo como un templo a Dios, y clavó allí, juntamente con la Cruz de Cristo, enseña de nuestra civilización cristiana, la bandera de la Patria que simboliza todas nuestras glorias! ¡Qué vamos a hacer nosotros que hemos sacado un mundo a la Historia, que hemos hecho por esa raza latina lo que no ha hecho pueblo alguno en la tierra; nosotros, que hemos guardado el ala derecha del ejército de la cristiandad, cuando se extendía desde Bizancio por todo el Norte de Africa la terrible barbarie musulmana, impidiéndole que abriese una brecha para extenderse por el mundo y convertir en pesebres de camellos africanos, como decía vuestro gran orador, hasta los altares de San Pedro! Acordaos de todo lo que hemos hecho; y si esta raza de caballeros cae un día deshonrada en una paz oprobio-

sa y por medio de una mutilación nacional, aquí, en esta tierra calcinada de que habla S. S., habrá tales elementos de disolución y de discordia, que, roto con la vergüenza común el vínculo histórico, si no nos unimos en el marasmo de la vileza, muerte sin gloria, se levantarán voces terribles y lucharemos unos con otros, de tal forma y manera, que no quede de esta Polonia Occidental más que un recuerdo fúnebre de la Historia; pensad que ésta es hora de vida y muerte para una nación; mirad que no se trata de un interés transitorio y mezquino; mirad más alto que vuestros intereses del momento; mirad más alto que vuestras instituciones; dirigid la vista a la bandera de la Patria, y no nos traigáis, por Dios, ¡por Dios os lo pido!, una paz sin honra; y si la traéis, ¡Dios mío, desventurada de nuestra Patria!, entonces, ¡que seáis malditos con una maldición especial! He dicho *(Sensación)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 6 de mayo de 1898).

II

La cuestión de Marruecos

Siempre que se ha levantado alguna voz antimilitarista de las que, a la hora presente, en los pueblos latinos singularmente se alzan contra las instituciones armadas, ha encontrado en la tribuna parlamentaria y en la prensa el contrarresto de nuestra palabra y nuestra pluma para defender todas las prerrogativas y todo el honor del Ejército. Nosotros creemos que el Ejército, brazo armado de la Patria, institución encargada del mantenimiento del orden interior y de sus prestigios y de los derechos nacionales, necesita un pueblo unificado por un pensamiento unánime y que, aun cuando esté dividido en el interior, tenga, como tienen a la hora presente en todos los pueblos europeos, un interés colectivo, un interés común más allá de las fronteras, ante el cual terminen todas las discordias internas. Nosotros creemos que así se da al Ejército la fuerza y el empuje

necesario para que, en el momento de combatir, no encuentre aquí en la Península y en acecho a una pandilla que trate de escalar el Poder, esperando una derrota o un día adverso (que el valor y la victoria no siempre han hecho pacto) para satisfacer concupiscencias de mando, cuando nosotros, guerreros por naturaleza, partido que ha formado ejércitos frente al Estado constituído con todos sus recursos, somos los primeros que le decimos: no se desplegarán al viento nuestras banderas jamás, mientras esté enarbolada la bandera de la Patria, combatiendo en tierras extrañas. Si ese caso llega, estaremos con el pensamiento y con la voluntad unánimes para servirle de escudo; y si todos necesitáis salir a combate fuera de las fronteras de la Península, sabed que, para contener a los antimilitaristas, para contener a los radicales, no necesita el Gobierno más que cruzarse de brazos y dejarnos a nosotros solos *(Grandes aplausos)*.

Siento que hayáis cortado mi palabra en el momento mismo en que iba a formular definitivamente y en pocas frases mi pensamiento. Quiero deciros que, mientras el Ejército combata con

las banderas desplegadas en los campos de batalla, al otro lado de las fronteras, si son necesarias todas las fuerzas y todas las reservas para combatir en el momento crítico (caso que no se dará, porque no se promoverá seguramente un conflicto europeo, pero que pudiera darse), nosotros seguiremos la tradición de nuestra historia, seguiremos la tradición de Carlos VII, que, en un momento en que se creyó que podía haber una guerra con los Estados Unidos, en tiempo de Don Alfonso XII, escribió a éste una carta diciendo que, desde el instante en que estallara la guerra, su Ejército entero quedaría guardando el Pirineo o el punto que se señalase, sin que hubiese más que una tregua en el combate, que se reanudaría cuando hubiese quedado a salvo la bandera común de la Patria. Nosotros, siguiendo ese ejemplo y esa tradición, decimos al Ejército, empeñando la palabra de caballeros, no sólo sobre la cruz de la espada, sino sobre la misma Custodia, que no nos levantaríamos jamás en armas en situación semejante, y que, si todas las fuerzas tuvieran que marchar a combatir más allá de las fronteras, nosotros nos encargaríamos de conte-

ner a esas turbas radicales, que tratan de servirse a veces de las derrotas de la Patria, para que no se repitiesen las semanas trágicas; porque, si se quisieran reanudar, serían trágicas doblemente, porque nos encontrarían a nosotros y quedaría el suelo sembrado de cadáveres, pero no de religiosos inocentes, sino de traidores a la Patria y al honor nacional *(Muy bien, muy bien. Estrepitosas salvas de aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en la «Huerta», el día 5 de julio de 1911).

III

La situación geográfica nos lleva también a América, donde está una parte de la raza. — Torpeza política. — Un párrafo sublime.

Y en este momento viene a mi memoria, hasta por el trozo geográfico que señalaba, América, que no está nuestro porvenir sólo en la Península y en el Estrecho, que está en América también.

Yo he sentido amargamente que, cuando se

trató de la cuestión mejicana, pidiéramos nosotros amparo a los Estados Unidos — de quien llevamos, y no hace mucho más de tres lustros, una herida muy grave — apoyo y protección contra los bandidos de Pancho Villa; pero, en fin, todavía eso pudiera explicarse; lo que no se explica, señor Ministro de Estado, lo que no se explica, señor Presidente del Consejo de Ministros, es que hayáis desperdiciado aquella ocasión memorable que se os ofrecía para que España fuese la primera que, no en son de guerra, sino de paz amorosa, interviniese en el conflicto; que fuese el Estado español el que se dirigiese a todos los Estados americanos, hijos de España, y en nombre de todos interpusiese su valimiento para la paz entre la República yanqui y la República mejicana. ¡Ah, señores! Si lo hubierais hecho así, puede ser que ante la fantasía y la gratitud americana apareciese la bandera de la Patria ondulando con aquellas brisas que la orearon un día, cuando era dosel de gloria de esos pueblos, como el ala maternal que protege a los polluelos cuando aparece en el horizonte amenazador el gavilán.

Ya lo dije un día: la cordillera cantábrica es

un brazo de España, y termina en Galicia su mano, y tiene un índice, Finisterre, que, con la sombra temblorosa que proyecta en el mar, está señalando a América.

Cuando hablamos de cuestiones internacionales, no debemos apartar nunca de nuestra mente y de nuestro corazón a América. Señores, contando a Cuba, a Puerto Rico y a las pequeñas Antillas, nosotros hemos creado veinte Estados que están bañados por nuestra civilización, y un estadista verdaderamente español debiera aprovechar todas las ocasiones para dirigirse a ellos y decirles: «Os hemos dado nuestra fe, os hemos dado nuestras costumbres, porque nosotros os hemos llevado hasta el Gobierno representativo y hemos celebrado las primeras Cortes del Nuevo Mundo; nosotros os hemos dado aquel Municipio glorioso de las Ordenanzas seculares de Alonso de Cárdenas, que sirvieron, en el siglo XVIII, de base al de los Estados Unidos, y del cual después nosotros sacábamos la copia, sin saber que el original lo teníamos en la propia casa; nosotros os hemos dado las leyes inmortales de Indias, que no había dado jamás ningún pueblo;

aquellas leyes en las cuales, en todos los litigios, se prefería al indígena sobre el peninsular, y que establecieron en el siglo XVI la jornada de ocho horas para los indios mejicanos; nosotros hemos cubierto en poco más de un siglo, desde la época del descubrimiento, de Universidades y de escuelas el Continente americano, en tal forma, que su catálogo, todavía incompleto, produce verdadero asombro; nosotros os hemos dado nuestro carácter, con sus virtudes y sus defectos, y la sangre española, que corrió durante siglos y siglos, despoblando el patrio solar; y, por manos de apóstoles y de héroes, hemos arrancado del tronco peninsular ramas frondosas y las hemos injertado en las razas indígenas y las hemos sellado con el sello indeleble de nuestra civilización, de tal manera, que, si un cataclismo geológico hundiera parte del Continente americano, no podrían las olas cubrir la cruz de nuestros misioneros, ni el murmullo de esas olas apagar las estrofas de nuestra lengua, y todavía andarían errantes sobre ellas las sombras de Hernán Cortés y de Balboa, para decir a los supervivientes que, en la hora en que la madre patria disminuye de vida, tienen ellos

obligación de devolvernos algo de lo que les dimos y de fundir su vida con la nuestra para formar un imperio espiritual que sea todavía más ilustre y más grande que nuestro antiguo Imperio *(Grandes y prolongados aplausos en todos los lados de la Cámara)*.

Pero para eso, señores Diputados, es necesario que dominemos en el Estrecho; es necesario que España se levante sobre las dos columnas de Hércules—que por algo son tenantes de su escudo—, para que, al través de la niebla del mar, esos Estados americanos vean su faz donde las desgracias, las luchas de la Historia y las guerras de sus hijos no han sido todavía capaces de borrar los rasgos de la majestad y de la hermosura, pero que ellos no podrán ver bien si sobre la frente de España está proyectada la sombra de servidumbre que lanza la bandera de Inglaterra izada en Gibraltar *(Murmullos)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 28 de mayo de 1914).

IV

RECUERDO DEL CID EN EL MOMENTO ACTUAL. — LA TRAGEDIA DE MARRUECOS Y EL DEBER DE ESPAÑA. — INVOCACIÓN AL HÉROE.

No se puede hablar del Cid; no me puedo referir hoy a San Fernando, el Rey que bajo el armiño llevaba el sayal, y que, en vez de morir sobre el trono, quiso, como San Francisco, en prueba de humildad profunda, morir sobre la ceniza; no se puede hablar de ellos, ni evocar aquí los recuerdos de vuestras glorias, precisamente en el día de Santiago, cuyo nombre sirvió de grito de guerra en la Reconquista, sin que una sombra triste, un crespón que ha caído, por un momento nada más, sobre nosotros, pase delante de los ojos; y yo no puedo hablar aquí sin referirme a esa tragedia que acaba de teñir de sangre una parte de nuestra zona de Marruecos.

Otra vez los moros, aquellos contra quienes hemos luchado en la Reconquista, aparecen som-

breando, por un instante nada más, nuestra bandera. ¡Qué digo sombrear! No existe nunca derrota si no es vencido el valor *(Aplausos)*, y al de nuestros soldados, bien lo sabéis, más que el acicate de la audacia, hay que aplicarle la brida de la prudencia *(Grandes aplausos)*.

Cuando yo venía de Madrid, he notado dos cosas: por un lado el sosiego, la tranquilidad de los hombres verdaderamente reflexivos y patriotas, que no se amilanan por cosas que son incidentes que todos los pueblos tienen en sus guerras coloniales; pero, por otro lado, he advertido en algunos cierta depresión de ánimo, que ya en otras ocasiones, no lejanas, se ha notado en España; y yo quiero protestar también contra eso, que es un síntoma de decadencia *(Aplausos)*.

Hace poco, el fantasma sangriento, terrible, de la guerra Europea, la guerra más tremenda que ha pasado sobre la tierra, nos dió el espectáculo de naciones que parecían decadentes y divididas por grandes y profundas discordias, y que ante un ideal defendieron sus fronteras, rindieron odios, hicieron desaparecer diferencias y antagonismos, y todos se unieron para luchar, encen-

didos por la llama de un solo patriotismo, y del ejemplo, que no debemos olvidar.

Es preciso — que no haberlo hecho ya, es, en gran parte, culpa de Gobiernos, — es preciso que sobre la guerra de Marruecos se infunda en el alma española la idea adecuada, que muchos no tienen, y no la tienen porque desde las alturas mismas se debió haber dicho siempre lo que significaba y lo que era, con objeto de que algunos espíritus vulgares, que no se enteran de las cosas, no crean que esa guerra es una especie de «Sport militar». La guerra de Marruecos significa la defensa de una costa del Estrecho; significa que tenemos en cuenta aquello que Cánovas llamaba la lección de Roma, o sea que nuestra frontera natural no está en la Península, sino en la costa de enfrente del Estrecho *(Grandes aplausos)*; significa que no queremos que un Gibraltar nuevo se levante en ella *(Aplausos)*, porque, si hubiese dos, las luces que los alumbrasen serían dos cirios del ataúd en donde quedaría muerta la independencia española *(Prolongados aplausos)*.

Tenemos que acabar de reconquistar la zona para mantener nuestra independencia en el Es-

trecho, porque, sin eso, no seremos nación autónoma; pero, para ello, hay que hacer una cosa, y el pueblo español creo que tiene energías para hacerla, y es la siguiente: acabar pronto, hacer las cosas en grande, y, para ello, pelear más en los aires que en el suelo y, como el Cid en el cerco de Valencia, destruir más mieses que hombres, y, entonces, con un esfuerzo soberano, de una vez y no por cuentagotas, terminaremos la empresa *(Grandes aplausos)*.

Si no lo hiciésemos así — lo que no creo, — si una generación amilanada y cobarde, volviendo la espalda a las generaciones anteriores, quisiese abandonar con Marruecos el Estrecho y con el Estrecho la independencia, y con la independencia la vida de la Patria, ¡ah! entonces no me extrañaría que uno de esos terremotos sociales, que suelen abrir cráteres en los pueblos modernos, derribase un día nuestra gloriosa Catedral, que se cuarteasen los muros y se desmoronasen las torres, quedando convertidas en gigantesco montón de escombros; y que la hiedra, más piadosa que los hombres, los cubriese con su manto; y si entonces llorasen sobre ella las nubes y pasasen, tristes y abatidas, las aves del cielo, y algún extranjero dijese que allí estaba, con el sepulcro del Cid, el sepulcro de España; si todavía hubiera un núcleo de supervivientes que sintiese como él, yo creo que bastaría que llegase a esas ruinas, y las separase hasta llegar a la cripta del héroe, para caer allí de rodillas, como vuestro insigne Cardenal, y hacer entonces lo que hizo aquella madre india de que hablaba un hombre ilustre, que andaba vagando en torno del sepulcro de sus hijos, con los labios entreabiertos para absorber su alma y fecundarse nuevamente, y decirle: Pensamos y sentimos como tú; levántate de la huesa, infúndenos tu espíritu y ven a ganar batallas después de muerto.

(Grande y prolongada ovación. El señor Mella se muestra emocionadísimo. El Emmo. Cardenal *Benlloch se dirige al orador, y le abraza, y, a continuación, muchos militares le estrechan entre sus brazos, mientras el público, puesto en pie, vitorea a España y al señor Mella)*.

(De la conferencia dada en el Teatro Principal de Burgos, el día 25 de julio de 1921).

VATICINIOS

VATICINIOS

I

ANUNCIOS DE LA GRAN REVOLUCIÓN

Tiempos sombríos van a llegar, y voy a concluir, señores Diputados, porque no quiero fatigaros; tiempos sombríos van a llegar, y no son los profetas de mi partido... *(Continúan los rumores. El señor Presidente agita la campanilla. El orador cesa de hablar).*

El señor Presidente: Reclamaba la atención para S. S.

El señor Vázquez de Mella: ¿Hay quien se ríe de los profetas? Pues lo que yo anuncio se ha de cumplir, a pesar de la risa de esos señores.

Digo, señores Diputados, que no son los profetas de mi partido y de mi escuela; que no es un vidente, como Donoso; no es un vidente,

como De Maistre, el que anuncia la catástrofe; es un poeta escéptico, un poeta que llevaba todas las iras semitas infiltradas en su alma, y que las derramó en sus versos maravillosos, de forma helénica, que muchas veces disparó contra la Iglesia; de quien Luis Veuillot dijo que era un ruiseñor que había anidado en la peluca de Voltaire: Enrique Heine, que en una página candente, maravillosa, hablando precisamente de los discípulos de Kant, de los partidarios de la *Razón pura*, decía: «Vienen tiempos rojos y ateos; el que haya de escribir el nuevo Apocalipsis tendrá que buscar nuevos animales simbólicos, porque ya no sirven los antiguos para representar las misiones que se preparan. Reíos hoy del poeta; pero creed que lo que se ha cumplido en el orden de las ideas, se realizará fatalmente en el orden de los hechos; porque las ideas preceden a la acción, como el relámpago al trueno. Cuando oigáis un estampido como no se haya oído otro en la Historia; cuando veáis que las águilas caen muertas desde las alturas de los aires y que los leones en los desiertos bajan la cola y se refugian en sus antros, sabed que ha llegado una revolución, ante

la cual sería un idilio la revolución francesa». Añadía después: «Si veis a muchos hombrecillos que disputan, no temáis; ésos no son más que unos gozquecillos que ladran y cambian algunas dentelladas; después vendrán los terribles gladiadores que combatirán a la muerte».

¿En qué período estamos? En vísperas de esa batalla. Voy a poneros en presencia de dos grandes hechos, que nunca con igual relieve se habrán visto en la Historia. Por un lado, los partidos políticos que avanzan uniformemente contra la Iglesia para recortar algunas orlas de su manto, para cercenar algunos de sus derechos, para ultrajarla; y por otro lado, los partidos revolucionarios que han sacado ya las consecuencias y que forman la ola anarquista, más alta, más extensa, más negra todavía, que avanza y empuja a la ola socialista. Y ¿quién avanza más, los partidos doctrinarios o eclécticos contra la Iglesia, o los partidos revolucionarios, socialistas y anarquistas contra los partidos políticos y contra todos los restos de la antigua sociedad? Sois como una academia bizantina de legistas, que disputáis sobre quién llegará antes y con más encono a destruir el edi-

ficio de la Iglesia. Uno dice: yo me contento con derribar las cornisas; otro dice: yo quisiera derribar las columnas, los capiteles y las puertas; los de más allá exclaman: ¡partiremos el ara santa!; otros gritan: ¡arranquemos el Crucifijo!...; y mientras estáis disputando así acerca del grado de opresión a que someteréis a la Iglesia, acerca del grado de tiranía que impondréis al pueblo creyente, hay una ola que avanza, que va socavando nuestro edificio y minando la roca que le sirve de cimiento, y antes de que lleguéis a la hora suprema, antes de que consuméis vuestra obra, antes de que os acerquéis al altar, saltará el edificio hecho pedazos, aplastando a los sofistas y leguleyos, que en esta hora suprema de anarquía social quieren contener las iras del proletariado arrojándole como vil piltrafa los derechos y las prerrogativas de la Iglesia. He dicho *(Muestras de aprobación en las minorías carlista e integrista).*

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 13 de noviembre de 1906).

II

VATICINANDO LA GRAN GUERRA

Ved los enormes, cuantiosos aprestos marítimos y terrestres de Austria-Hungría; ved cómo Rusia espera tener el año 17 completos todos sus armamentos y sus principales líneas de invasión sobre las fronteras europeas, y cómo, cuando Alemania lo sabe por los centros militares y diplomáticos, dice que Alemania no lo tolerará a ese punto, porque Alemania, el día de la contienda, no quiere ser atacada por la espalda, y que tendrá en el Ducado de Possen las fuerzas necesarias para resistir el empuje moscovita. Ved cómo todavía un ilustre emperador, varón de dolores, Nestor de los Reyes, acaba de ver otra vez levantarse en torno de su lecho la sombra ensangrentada y trágica de su hermano, de su esposa y de su hijo y avanzar la enfermedad, ministro de la muerte, que le visita con demasiada frecuencia, como si llevase ya en su mano el símbolo que un artista esculpió

en el monumento sepulcral de María Teresa en el panteón de los Capuchinos de Viena, para representar la vanidad humana, una corona imperial ciñendo una calavera amarillenta. Y ved cómo él quisiera prolongar la paz, porque sabe que el día que muera, o que no pueda lograr prolongarla más, no por la vanidad militar, no por instintos belicosos, sino por el mandato de la Geografía, de la raza, y del heterogéneo conglomerado de sus pueblos, Francisco Fernando tendrá que enrojecer las ondas del Danubio Azul que baña los parques de Viena y el Parlamento magiar, y empujar sus legiones al choque terrible con los otros pueblos eslavos, al mismo tiempo que pelean latinos y germanos desde el Rhin al Sena, marcando con una hilera de huesos humanos blanqueando al sol una nueva edad en la Historia *(Muy bien)*.

. . . .

III

La unidad en el amor a la Patria

Y no quiero decir más sobre este punto; no quiero hacer más, para concluir, que llamaros la atención sobre una necesidad social que los últimos debates han hecho sentir.

He procurado, en la medida de mis fuerzas, poner la palabra a la altura del asunto, y no excitar los odios y las pasiones, porque soy de los que creen que, cuando están rotos, desgraciadamente, los lazos internos espirituales que antes ligaban en una estrecha solidaridad las almas, es necesario que, para que no impere la variedad sin unidad, que es el cadáver del orden, se junten todos en una unidad colocada fuera de las fronteras en donde las pasiones terminan y los odios se acaban. Yo quiero que, ya que peleamos, ya que luchamos unos contra otros aquí, haya una región pura y serena, donde no imperen las pasio-

nes y nos abracemos todos, al ser abrazados por la madre común, y perfumemos los labios, muchas veces manchados por los denuestos recíprocos, al sentir sobre ellos la orla de su manto *(Muy bien)*.

Y porque lo creo y veo venir la catástrofe a que nos lleva irremediablemente vuestra política internacional, yo, si estalla, y tiembla la techumbre del albergue nativo y hasta parece que se extinguen las llamas del hogar común, no quiero que, cuando llegue aquel día y nuevos odios agiten nuestras almas, y mis hermanos cojan puñados de tierra sangrienta para arrojarla unos contra otros, y vuelva a estallar la ira, y a partirnos y dividirnos la derrota, no creáis que llegue aquel día a deciros : ¿Lo veis? ¿lo oís? Acerté. No, sería criminal y bastarda satisfacción haber acertado cuando se trataba de las tribulaciones de la madre. ¡Ah, no! Se secaría mi lengua, se apagaría la palabra en mis labios, desmayaría mi voluntad, y se nublaría mi espíritu con una amargura intensa y lo avasallaría por completo el dolor y el sentimiento de haber visto la catástrofe dos veces, por haberla presentido, y tener la inmensa desgracia de no haber podido evitar la ruina de mi Patria

(Grandes y prolongados aplausos. Muchos diputados se levantan para felicitar al orador).

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 28 de mayo de 1914).

IV

LA ISLA IDEAL

Señores, todos, hablando aquí en la intimidad, como si estuviésemos en una tertulia, reconoceréis que hay un fondo poético en la naturaleza humana, que aun los hombres más mezclados con la vil prosa conservan intacto. ¿Quién no tiene un libro interior donde apuntar todos sus recuerdos, y en el cual siempre hay alguna página escondida, que no se comunica a nadie, ni aun a los más íntimos amigos?

Hay en el fondo de nuestro ser algo que reservamos para nosotros mismos, que es exclusivamente propio y que guardamos de los demás. Pues bien : yo os declaro — y creo que en este punto coincidiremos todos, pues todos tenemos

algún ideal que queremos realizarlo — yo de mí sé decir que tengo una especie de isla ideal más hermosa que la Ciudad del Sol, poblada de esperanzas, ilusiones y a veces de recuerdos de todo lo que yo amo, porque mi deseo es el arquitecto que ha fabricado tantas maravillas; cuando las luchas cotidianas de la vida llenan el alma de amargura, se va a descansar en uno de esos lugares, apartados alcázares de la fantasía, donde no se oye ¡ Maura, no ! ni ¡ Maura, sí !, ni hay debates políticos, ni estas contiendas de los partidos que enconan los ánimos.

Yo me refugio algunas veces en ella ; y estos días pasados, leyendo en el *Diario de las Sesiones* discursos cuyos principales párrafos no habían llegado perfectamente a mi oído, me sentí fatigado y me recogí por algún tiempo ; pero como a veces, en los asaltos de insomnio, todavía he querido esparcir el ánimo en algunos libros históricos que fuesen de algún solaz, fuí a mi biblioteca y me encontré con una noticia extraña en un libro escrito, por cierto en Tokío, por un diplomático español, en el cual, hablando de la India, dice que allí existía una raza de la familia de Borbón, por-

que, cuando el asalto de Roma, tenía el Duque de Borbón un hijo que se expatrió y fué a la India ; lo reconocieron allí como príncipe y se le dieron Estados feudatarios, y llegó a fundar una dinastía, dándose el caso singular de que, durante la revolución de septiembre, existía allí una princesa semisoberana y cristiana, que se llamaba Isabel de Borbón. Me llamó extraordinariamente la atención este hecho tan particular que desconocía ; y leyendo al mismo tiempo un libro sobre la revolución constitucional últimamente ocurrida en Persia, y habiéndome dedicado a leer lo que se refería a esa civilización escrita que ahora aparece por los descubrimientos arqueológicos en el Asia Menor, como el anillo que había entre el mundo asirio y el mundo helénico, llegué, como comprenderéis perfectamente, con las exaltaciones del insomnio, entre los debates de las sesiones, entre los recuerdos de esa familia de Borbón que se había refugiado en la India, los últimos descubrimientos arqueológicos y la revolución constitucional de Persia, a tener la cabeza a manera de un cinematógrafo, y empezaron a pasear por ella películas inverosímiles, en esos instantes

en que muchas veces pugna la vigilia con el sueño, sin que triunfe la vigilia sobre el sueño ni el sueño sobre la vigilia; llegué a estar como en un ensueño muy original y muy extraño, y os voy a referir las raras visiones que tuve, y que, si acierto a referirlas, os han de producir contentamiento. Yo me encontré de repente en un Estado que no conocía.

Soñemos, alma, soñemos

Dada la confusión del sueño, no acierto dónde se hallaba aquel Estado; era de Oriente, hacia el Asia Menor, quizá en Persia; pero repito que no sé fijarlo con exactitud geográfica. Allí me encontré con un inglés, que me dijo: —«¿Quiere usted venir a ver y a aconsejar al Rey que gobierna en este Estado?». ¡Me sorprendió la pregunta! ¡yo aconsejar en un Estado que apenas conozco! —«Yo le expondré a usted los principales rasgos de esta sociedad que tiene poco de oriental».—«Pero ¿cómo quiere usted que vaya yo a dar consejos a un Rey de Oriente, yo, que soy un hombre de Occidente, y que no conozco estos países?».

Y entonces me dijo: «¡Está usted equivocado! Este Monarca está profundamente europeizado; además, conoce todos los Estados de Europa; es muy ilustrado y ha viajado mucho por el país de usted, por España. Pues si usted no tiene inconveniente...». Confieso que me estimulaba algo la vanidad de ir a ver y aconsejar a un Rey; me acordé en sueños del señor Azcárate *(Grandes risas)*. Para abreviar: el inglés, que, por lo visto, era el Embajador de la Gran Bretaña allí, y que tenía un gran predicamento en aquella corte, me condujo a ella. El Rey había salido a una expedición cinegética, pero no tardó en llegar. Fuí al Palacio Real, esperé un poco, me fué presentando algunos cortesanos, y lo primero que me llamó la atención fué la europeización exterior del Palacio, porque ni en estatuas, ni en tapices ni en cuadros se notaba nada oriental: todo era europeo.

Miré a los cortesanos, y, por cierto, ¡lo que son los sueños!, me pareció que uno era el señor Dato; pero me fijé y vi que no tenía su distinción ni su cortesía; noté un gesto brusco en él, que no es propio de S. S.; uno de barba gris me pareció el señor Ministro de la Gobernación, pero

no era tan vivo ni tan inteligente como él. Creí distinguir en un hombre alto, de barba plateada, de aspecto señoril, al señor Maura; pero, en vez de su mirada noble, tenía un ceño adusto, como el que pone el señor Cierva cuando discute con el señor Lerroux *(Risas)*. Creí oir hablar en un círculo al señor Conde de Romanones; pero no pude comprobarlo, porque el inglés me hizo una señal, y vi que todos los cortesanos se apartaban y que pasaba allí, como una visión verdaderamente oriental, espléndida y hermosa, la Reina, que llevaba una diadema de oro que se confundía con su cabellera rubia. Todos nos apartamos para que pasase. Y cuando la visión desapareció, el Rey se dirigió a mí, y advertí que el Rey era más bien bajo que alto, y era grueso de cuerpo, y llevaba una barba no muy larga *(Risas)*.

La consulta

El Rey se dirigió a mí, amabilísimo, bondadoso; me llevó hacia una terraza que daba a unos grandes jardines, mientras en grupos continuaban hablando los cortesanos, que me miraban con

algún recelo, porque parece que al Rey le gustaba mucho oir el consejo de los extranjeros y ellos recelaban de esta afición del monarca.

El Rey me dijo: — «Os extrañará que, sabiendo como sé por el embajador inglés cuáles son vuestras ideas tradicionalistas en España, yo, que soy monárquico constitucional y liberal, os llame a la consulta.» — «No, señor; eso en mi país va siendo cosa corriente.» — Y añadió el Rey: «Pues quiero consultaros y quiero saber vuestro parecer.» Yo, naturalmente, con una modestia que no era fingida, le dije que no podía ilustrarle con grandes consejos, primero porque desconocía el país, y después porque no tenía la capacidad suficiente para ilustrar a un Monarca que, según mis noticias, era hombre muy capaz y culto.

El, benévolamente, dejó a un lado esas observaciones mías, y me dijo: — «En mi país tengo una inmensa desgracia.» — «¿Cuál es, señor?» — «La escasez de hombres públicos.» — «Señor, en mi país sucede exactamente lo mismo, le contesté; las últimas cosechas son verdaderamente deplorables» *(Risas)*. — «¿Cuál cree usted que

sería el remedio?» — «Yo, por analogía con el mío, podré indicarle a Vuestra Majestad lo que creo que sería un remedio bueno para vuestro país.» — «¿Y cuál es?» — «Señor, en mi país, que es también constitucional y, por lo que noto, muy parecido a éste, el Estado es un complicadísimo armatoste, es un conjunto de alambiques administrativos y de receptáculos que está montado sobre una charca electoral que allí llaman cuerpo, pero sin alma *(Risas)*. Y, claro está, el agua que entra por esos receptáculos y sube por esos canales, cuando sale por la cumbre del Estado o por la cima de los partidos, no se puede esperar que sea vino generoso; lo raro será que no salga alguna rana *(Risas)*. Yo creo que, colocando el Estado fuera de esa laguna, disecándola, purificándola, reduciendo el armatoste y extinguiéndole sobre todo los manantiales y fuentes vivas de la nación que están en las clases sociales, es posible que el agua se purifique y, cuando salga, sea siquiera potable.»

Al Rey no le pareció mal, y me dijo que, en la medida de sus fuerzas, iba a ver si se saneaba la laguna y se ensanchaba bien el régimen para

que entrara el agua corriente y cristalina, en vez de la turbia y emponzoñada que circula por aquel Estado constitucional.

La atracción de las izquierdas. — Cuando entran, «o no salen», o salen con la Monarquía

Y añadió el Rey: — «Aquí tengo un problema complicado. Yo he procurado el bien de mi país; pero me encuentro con fuerzas resistentes tradicionalistas como esas vuestras, atrás, y con unas izquierdas que me combaten, delante, y he procurado atraérmelas y ganar algunos elementos suyos para que viniesen hacia la Monarquía, porque de esa manera consigo dos cosas: por un lado, mermar las fuerzas contrarias; por otro, nutrir con una nueva savia las propias. ¿Qué le parece a usted?», me dijo. — «Señor, veo que V. M. se ufana en esa obra; pero yo siento disentir del parecer de V. M. en eso de la atracción de algunos elementos de las izquierdas.» — «¿Por qué?, añadió, ¿qué recelo tiene usted en eso? Póngase usted en mi punto de vista, y yo en el suyo.»

— «Puesto que el punto de vista de V. M. no me agrada, se lo diré a V. M., porque la Historia de Europa me ha demostrado que estos elementos, cuando entran en una Monarquía, no salen, y si salen, salen con la Monarquía» *(Risas)*.

Al Rey, parecióme que le impresionaba algo mi juicio; pero en seguida salióme al paso, diciéndome: — «Debo advertir a usted una cosa, que parece que usted olvida, y viviendo en Occidente: la ola democrática es hoy tan avasalladora, que no hay nada que resista el empuje de las corrientes democráticas, que por todas partes la democracia impera, y que aquí, en Asia, ha llegado también esa ola que va recorriendo toda Europa.

»¿Puede negarme nadie, me dijo, que hay una corriente poderosa, que es un río caudaloso que va avasallándolo todo, que penetra en las masas del proletariado, que va invadiendo el mundo, y que aspira en todas partes a la igualdad? ¿Cree usted que una Monarquía puede vivir resistiéndola? ¿Cree usted que puede ser un dique a estas olas? ¿Cree usted que, si no las da entrada, puede vivir?»

La mentira democrática

Yo le contesté: — «Señor, ¿me va a permitir V. M. que exponga con toda libertad mi opinión?» — «Sí, si no, no le hubiera consultado.» — «Permítame que le diga que no creo en esa democracia.» Su asombro fué grande, como podéis calcular. — «¿No cree usted en ella?» — «No, señor. Yo soy demócrata, profundamente demócrata, pero no creo en esa democracia; creo que, cuando la reflexión vuelva, los futuros historiadores dirán de ella que no es más que una mentira, una enorme superstición.» Me miró con asombro.

— «Desearía oir la razón de ese juicio que me parece temerario», me dijo. Pero he de notar una cosa, que, al mirarme así, lo hizo con cierta conmiseración, que me ofendió, porque pareció querer indicar que era más europeo que yo, y esto me molestó *(Risas)*. Entonces empuñé la trompa épica, creí que estaba en esta tribuna, y le pro-

nuncié un discurso contra la democracia que le produjo gran impresión *(Grandes risas)*.

. . . .

. . . .

Siempre han gobernado los menos sobre los más

El señor Vázquez de Mella: Empecé diciendo: — «Señor: la democracia, o es una palabra vana, o es el Gobierno de los más, individualista, colectiva, inorgánica, plebiscitaria, representativa por delegación; a eso hasta la etimología tiene que rendirse, y yo aseguro a V. M. que no hay una página de historia de Occidente — no conozco tanto la historia moderna en esta tierra de Oriente, — en que diciéndose que gobiernan los más sobre los menos, no hayan gobernado los menos sobre los más, cuando no ha gobernado uno solo sobre los menos y sobre los más. Yo no conozco — le dije — un solo país en la tierra en donde no estén en minoría la capacidad, la cultura, la rectitud y el valor cívico para no dejarse imponer. ¿Conoce V. M. algún caso, éste, por ejemplo, en donde tanto escasean los hombres —

apelé a lo que me había dicho de los hombres políticos, — en donde las capacidades estén en mayoría?» — «No.» — «Pues si están en minoría, una mayoría que dirigiese la capacidad, la cultura, la rectitud y el valor cívico, sería la soberanía del vulgo sobre los que no son vulgo; sería la soberanía de la cantidad sobre la calidad, es decir, la barbarie erigida en forma de Gobierno.» Y entonces añadí: «Cuando una teoría como la democracia es proclamada en todas partes y no es practicada en ninguna, es falsa.»

La igualdad es una abstracción. — La ley de la jerarquía

Pero él me dijo: — «¿No veis que la tendencia a la igualdad está en todas partes?» — «Pero, señor, si no existe en ninguna, si la igualdad es una abstracción vana, si volvemos al principio de los «indiscernibles» de Leibniz, si no hay dos cosas completamente iguales, si varían siempre, porque la ley de la jerarquía está sobre la igualdad.»

Y entonces, para convencerle más, pues ya empezaba a sentir algo el efecto de mi argumentación, le dije: — «Vea V. M. los jardines que se divisan desde Palacio; vea V. M. estos espléndidos cielos, en los que lucen y brillan los astros mejor que en Occidente; vea V. M. las masas estelares de que forma parte esta molécula en que nos agitamos nosotros. Todo lo que es inorgánico, es decir, todo lo que no tiene más que la acción mecánica y transitiva, es lo que está en mayoría; y aquello otro en donde se revela la vida, con la acción inmanente que la caracteriza, está en minoría; y en esa minoría en que fermenta la vida, en ese mundo vegetal tan inferior, a medida que los seres adquieren nuevas perfecciones, van quedando en una minoría más reducida; y cuando a la acción inmanente de la nutrición y de la generación se añade otra más alta, la sensibilidad, y empieza el mundo zoológico, recorra V. M. desde el primer infusorio hasta el último de los vertebrados, y verá cómo, en una jerárquica escala ascendente, a medida que una perfección aparece se reduce la extensión de los que la poseen; y cuando sobre ese reino animal aparece

la inteligencia y la libertad, y con ellas el hombre, sigue triunfante la ley de las jerarquías, mientras que la igualdad queda aplazada en los peldaños que ella sube.

»Mire Vuestra Majestad todas las sociedades más cultas: hay una esfera inferior donde gravita el vulgo; sobre ella se levanta la burguesía intelectual; en una capa superior, el talento, y el talento está también perseguido por la ley de la jerarquía, y allá, sobre los talentos todos, se destaca el genio, como una lámpara solitaria, colocada ya en la cumbre, que lanza sus resplandores, a veces a través de un siglo, para encontrar otros radios y otros genios análogos, y aparece tan grande, que, cuando sirve al mal, unas veces calcina las sociedades y, cuando sirve al bien, las purifica e ilumina, como si fuese una llama que sube como una oración al foco divino, o un ascua encendida que desciende de los cielos para iluminar la mente de los hombres» *(Grandes aplausos)*.

Esto de la llama y del ascua, le hizo también mucho efecto al Rey *(Risas)*. Los orientales son muy amantes de las imágenes, y yo le añadí: — «Señor, para hablar más claro y más sencillo;

este Reino Vuestro, reducidlo a polvo, destruid la Monarquía; destruid el Estado y todos los organismos sociales; reducidlo a átomos individuales, que no queden en pie más que los sepulcros. Yo os voy a refutar prácticamente la igualdad. Tengo en apoyo mío toda la Historia. No queda más que una masa informe de individuos; una necesidad común, hay algunos que pueden satisfacerla, porque tienen más capacidad y más energía, y, en seguida, de ese polvo se levanta, con esa capacidad, con esos servicios y con esas condiciones, una aristocracia gobernante. Seguid observando y veréis cómo la uniformidad de las líneas iguales se rompe, porque la capacidad y la necesidad y el servicio y el prestigio que engendran vuelven a destacar una oligarquía; veréis cómo aparece, al principio como anónima y oculta, después, clara, una inteligencia que dirige y que va a buscar la unidad.

»Yo lo he dicho algunas veces que esas oligarquías gobernantes no son más que el descanso que hace la Monarquía para tomar aliento cuando sube de una revolución que ha pulverizado una sociedad hasta la unidad de un trono. Pues esa

jerarquía ascendente sube y va a la unidad, porque la autoridad viene de las alturas y tiende a ellas.»

La democracia tradicional

Entonces el Rey me dijo: —«¿Pero no me habéis dicho que erais demócrata? Entonces ¿cuál es vuestra democracia, si combatís eso?» — «Mi democracia es de otra manera, señor; es la única real y la única que triunfará en el mundo, la que está en el fondo de la naturaleza humana.» — «Pues exponedla.»

Yo contesté: — «Mi democracia tiene un carácter individual y un carácter social. No consiste en la igualdad, sino en la desigualdad. Considerada en el individuo, es el derecho a salir de la igualdad, a romper el nivel, a ascender, a subir por esa jerarquía de peldaño en peldaño: ascender por el mérito, para que no tropiece con la muralla de la casta, ni con los obstáculos legales que le impiden manifestar su grandeza, para que vaya de grado en grado hasta la última cumbre. Allí, cuando, en una de esas tristes pausas que hacen las

sociedades, queda vacante el trono, puede ocuparlo, si es tal su superioridad que puede salvar el orden y suplir las necesidades imperiosas de un pueblo; y cuando ese trono está ocupado por esa superioridad reconocida, para que pueda elevarlo sobre sus manos, levantarlo sobre los demás y erguir al que se siente sobre él para que pueda abarcar mejor con una mirada de conjunto la sociedad que le toca regir.

»Pero eso en el individuo. En la sociedad es el derecho que tienen todos y singularmente los humildes a ser bien gobernados y no a gobernar». — «¿A ser bien gobernados?» — «Sí: porque, en vez de la voluntad colectiva, puede poner V. M. la necesidad colectiva, que es mejor. La voluntad colectiva en un pueblo, rara vez existe; acaso en sus guerras de independencia será cuando únicamente se revele». — «¿Por qué?» — «Porque la necesidad, señor, tiene tres grados La necesidad es sentida por todos, pero los que la sienten no saben definirla ni concretarla, ni muchas veces formularla, como no sea en una queja; son pocos los que saben formular la necesidad, porque para eso es necesario conocer su origen,

es necesario ver las relaciones de unas necesidades con otras, la jerarquía que tienen entre sí, y eso lo ven pocos. Pero el sentir las necesidades, el conocerlas, el abarcarlas y además proporcionarlas el remedio, eso es patrimonio de muy pocos, y esos son los que en realidad deben gobernar. Ahora, como las necesidades en los más altos son menores y en los más humildes son mayores, el derecho a ser bien gobernados lo tienen los humildes, los menesterosos, los pobres en más alto grado que aquellos que están en las cumbres sociales, y por eso el Soberano, al doblarse sobre el pueblo para acudir a remediar sus necesidades, debe inclinarse gradualmente hasta el punto de que abrace con amor de padre a aquellos que, por estar más abajo, son los que necesitan la protección del más alto. Y esa democracia individual que no quiere fronteras para el mérito, y esa democracia social que necesita ese ambiente proporcionado, son las únicas verdaderas y reales en el mundo».

Dos leyes históricas

Entonces el Rey me dijo: — «Pero, vamos, que en vuestro país, por lo que yo veo y por lo que yo sé, lo que impera es esa otra democracia que combatís». — «Sí, señor». — «¿Y no creéis que hay allí un amor en todos esos elementos revolucionarios, como el que sentimos aquí hacia la igualdad?» — «No, señor. Yo conozco la democracia de mi país, y, además, he estudiado la de otros países; puedo asegurarle a V. M. que la democracia que yo conozco bien, por comparación, porque no hablaba sólo de aquí, tiene dos leyes históricas a que obedece casi siempre». — «¿Qué leyes son?», me preguntó el Rey. — «Pues, señor, esas dos leyes las he averiguado, o, por lo menos, las he formulado yo, pero sobre hechos palpitantes, de esta manera: que la democracia mengua a medida que el demócrata sube *(Risas)*, y, además, que el Poder amansa la demagogia y despierta instintos conservadores en los demagogos *(Risas)*, de tal modo, que yo sé, por la His-

toria, de muchos que pedían cambio de la propiedad abajo, y que, al llegar arriba, se contentaron con un cambio de propietarios» *(Risas)*.

— «Pero, ¿creéis, dijo el Rey, que eso sucede también en vuestro país?» — «En mi país, señor, todos son tan monárquicos, que no conozco un solo revolucionario que no lleve un Rey dentro, cuando no lleva un tirano, si es que no ha ocupado su puesto un tonto, lo que, afortunadamente, sucede con bastante frecuencia» *(Risas)*.

El Rey se rió como vosotros, y yo añadí: — «En mi país, le dije entonces, conocemos emperadores de algunas ciudades *(Risas)*; conocemos reyes de Casas del Pueblo, hasta príncipes consortes de las conjunciones revolucionarias, como el señor Salvatella *(Risas)*; pues la Reina Guillermina va siendo el señor Rodés» *(Grandes risas)*.

Un golpe nacional al Estado

El Rey me dijo: — «Pero, vamos a ver, en resumen, dada mi política de dirección a la izquierda, dado mi concepto de la democracia, que era con-

trario al que veo que expone usted, ¿qué cree usted que yo debo hacer en presencia de los grandes problemas interiores y exteriores de mi pueblo?» Yo contesté :— «V. M. es un Rey constitucional». — «Sí, tengo esa desgracia» *(Risas)*. Yo añadí : —«Claro, V. M. está atado por el refrendo ; yo lamento esa esclavitud en que está S. M.». El me preguntó entonces : — «¿Qué cree usted que debo hacer?» — «Tomar iniciativas. Sí, todas cuantas pueda V. M. ; sobre todo, si hay escasez de hombres, como dice, tome V. M. las iniciativas que quiera ; siempre hay un medio dentro de la misma Constitución para tomárselas, y no faltarán nunca a V. M. ministros que le proporcionen los medios de que filtre la iniciativa a través de sus artículos. Si V. M. cree que hay necesidades públicas y problemas internacionales, en los cuales debe tomar iniciativas, tómelas V. M.». Pero él me atajó noblemente diciéndome : — «Yo, sí tomaría esas iniciativas, pero lo haría clara y resueltamente, porque no querría que nadie respondiese por ellas : soy demasiado sincero para eso».

Yo le aplaudí y dije :—«¡ Ah, señor ! Hay entre los conceptos de la Monarquía que yo defiendo

el de tomar esas iniciativas y el de ser responsable». El exclamó sorprendido : — «¿Cómo responsable? Qué, ¿va a exigirme algún Tribunal la responsabilidad?» — «No, eso no ; hay dos clases de responsabilidades : la social y la legal ; la legal se exige ante un Tribunal, y el Tribunal que la exige es soberano ; y si a él se la exige otro Tribunal, será ése el soberano ; y como no es posible ir en una serie interminable de instancias, póngase la soberanía donde se quiera, en un Rey o en una Asamblea, siempre habrá alguien legalmente irresponsable. Pero hay una responsabilidad social : la de presentarse ante el pueblo diciendo : En esta función yo he tomado esta parte y acepto la responsabilidad, y no me escudo con nadie. Y el pueblo entonces, que ama mucho la sinceridad, premia con la gloria o castiga con la infamia al Monarca».

Al Rey le pareció esto bien, y, en resumen, porque era hombre que gustaba mucho de sintetizar las cosas, me dijo : —«¿Entonces, lo que usted me aconseja, es que yo dé un golpe de Estado?» — «No, señor, contesté yo ; los Estados modernos ya no resisten un golpe *(Grandes risas)* ; lo

mejor es que V. M. dé un golpe nacional al Estado y haga que la nación se sobreponga al Estado; eso es mucho mejor»: El Rey reflexionó y me dijo: — «Mi padre tuvo ya esta idea, y a mí no me parece mal; pero quizá sea tarde para realizarla».

Termina el sueño

En esto, mientras hablábamos así, vi que llegaba un cortesano; me acuerdo como si lo estuviera viendo: rápida, precipitadamente le entrega un telegrama, un papel, al Rey; el Rey se pone pálido, se levanta, me levanto yo también, se alarga y se desvanece su figura; veo allá en el fondo moverse temblorosos a los cortesanos, siento ruido de gentes de armas; contemplo a aquel hombre de barba blanca que había creído que se parecía al señor Maura, que miraba con una vista triste y profunda, y todo se desvanece; y a poco tiempo eran las luces de la mañana que caían sobre mi frente, diciéndome que todo había sido una pesadilla, y he venido a contaros aquí lo que soñé, lo que me habían dicho y lo que yo había

hablado con los Reyes de Oriente, a ver si vosotros podéis sacar algo que sirva de lección para los de Occidente *(Grandes risas)*.

Y ahora, señores, concluída la narración de mi *interviú*, que ya veis que es tan interesante como la que haya tenido el señor Azcárate con Don Alfonso, yo quiero afirmar el segundo punto, y con éste, que será el último, concluyo.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 17 de junio de 1914).

V

Un sueño

Pensando sobre sucesos políticos contemporáneos, sobre las huelgas que en estos momentos están sacudiendo a la sociedad como un terremoto que continuamente se repite; leyendo algunos artículos sobre Repúblicas americanas, que estaban, como la mejicana, agitadas por movimientos aun más fuertes que los que nosotros sufrimos, llegué a padecer una noche una extraña alucina-

ción. Cuando, por la mañana, creyendo despertarme, pregunté, según acostumbro, qué tiempo hacía y cómo estaba el día, oí una contestación singular: la de que había crisis; había una crisis más o menos larga y laboriosa, más o menos histórica *(Risas)*. Yo, al saber esta noticia, dije que no era ninguna novedad, que en España sucede eso casi todos los días; pero cuando me dijeron que los ministros esperaban para que yo resolviera, me quedé atónito y dije: ¿Cómo? ¿Que yo resuelva la crisis?

Entonces, no recuerdo bien, pero creo que me encontraba en una República del centro de América, donde las cosas estaban tan mal, que, creyéndome a mí hombre de orden, no tuvieron cosa mejor de que echar mano para que les salvara, y creo que me hicieron jefe de Estado, no sé si rey parlamentario, o presidente, aunque me inclino a creer lo primero, si bien el sueño está borroso. El caso es que me encontré con la obligación de resolver una crisis. En el fondo protestaba, porque yo no quería este régimen, y no quería encontrarme ni por un momento a su cabeza, aunque no fuese en mi Patria. Pero me resigné, y lo

primero que hice para librarme de incomodidades, después de las visitas de Comisiones que me asaltaban, fué reconocer al Gobierno anterior y darle plenos poderes para continuar gobernando.

Estaba ya tranquilo; me habían invitado a una gran fiesta cinegética, y quería descansar de las fatigas de aquellos dos días, cuando, hechos ya los preparativos, se me presentó uno de mis cortesanos y me dijo: «Señor, ha estallado la crisis; hay que suspender la fiesta; y es necesario resolver con urgencia, porque el caso es grave». Lo sentí mucho y pensé: ¡Qué inoportunos son estos ministros! Acabo de darles todo el poder, y no me dejan vivir ni cazar *(Risas)*.

Empezó la crisis con las consultas. Y, lo mismo que aquí, después de oir a muchos representantes de partidos y de grupos, hubo un descanso para el almuerzo; y uno de mis invitados me preguntó si estaba satisfecho de las consultas que había oído, y le dije que sí, que no sólo estaba satisfecho, sino admirado, y que si al principio me había parecido penosísimo el cargo, creía ahora que nada era más fácil que ejercerlo, porque no había encontrado más que voces de patriotismo. Todo

era abnegación, desinterés, y la dificultad única que yo tenía entre aquel mar de abnegaciones era encontrar uno que fuese menos abnegado que los demás *(Grandes aplausos y risas)*.

Llegó la tarde, y al que me parecía de más altura le dije que se encargase del poder, que le daba plena libertad para elegir ministros. Me preguntó si el Gabinete había de ser de concentración u homogéneo. — «Como usted quiera, le contesté; la cuestión es que haga usted un Gobierno que sea órgano de ese patriotismo de que han hecho ustedes tan nobles alardes.»

A las dos horas llegó el que yo creía que iba a ser futuro presidente, muy apesadumbrado, y me dijo que no había tropezado más que con dificultades, egoísmos, rencillas y discordias, y que declinaba el encargo de formar Ministerio.

Al punto llamé a otro jefe de grupo, quien me dijo que no era extraño lo sucedido al anterior, porque era un hombre que valía mucho, indudablemente, pero que le faltaba el sentido de la realidad.

— «Bueno, le repliqué; pues usted, que debe tenerlo, se va a encargar ahora del mando»; y

pensé: «éste de seguro que forma Gabinete». No había pasado una hora cuando vino diciéndome que declinaba también el encargo.

— «Pero, hombre, ¿cómo es posible, le dije, que usted, que tiene tanto sentido de la realidad, no haya podido formar Gabinete?» Y él me contestó: — «No he podido formarle, porque sólo he tropezado con rencillas, con discordias, con divisiones, con egoísmos, porque cada cartera la deseaban tres o cuatro».

— «Pero, hombre, y aquel desinterés, aquel patriotismo, aquella abnegación, ¿dónde están? En fin, puesto que su decisión es irrevocable, encargaré a un tercero».

Así lo hice, y éste me dijo: — «No es extraño que el anterior no haya podido formar Gobierno, porque le falta el sentido de la medida». — «Pues a ver si usted, con ese sentido de la medida, sabe ajustar las cosas de manera que mañana por la mañana tengamos Gobierno».

Llegó la mañana, y se repitió la misma escena: tampoco habían podido formar Gobierno. Se lo habían estorbado los dos anteriores.

Llamé a un cuarto jefe, y me dijo que al últi-

mo le faltaba el sentido de la distancia, y que por eso no había cumplido el encargo.

— «Pues vamos a ver si usted, que debe tener el sentido de la realidad, de la medida y de la distancia, lo forma». Tampoco; fracasó al cuarto de hora. Y entonces pregunté a los que estaban allí y que ya no podían formar Gabinete: — «Y a éste, ¿qué le falta?» Y me dijeron: — «El sexto sentido, que es el de hacerse cargo». De manera que yo no tenía un ministro que tuviese los sentidos completos *(Risas)*.

En esta situación recordé que una Comisión de agricultores y otra de señoras, desde que habían empezado las crisis, me habían requerido para que les oyese, concediéndoles una audiencia. Aunque no fuese más que para descansar, acordé que continuase el Gobierno anterior por unos momentos para reflexionar sobre el bien de la República y ver cómo podía constituir otro nuevo Gobierno. Entró la Comisión de agricultores, y encontré en ella lo que no podía yo esperar ni soñar: ya ellos no me hablaban de intereses mezquinos; me dijeron que, aun cuando todos los factores del trabajo industrial

hiciesen el reparto equitativo del producto y tuviese el interés debido el capital, y el provecho el empresario, y el salario el obrero, y la renta el propietario, el problema no sería resuelto, y era el que entonces estaba agitando mucho las calles. «¿Por qué?», les pregunté. Y me señalaron la relación que existía entre la industria propiamente dicha y la agricultura, y me hablaron de cómo había que fomentar e intensificar la producción de las substancias, de cómo había que procurar que la emigración de la aldea a la ciudad no despoblase los campos, ni se acumulasen tantos obreros en las ciudades, para que no aumentase por un lado el precio de las subsistencias, con el descenso del jornal agrícola, y aumentase, por otro, el salario con el acrecentamiento de la población urbana; me hablaron de que se limitaran las exportaciones y de que se persiguiera a los acaparadores; hicieron más: me dijeron que era necesario reducir los intermediarios, porque compraban barato y vendían caro, formando Cooperativas de venta para que los mismos productores llevasen sus productos al consumidor en las ciudades; me hablaron de todo eso y de otras cosas

que se referían a la grandeza de la Patria. Entonces les dije : — «Hablan ustedes admirablemente ; sienten ustedes muy bien ese interés que yo experimento, y ahora quisiera preguntarles un poco acerca de política». Vacilaron, no se atrevían a contestar. Para animarles les dije : — «¿Es que no se atreven a hablar de esos partidos, sin duda porque suponen que yo sé mucho más allá que ustedes?». Entonces se animaron algo y me dijeron : — «Señor, si se quiere que haya un Parlamento de verdad, que nos llamen a nosotros y a las demás clases, y ya veréis cómo, estando allí representadas, se resuelven las crisis, las crisis sociales, y pasan a segundo término las políticas. No se darán entonces las luchas de una clase queriéndose imponer a las demás, de unas normas de trabajo, creyendo que las demás categorías de trabajo no existen o no tienen vínculos con ella». Yo entonces contesté :—«Tenéis razón, pienso como vosotros ; pero ¿cómo lo haremos?» Y uno de ellos me dijo : «Ah, señor! Para ello es necesario que las mujeres que esperan ahí, en representación de su clase, tengan el voto». — «Me inclino a ello ; no encuentro dificultad ninguna, pues, por mal que

lo hagan, seguramente que no lo harán peor que los hombres *(Risas)*. Que pase la Comisión de señoras». Y la Comisión de señoras me habló en términos patrióticos y elevados, y reclamó su voto. Pero una de ellas, la más avisada, me dijo : — «Al reconocernos a nosotras el voto, hay que reconocerle a las clases, porque nosotras somos una clase que está señalada por la Naturaleza ; y cuando nosotras entremos en el Parlamento, debe entrar la representación por clases».

La lección fué aprovechada. Cuando, al día siguiente, reuní a todos los jefes de partido y de grupo y les dije : — «Estoy decidido, puesto que han fracasado ustedes como partidos y como grupos, a hacer una renovación en el régimen con la representación por clases», todos me dijeron, con ceño sombrío, que eso era un ataque a la Constitución. — «¡ Un ataque a la Constitución ! Desde que existe la están atacando ustedes ; ahora es cuando va a funcionar y a regir en algo de lo regular que tiene. ¿No dice la Constitución, como otras análogas, que el jefe del Estado nombra «libremente sus ministros» ? ¡Pues siempre me los han impuesto ustedes ! ¿Es que, para nom-

brarlos libremente, necesito nombrarlos dentro de un Parlamento que puedo previamente disolver o en los grupos parlamentarios que se han disuelto a sí mismos? No. Voy a hacerlo con los elementos de fuera y voy a hacer un Gobierno con señoras y hombres que sea la representación entera de la sociedad». Y así lo hice; y fué tal el golpe de Estado, que pude descansar en una fiesta cinegética; y cuando, al día siguiente, pregunté cómo estaba el tiempo, me dijeron que había subido la temperatura y que el día era excelente. Y su luz me despertó, y al encontrarme ya, como siempre, ciudadano, despojado de jefaturas del Estado, quise traeros aquí este recuerdo, por si algo valía la alucinación y el sueño en que yo pensaba transformar en bien de una Patria lejana, que no era la mía, pero que se parecía mucho a ella.

(Del discurso pronunciado en el Teatro Real, el día 25 de mayo de 1920).

VI

RÉGIMEN DE TRANSICIÓN: LA DICTADURA. — EN TODAS PARTES IMPERA SIN ESE NOMBRE. — LO QUE DEBE SER.

Sobre el régimen descentralizador, sobre el régimen representativo, hay que edificar el alcázar nuevo, en el cual amplia y libremente puedan vivir todas las regiones de España. Pero me diréis: ¿Cómo se realiza eso? ¿Cómo se pasa de un régimen a otro? Pues bien, yo voy a decirlo claramente.

Cuando un régimen cae y otro se levanta, llega un momento en que no existe ninguno de los dos edificios, porque se ha derrumbado uno, y el otro no ha sido aún reconstruído, y porque se ha de edificar en el solar antiguo que ocupaba el anterior.

Y si no existe el que se derriba y no existe todavía el que se ha de levantar, ¿dónde habrá que vivir? En la tienda de campaña de la dictadura.

Hay muchos que se asustan de la palabra «dictadura», y siempre salen a su encuentro invocando la libertad. La libertad, señores, es un medio, y los medios no resuelven los problemas; los resuelven los fines, que son sus amos. Según se emplee la libertad, iremos hacia la servidumbre o iremos hacia el honor o hacia el deber *(Muy bien)*.

Pues yo digo que en la hora presente la dictadura es el régimen del mundo.

Hace poco, la sociedad contemporánea ha presenciado la más gigantesca dictadura que han conocido los hombres. Ni en el Imperio asirio, ni en el faraónico, ni en la dictadura de Pericles en Grecia, ni en la de Roma, ni durante el Imperio, ha habido dictadura igual a la que hemos visto cuando se redactó y firmó el Tratado de Versalles. Primero diez hombres, después cuatro, y por último tres tan sólo, hicieron un Tratado que dividió al mundo. Con arreglo a él se levantaron fronteras, se modificaron y se cuartearon naciones, se mataron y resucitaron Estados, se cambió el mapa como no se había cambiado nunca en el mundo, y todo ello se hacía a espaldas de

los pueblos y de los Parlamentos, en el silencio del gabinete y sin que la Prensa más osada e informadora pudiera saber el parecer de aquellos triunviros hasta que ellos se dignaban comunicarlo al mundo. ¿Habéis conocido cosa semejante a esta dictadura? ¿Y qué son desde entonces todos los Gobiernos más que dictaduras, dictaduras anónimas, dictaduras hipócritas, pero dictaduras al fin?

En España, las garantías constitucionales parece que no existen más que para ser suspendidas *(Risas)*. Y observadlo bien : un Gabinete que prepara y amaña, como sabéis todos vosotros que ha preparado y amañado unas elecciones, si no logra tener mayoría, ni siquiera mayoría pactada, ¿qué es más que una dictadura gigantesca? El Gobierno no puede vivir así. Ahora, ahora mismo, entre nosotros, para poder pasar, para poder caminar, aunque sea perezosa y desmayadamente, ¿qué es lo que se tiene que hacer? Tiénese que pactar con las oposiciones y aplicar la «guillotina», que es la dictadura de las lenguas parlamentarias *(Grandes aplausos. Risas)*.

La dictadura existe en todas partes. Los gabi-

netes de concentración, ¿son otra cosa más que dictaduras contrahechas para responder a los problemas cada día más complejos, cada día más hondos, a las divisiones cada día más profundas, de una sociedad anarquizada?

Por eso creo que la manera de realizar el tránsito, que cada día se impone más, de un régimen a otro, es el de la dictadura; y tratándose de dictaduras, yo he de declarar francamente que prefiero la dictadura del sable a la dictadura de la toga; prefiero siempre el general al abogado. ¡Dios nos libre de la dictadura de un abogado! *(Grandes aplausos y risas)*.

Los abogados, que sirven para tiempos normales y que tienen además el don de hacer complejas las cuestiones más sencillas, suelen llenar los abismos con tomos de Alcubilla, y así no se salvan esos cráteres sociales, que son problemas en que puede sucumbir una sociedad entera *(Risas)*.

Se necesita la resolución rápida, enérgica; se necesita que la fuerza se concrete por un momento, siempre al servicio del derecho. Y al decir dictadura, no digo arbitrariedad, sino que digo

voluntad, capacidad y energía empleadas en la resolución de los problemas sociales y otros que puedan afectar a la vida del pueblo. Quiero decir que, en un momento de fatiga social, cuando el desorden se va extendiendo por todas partes, haciendo temblar el edificio entero, para que la anarquía no destroce a la sociedad, es necesario que la sociedad destroce a la anarquía. Y para eso es necesario que la autoridad, una, intangible y enérgica, obrando rápidamente, conteste a esa dictadura anónima y sangrienta con otra dictadura de orden que pueda imponerse y pueda restablecer la normalidad social, y sólo después de restablecida podrá la sociedad marchar por los cauces naturales que por un momento se han suspendido, no en beneficio de la arbitrariedad, sino en beneficio del derecho y del interés público *(Aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro Goya de Barcelona, el día 5 de junio de 1921).

TRADICIÓN

TRADICIÓN

I

LA TRADICIÓN ARTÍSTICA. — CÓMO LA IGLESIA PENETRÓ CON SU ESPÍRITU LA LITERATURA, LA ESCULTURA Y LA PINTURA.

Todas las literaturas peninsulares nacen cantando himnos ante el altar de la Virgen, con el *Desconhort* de Raimundo Lulio en Cataluña, las *Cantigas* de Alfonso el Sabio en Galicia, la *Vida de Santa María Egipciaca* y los romances anónimos en Castilla.

Todos nuestros grandes poetas, que no hay necesidad de citar, responden de tal manera al sentimiento católico, que desde el liviano Arcipreste de Hita, que también pone flores ante la Imagen de toda pureza, hasta las *Mujeres del Evangelio,* de Larmig, y los *Idilios Místicos,* de Verdaguer, apenas hay un poeta español, aun

los escépticos y los impíos, que en algún momento no haya dejado como un exvoto y templado por la inspiración religiosa su lira sobre el altar de la Virgen sin mancilla *(Aplausos)*.

Nosotros creamos el teatro popular y teológico de los *Autos Sacramentales*, y el teatro caballeresco en que el honor, aunque exagerado, era al fin, como el caballero que lo albergaba, una creación de la Iglesia que ignoró el mundo antiguo, y que va ignorando el moderno en la misma proporción en que se aparta de la Iglesia.

Con la antorcha de su fe ha iluminado España todas las regiones del arte, representando la Religión al reproducirse a sí misma. Y en todas las formas artísticas, en las plásticas y literarias, brillan aquellos dos caracteres que sin la influencia religiosa no estarían siempre asociados, cuando las tendencias de otros pueblos tan frecuentemente los disgregan: el realismo, fuerte, de trazos vigorosos, que huye de personificar tipos abstractos; y el idealismo, que suaviza su rigidez con una luz que penetra las almas y se transparenta en las figuras. Puede decirse que los místicos dan forma real a sus éxtasis y transportes va-

ciando los más altos conceptos en una prosa que los hace visibles y palpables, y que hasta de los cuadros naturalistas de la novela picaresca, templando su exageración o su crudeza, sale, servido de la sátira, un ideal que está en el alma del autor y de sus obras. Y esos caracteres tan misteriosamente enlazados se manifiestan, con inusitado esplendor, en la escultura y en la pintura, que revelan el alma de España, con todo el ardor de una fe que es la clave de esa armonía.

La escultura, con ser una manifestación de nuestro genio inferior a la pintura, lo manifiesta visiblemente en sus imágenes, por lo general talladas y polícromas, de un realismo pudoroso, que oculta el desnudo con la riqueza exuberante de los ropajes y pone en los rostros destellos de vida sobrenatural. Al desarrollarse desde los comienzos de la Edad Moderna, a pesar de tantas escuelas y transformaciones, lleva siempre impreso el sello de la inspiración religiosa. Damián Forment, que une el ocaso del gótico que termina, con la alborada del Renacimiento que empieza, en sus magníficos retablos zaragozanos, como Bartolomé Ordóñez en sus sepulcros de Reyes y

Cardenales, preparan la escuela de Alfonso Berruguete, que trae de Italia la influencia florentina y la inspiración de Miguel Angel, pero fundida y moldeada en el carácter español, como lo revela el retablo vallisoletano de San Benito el Real. Y cuando el Renacimiento llega a su segunda fase con Gaspar Becerra y Andrés de Nájera para producir la escultura propiamente clásica y realista, lo mismo en las obras de los españoles, como Jordán y Gregorio Hernández, y en las prodigiosas custodias de Juan de Arfe, que en los artistas italianos atraídos por nuestros reyes dominadores de su patria, la tradición continúa, y el Renacimiento español, aceptando la forma clásica y cristalizando y agrandando la idea, se revela en los Leoni y en el admirable Cristo yacente de Juan de Juni; y el Cristo prodigioso de Martínez Montañés marca el triunfo de la escuela profundamente realista y religiosa, que se prolonga por Alfonso Cano, Mora, Pedro de Mena y los Roldán, hasta Frascisco Salcillo, que, en un siglo como el XVIII, de completa decadencia artística, aislado por su fe ardiente y el amor a la pródiga naturaleza de su tierra, realista y místico a un

tiempo, como la raza española, la lleva a la cumbre de la inspiración en el *Beso de Judas*, que pone frente a frente la traición cobarde y la majestad divina, y en la *Oración en el Huerto*, que pone en el rostro exangüe del Redentor todos los dolores humanos y en el del ángel la luz de lo sobrenatural y de las supremas esperanzas *(Aplausos)*.

Nosotros tenemos una pintura que es un reflejo vivo del alma nacional; en ella se expresa de una manera aún más gráfica que en la escultura el sentimiento religioso que ha animado nuestro pueblo, y que refleja desde sus albores en las miniaturas de los códices, en los cuadros murales, en las vidrieras de colores, en las tablas y en los trípticos del siglo XV; y cuando llega — con el retablo de Zamora, de Fernando Gallegos, y el de San Miguel y la Piedad, de Bartolomé Bermejo, recientemente sacado a luz — a lanzar las últimas llamaradas del amor cristiano de la Edad Media, el sentimiento religioso que la inspira no se apaga, sino que se acrecienta, en el siglo XVI, en las imágenes idealistas de Luis Morales el divino, en las austeras de los Evangelistas de Francisco Ri-

balta, en las celestes de San Antonio, San Francisco, Santa Isabel, y en las prodigiosas Concepciones de Murillo, bañadas en una luz que no había sorprendido ningún pincel, porque parece increada; que se revela en los penitentes y en los mártires ensangrentados de Ribera, en el éxtasis y la iluminación interior de los religiosos y los monjes de Zurbarán, y en los gusanos de la corrupción cebándose en las vanidades humanas, en el cuadro fúnebre de Valdés Leal.

Y todavía centelleará más el sentimiento religioso en el pincel de aquel griego nacido corporalmente en Creta y espiritualmente en España, que le absorbió en su ser y le infundió su vida hasta el punto de permitirle que se asomase al alma de nuestros místicos, para que trasladase al lienzo algo de aquel mundo interior, en aquellas figuras de una prodigiosa realidad, pero idealizada y perdida en un fondo extraño, porque el artista, por una supuesta locura, que quizá fuese la locura de la Cruz, no encontraba colores para reflejar lo sobrenatural que penetra sus figuras y que parece adivinarse detrás de las sombras que las cercan *(Estrepitosos aplausos)*.

Y el genio del realismo, el pintor soberano, el que robó a la naturaleza exterior e interior el secreto de sus relaciones y transportó al lienzo el aire de los campos y la vida humana, llevando a ellos, no las imágenes de las personas, sino las personas mismas, es el que, sintiendo el contacto de su alma con el alma de su pueblo, por una adivinación, trasmontando los siglos, puso por encima de los bufones, de los borrachos, de los magnates, de las princesas y de los reyes de sus cuadros, donde quizá ensayaba el color y el esfuerzo, el Cristo portentoso que parece una instantánea recogida por el genio y el amor arrodillados en la cumbre del Calvario, no cuando el Redentor agoniza, porque la piedad se turba y el pincel vacila, sino cuando ha pronunciado la última palabra, y ha temblado la tierra, y se ha roto el velo del templo y de la Historia, y ha inclinado la divina cabeza para que la sangre, que corre, como el dolor santificado, por las espinas de su corona, caiga mejor sobre los labios de los hombres sedientos de esperanza y de perdón *(Delirante y prolongada ovación)*.

II

La influencia religiosa en la arquitectura. — Cómo la prueban los monumentos y las ruinas.

Hasta las piedras reflejan el sentimiento católico. ¡Sí, la Iglesia las ha espiritualizado! En la misma arquitectura, la más material de las Bellas Artes, veréis ese espíritu brillar en los primitivos templos románicos, que todavía no han podido levantar la bóveda circular sobre sus muros, que tienen pobres techumbres y aquella ornamentación lineal y rígida como las espadas de los guerrilleros de la Reconquista, pero que irán multiplicando y enriqueciendo la arquivolta ajedrezada sobre las columnas que se agrupan en sus portadas, embelleciéndolas con tímpanos, hasta convertirlas en arcos triunfales del Arte, como el *Pórtico de la Gloria*, que parece levantado por la fe para recibir el arte ojival, que llega con las magníficas catedrales, que son como la materia

idealizada y arrodillada ante la Cruz tendida en el pavimento de sus naves y cubierta por la mística rosa que ha dejado en las nervaduras de las bóvedas la señal de sus hojas; inmensas custodias de granito que hacen dudar al ánimo absorto si las atraviesa el sol para concentrar en ellas todos sus rayos y besar humillado el altar del que es el foco de la eterna luz, o si es el foco mismo del amor el que irradia luces para inflamar el mundo al través de las vidrieras de colores, rojas como su sangre y verdes como la esperanza *(Entusiastas aplausos)*.

En el momento en que os hablo y evoco los viejos templos, las grandes basílicas y las soberbias catedrales, me asaltan recuerdos de mis largas peregrinaciones artísticas por el suelo peninsular, y van pasando ante mi fantasía, desde los Jerónimos de Belén, allá en la desembocadura del Tajo, y el Claustro del Silencio de Coimbra, cerca del Mondego, las ruinas de Poblet y de Santas Creus en Cataluña, San Salvador de Leire en Navarra, y Sobrado de los Monjes en Galicia, y tantos Santuarios históricos abandonados, quebrantados o deshechos; y me atrevo a decir que si

esas catedrales, que parecen todavía organismos vivientes, proclaman la fe, también la proclaman con una protesta augusta y silenciosa esos gigantes rendidos, más que por la pesadumbre de los siglos, por las injurias de los hombres.

Yo he visto surgir esa protesta de fe del festón de yedra que contempla la ojiva rota por la barbarie desamortizadora; de los quebrantados artesones de la sala abacial, que partió el hacha revolucionaria y que une piadosamente la golondrina con el barro de su nido; del capitel que parecía plegado por una brisa celeste sobre el haz de columnas abrazadas, convertido en brocal de pozo, sin duda para que se viese mejor que, al arrancar el pilar del templo, queda en su sitio el abismo... *(Muy bien)*; he oído salir esa protesta de los sepulcros de los paladines de Cristo y de la Patria tendidos sobre las losas funerarias con el casco descansando en la almohada de granito, el lebrel al pie y la cruz de la espada oprimida en las manos yertas, picados y mutilados para servir de muro y pavimento en el molino del cacique... *(Aplausos)*; he oído brotar esa protesta de los medallones del claustro renaciente, por donde

asoman sus rostros guerreros y prelados, negros todavía con el humo de la biblioteca incendiada; del arrullo de las palomas que anidan en la hornacina abandonada del viejo retablo, turbando el silencio en que reposa el órgano deshecho, y del aleteo de las aves que cruzan las naves tristes y desiertas; y me pareció que esas protestas se condensaban en una cuando observé en una grieta la cabeza del buho con sus ojos inmóviles, como si mirase con asombro a otros más obscuros que los suyos, en donde no había podido penetrar ni la luz de la fe ni la luz del arte *(Estrepitosos aplausos)*.

Pues España, en su filosofía, en su teología, en las manifestaciones enteras de su arte, en su constitución social, en su constitución nacional, en su constitución política, en todas las altas esferas de su historia, está informada por la fe católica; no se puede conocer a España, ni, por lo tanto, se la puede amar, si se desconoce la Religión católica.

Y ved ahora las conclusiones que he ido buscando al recorrer rápidamente los principales cauces por donde discurre la historia de España.

Las conclusiones, escalonadas y partiendo de una verdad elemental, son éstas: no puede ser culto un pueblo que empiece por ignorarse a sí mismo. Se ignorará, si no conoce su historia, sin conocer sus grandes empresas, los hechos culminantes que ha realizado y las principales manifestaciones de su genio en la ciencia, en la literatura, en el arte, en la política. No puede saber esas cosas, si se ignoran las creencias y los sentimientos del pueblo que las produjo y que en ellas se revela. Y, tratándose de España, es imposible conocer ni sus creencias, ni sus sentimientos, ni sus tradiciones, sin conocer a la Iglesia católica como dogma, como moral, como culto y como institución y los hechos capitales de su historia.

Luego es evidente que quien no estudie la religión católica no puede conocer a España, ni el ideal de su vida ni el motor de sus empresas; y el que desconoce a España no puede amarla, y el que no la ama no cumple ni sus deberes para con la Nación, ni sus deberes con la Patria *(Aplausos)*.

Luego es una exigencia natural de la cultura, que impone el haber nacido en España y la obligación de amar a la Patria y de servir a la Nación, la de conocerla; y como no se la puede conocer sin conocer su principio y su idea directriz, es necesario conocer la enseñanza católica, y, por consiguiente, esa enseñanza, en nombre de la cultura y de la Patria, debe ser obligatoria *(Aplausos)*. Debe ser obligatoria en las escuelas, en los Institutos, en las Universidades; nadie tiene el derecho de ignorar a su Nación y de ignorar a su Patria; y el Poder y el Estado que lo decretan, no hacen una obra de cultura, hacen una obra de estulta barbarie *(Grandes y estrepitosos aplausos)*.

(De la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo de 1913).

III

La instabilidad de las monarquías modernas. — Una ley histórica.—Relaciones entre la corrupción social y la barbarie que la castiga.

Por eso, con cierta autoridad, aunque no pretendo ser un *zaragozano internacional (Risas)*,

voy a deciros que yo estaba en Austria y me paseaba por Viena pocos años antes de que estallara la tormenta europea, y — aún hay testigos que lo recuerdan — cuando veía pasar al Emperador Francisco José, seguido no de lucida escolta, sino por el entusiasmo de la muchedumbre; cuando veía sus retratos en todos los cafés y restaurantes; cuando contemplaba aquel cortejo de brillantes Archiduques y aquel Ejército admirable, y aquella Monarquía imperial que, a pesar de ser tan heterogénea, reunía en sí todos los esplendores del pasado y parecía recordar toda la grandeza de los Habsburgos, yo preguntaba a un amigo mío, que se sorprendía de mi pregunta: ¿Cuánto durará esto? Se creía que aquello iba a ser poco menos que inmutable. No llegué a Berlín; pero paseé por las orillas del Rhin, y también decía: Esta Monarquía tan fuerte, tan gigantesca; este poder que asombra al mundo, este ejército que hace temblar la Tierra con su poder, ¿durará mucho? Miraba más allá, y veía como si quisiese contemplar el Imperio inmenso de los Zares que ocupaba la sexta parte del planeta, y también preguntaba: ¿Será eso perpe-

tuo? ¿Durará mucho? Porque miraba las cosas desde las alturas católicas, y veía la corrupción y la impiedad creciente de la sociedad, y veía cómo los principios llegaban ya a las extremas consecuencias, cómo todos los arroyos doctrinarios se convertían en ríos de revolución que habían de ir a parar a un mar de sangre, al océano rojo, arrastrando altares y tronos y sacudiendo hasta los cimientos de los pueblos.

Y cuando estallaba la guerra y el mundo iba a presenciar la hecatombe más extraordinaria que vieron los siglos, formulaba la pregunta con nueva insistencia: ¿Cuánto durará esto? ¿Qué quedará de todo esto? Y ya lo habéis visto: en año y medio los tres Imperios más poderosos de la Tierra se derrumbaron y sucumbieron.

¿Cayeron por el choque de los ejércitos? No: algunos tenían ya la victoria vinculada en sus armas, y aun con el advenimiento de un nuevo pueblo a la contienda y el abandono de algunos aliados hubieran triunfado. Entonces, ¿por qué cayeron? Hay una ley histórica que impera en todos los pueblos, aunque parezca paradójica: que ningún pueblo cae por el choque con otro

pueblo si tiene fuerza interna, si permanece sano, si no se ha corrompido, y, aunque caiga un momento, se levanta pronto; y si parece que muere, resucita; y si todavía el adversario es tan fuerte que le vence y le rinde y le avasalla, con tal de que se haya conservado puro y noble, a la larga triunfa, porque su espíritu se filtra hasta por la coraza del vencedor, y el pueblo vencido llega a predominar e impone su civilización al vencedor.

En la antigüedad todos los pueblos caían derribados por una fuerza que venía de fuera y que era la sanción de sus corrupciones. Los restos de los imperios asirios sucumbieron cuando Persia, con Ciro, más viril, más enérgica y más pura, los domeñó. Atenas, artista y sensual, cayó vencida por la bárbara Esparta, y ésta fué dominada por Beocia, que era más bárbara, y Beocia por Macedonia, menos culta; y todos sucumbieron cuando Roma, más fuerte y menos viciada, levantó sobre ellos su espada y los hizo caer de rodillas; y cuando se corrompió Roma, los bárbaros vinieron de fuera y pasaron los Alpes y la atravesaron el pecho con su lanza, y sucumbió; y cuando el Imperio Bizantino se convirtió en un conjunto de

sofistas y meretrices y césares, la espada de un bárbaro partió las puertas de Constantinopla y dispersó los sofistas, mató a los césares con otro cesarismo mayor; y cuando a su vez se corrompió el Imperio gótico, otros bárbaros partieron su corona y la arrollaron; pero en las sociedades modernas, en las sociedades cristianas, el peligro suele no venir de fuera; los bárbaros salen de dentro; se forman como los gusanos en la carne corrompida, y con bárbaros interiores sucumben los pueblos. Y uno de los síntomas de que la barbarie llega ¿sabéis cuál es? Vivir envueltos en el vaho que produce y no creer en ella. Cuando no se cree en el peligro, cuando están los ánimos en reposo, tranquilos, sosegados, creyendo que no va a pasar nada, entonces es cuando lentamente, a veces subterráneamente, se está formando la tormenta, que estalla unas veces en la atmósfera, otras en un terremoto que hace temblar la tierra, o en un volcán que arroja la lava de la revolución *(Aplausos)*.

Así se han podido contemplar antes del Terror los cuadros pastorales, los idilios rústicos a que se entregaban las clases elevadas, revelados en las

modas, el aprisco suizo, el sombrero de paja y hasta las espigas virgilianas que llevaba en la memoria el mismo Robespierre, cantando madrigales y epitalamios a las princesas. Entonces nadie creía, en medio de las diversiones de Versalles y del Trianón, en medio de las cacerías bulliciosas, que iba a llegar la sangre del Terror; como nadie creía que el palacio del Emperador Francisco José se iba a trocar en fonda, y en cinematógrafo y almacenes los palacios de los Archiduques de Austria, y que iban a andar los reyes peregrinando por el destierro, o terminar, uno descuartizado en Oriente, otro moribundo en una colonia portuguesa, y otro, solitario, pensativo, cruzando el jardín de un castillo extranjero, su isla de santa Elena, recordando al gran Corso con su grandeza caída.

Todo eso pasa delante de nuestros ojos; y a esa sociedad que no lo cree, yo voy a darle una mala noticia: voy a decirle que, si no quiere campañas sociales para levantar diques en la hora en que todavía estamos a tiempo, tendrá que aguantar campañas antisociales, y entonces será tarde para levantar esos diques *(Ovación)*.

Recordaba monseñor De Andrea nuestras grandezas, y las cantaba con la exaltación patriótica de quien es hijo de nuestra propia estirpe y de nuestra raza. Daba a nuestra lengua acentos de suprema elocuencia. El pertenece a nuestra raza; porque España es la única potencia americana de Europa, no sólo por su posición geográfica mirando a América, sino por tener la mayor parte de su raza distribuída en los veinte Estados americanos. Tenemos la unidad de raza, no sólo originaria, étnica, sino histórica, por haber sido moldeados en la misma tradición, y, por consiguiente, la unidad de glorias y grandezas.

Cuando él nos recordaba aquel contraste que nos enterneció, que nos conmovió; cuando con palabras elocuentísimas llegaba al fondo del corazón, no sólo como un triunfo de la elocuencia, sino como un triunfo del amor apostólico y de la ternura evangélica; cuando nos pintaba el cuadro que ofrecía el sacerdote que, fiel al *docete omnes gentes*, no aguardaba que a los templos perfumados por el incienso y las flores llegasen los pobres, los humildes, los menesterosos, sino que iba a los tugurios infectos del vicio, a la atmósfera del

tabaco y del alcohol, a buscarlos, y allí les dirigía la palabra para atraerlos a Cristo; yo le miraba atento y pensaba: es un representante genuino de nuestra raza, que continúa allí la predicación evangélica que llevaron a cabo los misioneros más heroicos que ha conocido el mundo.

Entonces la historia de nuestros misioneros en América, más grande todavía que la de los conquistadores, pasaba rápidamente por mi memoria, y los evocaba, viendo en monseñor De Andrea un continuador de los esfuerzos de los que se repartieron las regiones americanas, como los Apóstoles el mundo, para extender sobre ellas la fe y la civilización. Recordaba a aquel Padre Buill, que fué monje de Montserrat, compañero de Colón; a aquel mercedario P. Olmedo, que acompañó a Hernán Cortés; a franciscanos como Juan de Zumárraga y como Toral, que, con el dominico Alburquerque, evangelizaron a Méjico y a Yucatán; a Fray Juan Ramírez, el Apóstol de Guatemala; a San Luis Beltrán, que llegaba a partir el pan haciéndole brotar sangre para conmover a los conquistadores, a fin de que se apiadaran de los indios, y que fué el Apóstol de Nueva

Granada; a Fray Jerónimo de Loaysa, el evangelizador de nueva Cartagena; a San Francisco Solano y al P. Valverde, los Apóstoles del Perú; a los jesuítas Valdivia y Aranda, los evangelizadores de Chile; a los PP. Núñez y Lobriga con el prodigioso P. Ancheta, que había transformado a tribus de antropófagos en hombres civilizados, evangelizando el Brasil; y a otros jesuítas que, juntamente con el P. Montoya, habían evangelizado el Uruguay, donde realizaron el milagro de sacar de la cantera de la barbarie una sociedad que vivió algún tiempo sin pecado mortal merced a las admirables reducciones. Y yo recordaba que, cuando habíamos cubierto, en tan pocos años, de Universidades, de templos y de colegios a toda América, y los indios, asustados por el estruendo de los combates y sufriendo a veces los golpes de la espada de los intrépidos guerreros demasiado pesada, como la de todos los conquistadores, huían a las alturas, marchaban hacia la cumbre de los Andes; allá en la cima misma, entre las nieves y las nubes, sobre las torrenteras y los abismos donde pone su nido el cóndor, les esperaban los brazos abiertos de Fray Francisco de

la Cruz, aquel prodigioso dominico, que había levantado allí refugio a los fugitivos y pabellones a la Fe y a la Patria *(Estrepitosos aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Zarzuela, el día 1.º de abril de 1922).

IV

La lealtad tradicionalista y la estatua del honor.

Aunque había pedido la palabra hace dos días, no he podido usar de ella para rectificar un concepto, una frase que no había agradado ciertamente nada a los que nos sentamos en este sitio, y que salió de labios del señor Presidente del Consejo de Ministros en el momento en que terminaba la sesión de anteayer. Pero no creáis que, comprendiendo yo lo caldeado de esta atmósfera, venga a lanzar nuevos combustibles para aumentar el incendio, a fin de tener nosotros, los que somos enemigos del régimen parlamentario, el placer, que sería después de todo un placer siniestro, de ver, al resplandor de esas llamas, cómo

cruje la techumbre y cómo se cuartean los muros de un edificio que, por las tormentas que ha sufrido, no me parece que tiene aquella consistencia que da la Historia a las instituciones que, una vez arraigadas en el espíritu de un pueblo, quedan consolidadas y atraviesan sin detrimento la corriente de los siglos. Por eso no quiero yo añadir nuevos combustibles a la hoguera, y no me levanto sólo, y lo digo ingenuamente, a defendernos del ataque que nos ha dirigido el señor Presidente del Consejo de Ministros, sino, creedlo, para defender también a la mayoría, que ha sido gravemente ofendida al dirigirse el señor Presidente del Consejo de Ministros a los carlistas. Porque el señor Sagasta decía de nosotros que habíamos hecho retroceder a España, que, con relación a todas las demás naciones de Europa, había retrocedido medio siglo, gracias a la comunión tradicionalista. Por consiguiente, señores diputados, si España está más atrasada que todas las naciones de Europa y ha retrocedido medio siglo, vosotros, mayoría del Parlamento, representación legítima, según creéis, de la mayoría del país, según el señor Presidente del Consejo, sois la mayoría más

atrasada de todos los Parlamentos de Europa *(Risas y rumores)*.

Lo decía el señor Presidente del Consejo de Ministros; y el encadenamiento es tan lógico, que no podéis menos de reconocer que, si España está atrasada medio siglo, es claro que vosotros, que representáis legítimamente, según creéis, la mayoría de España, tenéis que participar de ese atraso en que está la mayoría del pueblo. Pues bien: yo defiendo a la mayoría diciendo que el señor Presidente del Consejo de Ministros no tiene razón, sino que, al contrario, esta mayoría está a mayor altura que todas las mayorías de Europa, porque oía de labios de S. S. esas declaraciones y no protestaba, sino que las aplaudía, con lo cual demuestra que es la más modesta de todas las mayorías conocidas *(Risas)*.

Pero el señor Sagasta, que es hombre muy hábil y muy agudo, quería llevarnos a nosotros a un terreno a donde no queremos ir, aunque no sea más que por no oírle a S. S. tocar el himno de Riego. Ahora no queremos dar ese gusto al señor Presidente del Consejo de Ministros, que con una sola frase quería increparnos a los car-

listas y hacer desfilar ante vuestros ojos aquella galería de espectros ensangrentados, en que aparecen indispensablemente el cura de Santa Cruz, Rosas Samaniego, la sima de Iguzquiza... y todos los demás lugares comunes consabidos, con lo cual no faltaría quien dijese en la mayoría: «¡Pero qué erudito es el señor Presidente del Consejo de Ministros!» *(Risas)*. Con esas evocaciones y con un poco de himno de Riego, recordando S. S. sus buenos tiempos milicianos, impetraría la execración de todos los partidos liberales para esta comunión política, llevándonos a un terreno donde, repito, no queremos ir, por no remover las cenizas, por no agitar el rescoldo y por no añadir más combustible a este debate, que está ya sobradamente caldeado.

Pues bien, señores diputados, y lo digo con toda sinceridad, dirigiéndome a todos vosotros, que, por ser españoles, seguramente tenéis en el fondo de vuestra alma aquel culto hidalgo que siempre se ha rendido en esta tierra a la lealtad y a la consecuencia: podréis decir de nosotros todo lo que queráis, podréis decir que los que a esta comunión pertenecemos somos absolutistas,

somos la rémora del progreso, de la civilización y de la cultura, y todas las vulgaridades inventadas para motejarnos; pero hay una cosa que no se atreverá a decir nadie, y es que alguno de nosotros haya faltado a la lealtad y a la consecuencia jamás.

Y cuando aquí se discute todo, cuando aquí se discute la consecuencia de un ministro y la consecuencia de un ministerio, y cuando a propósito de ese punto se habla de la substancialidad y accidentalidad de las formas de Gobierno, no hay, ni seguramente puede haber, nadie tan osado que se atreva a lanzar la nota de inconsecuencia a esta comunión carlista. ¡Ah, señores! Vosotros, los que desde todos los demás partidos entráis en la vida pública, podéis sentir el ardor y los anhelos de la juventud por aquellas ambiciones, cuyos impulsos podéis recibir sin posponer ni agraviar ninguna de vuestras convicciones; vosotros, al entrar en la vida pública, no veis que esas creencias van por un lado, y por otro distinto vuestras aspiraciones de mejoramiento en todo, hasta en posición social; vosotros, cuando aparecéis en la vida pública, podéis oír una voz que os

dice: «¡Diputado, serás director; director, serás subsecretario; subsecretario, serás ministro; ministro, serás presidente del Consejo!» Pero nosotros no podemos oír nunca esa voz; nosotros vemos que nuestro deber va por un lado y nuestras conveniencias personales por otro; nosotros, cuando entramos en la vida pública, no oímos más que una voz que nos dice: «¡Ay de ti si, en un momento de debilidad o cobardía, alargas la mano para recoger cualquier credencial o merced del Poder que el éxito, y no nuestros principios, levanta; porque entonces la palabra traición resonará en tus oídos, nuestra maldición caerá sobre tu conciencia y serás expulsado como réprobo!»

Y cuando nuestra causa adquiere numerosos prosélitos, en esos días sombríos en que la revolución se cierne sobre el horizonte y todo tiembla y vacila, hasta los altares, ¡ah!, entonces, ¿sabéis la recompensa y el galardón que nos espera a los que venimos aquí a combatir? Una voz imperiosa, que resuena en nuestra conciencia, nos dice: «Orador, sella tus labios y cede la palabra a los cañones; escritor, arroja la pluma y empuña la espada; labrador, abandona tu arado y acude

a las trincheras». Y entonces no tenemos que hacer más que pelear con nuevos ardores; y si nuestra bandera llegara a triunfar, sería muy posible que nuestros adversarios de la víspera se nos adelantasen, que ellos recogieran el premio de la victoria y nosotros tuviéramos que retirarnos a nuestros hogares, serenos y satisfechos de haber hecho un culto de la lealtad y el deber.

Por eso podréis decir lo que queráis de nosotros, pero nadie se atreverá a calificarnos de Sancho Panzas; de Quijotes, quizá, y no nos importa, porque somos una especie de caballeros andantes de la generosidad y del honor, que vivimos defendiendo a nuestra Dulcinea, a la señora de nuestros pensamientos, en toda suerte de torneos y de justas, para sacarla ilesa y ponderar siempre su hermosura, sin que nunca el aliciente material, jamás el goce del poder, nada que pueda considerarse como medro personal, sirva de norte a nuestros corazones.

Por eso, señores diputados, vosotros que, como españoles, tenéis que rendir acatamiento a la rectitud y a la consecuencia, debéis reconocer la verdad de aquello que afirma tan admirable y elo-

cuentemente Aparisi, al decir: «Cuando se pasa delante del partido carlista, hay que descubrirse como cuando se pasa delante de la estatua del honor». He dicho *(Murmullos)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 5 de diciembre de 1894).

V

INFLUENCIA DE LA IGLESIA EN LA CONSTITUCIÓN INTERNA. — LA PSICOLOGÍA NACIONAL Y LA TRADICIÓN TEOLÓGICA. — NO HAY HEREJÍAS INDÍGENAS.

Avanzad más y observad en el orden religioso nuestra tradición y la manera como se manifiestan las creencias en la psicología nacional. Aquí no ha habido ni una sola herejía filosófica o teológica que pueda llamarse indígena; todas han venido de fuera, y todas han muerto rápidamente, sin necesidad de que las matase el Poder, como ahogadas en nuestra atmósfera. El carácter español, fecundado por la Iglesia y hasta por condiciones nativas especiales, que ella ha sabido desarrollar

en el espíritu de nuestra raza, no admite creencias opuestas a la creencia católica: todas perecen y se agostan aquí antes de que puedan arraigar.

La teodicea y la cosmología de Prisciliano descienden del pleroma de los gnósticos, de que son una derivación; los antitrinitarios de Córdoba no son más que unos arrianos rezagados, que mueren al golpe de la lógica del abad Speraindeo; el adopcionismo de Félix de Urgel y de Elipando de Toledo no es más que un nestorianismo hipócrita, que pronto sucumbe cuando se conoce el engaño; el antropomorfismo de Hostegesis no es más que un burdo fragmento arriano acompañado de una absoluta ignorancia de los atributos divinos que fermenta en el alma corrompida de un traidor a sus hermanos y que pronto sepulta el abad Sansón; la trinidad absurda de Migecio, de la que forman parte David y San Pablo, desaparece como una ridiculez en la Historia. El falso misticismo de los alumbrados y los quietistas procede de los begardos y de los fraticelos, no de producción indígena, a pesar de la *Guía* de Miguel de Molinos. El protestantismo, atacando la libertad y el sentimiento latinos con la separación de la fe y

las obras, y la predestinación fatal y la negación iconoclasta del arte en el culto, establece una oposición con nuestra manera de ser, que va pronto de la idea al hecho, y no puede arraigar en España, a pesar de los ensayos de Sevilla y de Valladolid. El deísmo, que mutila los atributos de Dios, y el sensualismo fancés del siglo XVIII, que quiere sacar de la sola sensación las ideas, y más tarde el eclecticismo, filosofía de académicos escépticos y de eruditos de salón, que elige los fragmentos de los sistemas más opuestos sin un principio electivo, no pueden arraigar aquí, porque la afirmación secular de las más grandes verdades teológicas no se aviene con la sensación transformada y la falta de criterio de esos sincretismos bastardos que las destruyen. Y cuando el panteísmo germánico trata de introducirse, aunque hipócritamente, con el nombre de panenteísmo, el sentimiento vivo de nuestra libertad, de nuestra personalidad, que siente hasta el místico español aun en el momento en que está de rodillas y en éxtasis, tiene que sucumbir y desaparecer, como sucumbe el positivismo que mutila con su método la razón más completa y sintética

de Europa cuando no la tuercen procedimientos falsos, y ataca el idealismo de nuestra raza; como muere ese agnosticismo e inmanentismo de última hora, kantismo redivivo que no puede arraigar tampoco aquí, porque lo mismo el sol de la fe que el sol de nuestro cielo disipan las nieblas del Norte, que no pueden interrumpir la armonía que resplandece en nuestro pueblo entre el entendimiento y el ser, de los dos con el ejemplar divino, y de lo infinito y lo finito, unidos sin confusión en la persona de Cristo *(Gran ovación)*.

Por eso nosotros podemos afirmar que no hay en nuestro mundo histórico una sola creencia anticristiana o herética, que se haya levantado contra la Iglesia, que tenga raíz indígena y que se haya alimentado con savia popular española.

Y ¿cómo no había de ser de esta manera, si desde el gran Osio, que escribe el Símbolo de Nicea, hasta San Isidoro, que funda la primera Enciclopedia medieval en sus *Etimologías*, y Tajón, verdadero maestro de las sentencias, que precede a Pedro Lombardo; desde Domingo Gundisalvo, apologista y psicólogo que prepara la obra de la escolástica, hasta los grandes doctores

tridentinos del siglo XVI, y los sutiles y profundísimos investigadores de las relaciones entre la voluntad y la gracia, y los apologistas posteriores, nosotros tenemos una estirpe tal de teólogos, que va como un raudal de luz por las cumbres de la inteligencia, y de místicos y ascetas, que atraviesan como un río de amor los corazones, y que transparentan de tal manera su pensar y su sentir en los hechos del pueblo, que demuestran lo que tan gráficamente decía Menéndez y Pelayo: que «España era un pueblo de teólogos armados»?

Y nosotros — que tenemos esa tradición teológica y una tradición filosófica paralela y tan homogénea que los mismos pensadores independientes como Lulio y Sabunde, o los renacientes como Vives, son a un tiempo filósofos y apologistas, que no ceden en fe a los escolásticos — poseemos un arte que responde enteramente a ese principio y a ese sentimiento religioso.

(De la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo de 1913).

INTERNACIONALISMO

INTERNACIONALISMO

LAS DOS ROMAS, SÍNTESIS DE DOS CIVILIZACIONES

I

La Roma del Foro y la de las Catacumbas

Pero, antes de deducir las consecuencias jurídicas de la naturaleza de la Iglesia con relación a la Sociedad y al Estado y descender a la cuestión religiosa tal como está planteada, un recuerdo me asalta; y como la voluntad suele llegar por el amor a donde a veces no alcanza por el raciocinio el entendimiento, quiero evocarlo ante vosotros, aunque no sé si podré reflejar con mis pobres palabras un estado del espíritu que no se borrará jamás de mi memoria. El corazón es un gran filósofo y un gran teólogo a su manera. Hace

algunos años estaba yo en Roma. Había visitado las grandes Basílicas y, queriendo evocar el espíritu de la Roma clásica, recorría sus restos y sus ruinas; había admirado la columna de Trajano y las termas de Caracalla; había contemplado la *Domus aurea* de Nerón y las ruinas imponentes del Palatino; había recorrido la Vía Apia, viendo los sepulcros de Séneca y de Pompeyo y descendido por la galería subterránea a la tumba de los Escipiones; había subido la gran escalinata en cuya cima aparece la soberbia estatua ecuestre de Marco Aurelio, como huyendo del Capitolio, para dejar el puesto al Dios perseguido por su dureza estoica; había evocado a sus cónsules, a sus tribunos, a sus dictadores, a sus gloriosos caudillos, a su Senado de reyes y a la plebe amotinada en el Aventino, y no encontraba un lazo que uniese mi alma con la suya. Y una tarde, procurando reunir todos mis recuerdos clásicos y concentrar como en una síntesis el espíritu de aquella Roma que quería poner en correspondencia con mi alma latina, me dirigí al Foro, pasé al lado de las grandiosas columnas estriadas del Teatro de Claudio aprisionadas en muros mo-

dernos, como gigantes cautivados por enanos; vi los restos todavía erguidos de los templos de *Dii consenti* y de Saturno, como última reliquia de una creencia muerta; la columna Foca, abandonada y solitaria, como un pedestal sin estatua; muda y deshecha la tribuna de las arengas que estremeció la palabra rotunda de Marco Tulio; quebrantado el arco de Septimio Severo, mientras permanece triunfadora la Religión que él persiguió; distinguiéndose apenas en el suelo los cimientos del templo de Julio César, dibujados por escombros; el plano del templo de las vestales, cuyo fuego se extinguió para siempre; creciendo el jaramago entre las losas de la Vía triunfal; y pasé debajo del arco de Tito, cuyos relieves recuerdan el cumplimiento de las Profecías sobre la ciudad deicida; y se levantó ante mis ojos la enorme mole del Coliseo, como la grandiosa taza de un surtidor de sangre humana que se colmó con ella hasta verterla y gastar sus bordes, inundando aquel solar de la Roma pagana que acababa de recorrer y que, al volver los ojos, me pareció un navío que había sido sepultado en un mar de cieno y del cual sólo quedaban como más-

tiles rotos aquellas columnas y aquellos arcos que servían para señalar al viajero cristiano el sitio de la catástrofe *(Grandes aplausos)*.

Al pasar después debajo del arco de Constantino, acudían tristemente a mis labios los versos de aquel hermoso soneto de Quevedo que comienza:

«Busco en Roma a Roma, oh peregrino,
Y en Roma misma, a Roma no la hallas.
Cadáver son las que ostentó murallas,
Y tumba de sí propio el Aventino».

Y entonces, queriendo borrar una impresión dolorosa, recordé que no había visitado aún las Catacumbas, y me dirigí a las de San Calixto, que son las más notables por haber sido sepultura de los primeros Pontífices. Un religioso, de rostro a la vez dulce y austero, esperaba a la entrada de las Catacumbas para acompañar a los viajeros que deseaban conocerlas. Mientras se disponía a recoger una vela para guiarme, el cicerone que me había acompañado me advirtió que el religioso había estado algunos años en Siria, y que

una cicatriz que se notaba en su frente la había conquistado como misionero en Africa; esto me inspiró hacia él viva simpatía, y creo que en algo fué correspondida, cuando, al oír mis palabras, en mal italiano, me preguntó con cierta benévola curiosidad si era español. Porque el ser español todavía significa, por lo menos en el extranjero, ser católico. Comprendiendo la intención de su pregunta: «Sí, le contesté, soy español y católico ferviente, que no viene a visitar como un simple turista estos lugares que perfumaron con su virtud, en los albores de la Iglesia, nuestros hermanos». Sonrió alegremente el religioso, y, como si fuese un antiguo conocido, se apresuró a guiarme por las galerías de las Catacumbas. Empezamos a andar, y pronto desapareció la claridad de fuera, y al poco tiempo ya no distinguía más que el radio a que alcanzaba la luz que el religioso llevaba delante de mí. Iba mostrándome las lápidas rotas, los sepulcros hacinados, las pequeñas capillas, en donde se advierten los primeros esbozos de la pintura cristiana. «¡Cómo sonreirían, exclamé yo, las voces de aquellas almas puras entonando cánticos de esperanza, mientras hollaba

el suelo, bajo el cual alentaban, la planta de los perseguidores y de los tiranos!» — «Es verdad, contestó el religioso, y nosotros, que somos cristianos como ellos también, podemos entonar nuestros cánticos». Y sin esperar a que yo contestase, súbitamente, como si su voz fuera el eco de las que resonaron allí, empezó a entonar con acento vibrante el *Te Deum*. ¡El *Te Deum* en las Catacumbas! No sé entonces lo que pasó por mi alma, lo que he guardado por temor a no saber expresarlo, como se guarda un secreto en el fondo del espíritu. Creí que los sepulcros se abrían para exhalar los aromas de la santidad y del martirio, perfumando aquella atmósfera sagrada; que en el aire se agitaban alas invisibles, que voces celestiales contestaban a la voz del religioso, y, al ver la sombra de su hábito oscilar sobre los muros, creí que se movían y que aquellas galerías subterráneas eran como departamentos de la nave de la Iglesia, que yo era un marinero de aquella nave, que azotaban abajo las procelosas olas y arriba tempestades de huracanes; y cuando el canto cesó e hicimos alto bajo una grieta que nos dejaba entrever vagamente la claridad del cielo,

me parecieron las Catacumbas la fuente de donde había brotado el surtidor del Coliseo; y entonces comprendí que, cuando el mar de sangre de los mártires no pudo ser contenido en ellas, abrió con sus ondas el suelo de Roma, y se dilató por la superficie como un Océano que se desborda inundando todas las riberas, y que, a los esplendores del sol de la justicia divina satisfecha, se fueron evaporando hasta trazar en los cielos la cruz de Constantino, como una imagen de la Cruz de dolor del Calvario, que extendía ya sus brazos triunfadores, para tomar definitiva posesión del Universo *(Aplausos delirantes que se prolongan largo rato)*.

La verdadera alma latina

Después, cuando, agitado por una emoción indefinible, salía de las Catacumbas, llegó hasta mis oídos un rumor extraño, semejante al ruido lejano de las olas. Era ¡el *Angelus!*, que anunciaba la gran campana de San Pedro y que repetían como ecos todas las iglesias de Roma, desbordando sus ondas sonoras sobre la campiña solita-

ria y las ruinas de la Roma clásica como la voz de la eternidad cerniéndose sobre el tiempo. Y entonces en Roma, a los resplandores de la tarde, que despedían sus últimos destellos en las trescientas cúpulas de la gran ciudad, al contemplar a mi lado aquel religioso con su rostro tostado por el sol de Siria que iluminó a los cruzados, ostentando en su frente, como un padre de los primeros concilios, la señal del martirio padecido en las selvas africanas, rezando el *Angelus* en el umbral de las Catacumbas como había entonado el *Te Deum* en sus galerías, apareció ante mis ojos como un mártir que había mostrado los sepulcros de sus hermanos, y que, separado de ellos por una cadena de siglos, todos obedecían amorosamente aquella voz augusta y solemne que hacía vibrar el bronce en los aires, que penetraba las edades y las almas y las juntaba en una unidad moral que asentaba su trono sobre los escombros de la antigua Roma. Y entonces yo, que no había sentido el vínculo espiritual de mi alma con la Roma pagana, sentí, con la viveza de un amor que súbitamente se despierta, una como solidaridad interna con la Roma cristiana; y cuando quise en-

cerrar en un concepto y en un sentimiento todo lo que cruzaba en tumulto por mi corazón, me pareció que, entre el torbellino de los pueblos bárbaros, pasando como una tromba por las colinas del Lacio y entre las llamas del incendio, la Iglesia levantaba en sus brazos el cadáver ensangrentado de Roma, y recogiendo los acentos de su lengua que iban a extinguirse con los aullidos de la barbarie y las fórmulas de su derecho, que iban a borrar las espadas de los conquistadores al repartirse los jirones de su púrpura, la infundía un alma nueva, otorgándole la primogenitura en la Historia, mientras con reacción pagana y manía suicida no quisiese arrojarla de su organismo. Sí, ella la infundió una vida nueva cuando no era ya más que un cadáver insepulto, despedazado por su propia podredumbre. La verdadera alma latina la forjó la Iglesia Católica sobre el yunque del Calvario, el más fuerte del mundo, porque le formó Dios para poner en él su planta y dividir en dos hemisferios la Historia; la moldeó con el martillo ensangrentado en aquellas llagas que, según la frase de Renán, apagaron la sed de amor de doce siglos de ascetas; la caldeó para que tuvie-

ra temple sobrenatural en las llamas del Cenáculo; la llevó, como el soplo de la inspiración en los labios del más elocuente de los Apóstoles, al Areópago, para que iluminara con luz desconocida el suelo de Atenas, y en las plumas de sus doctores, como en alas angélicas, a bañarse en las aguas del Liceo y de la Academia; y la hizo aparecer como una aurora en la frente y una espada de oro en el brazo atlético de Roma resucitada, para que la alzara al lado de la catedral de Cristo como el cetro de la civilización en el mundo; y por eso, cuando se levantó sobre la tierra, los pueblos más altivos inclinaron la cerviz para rendirle vasallaje, y el Arte cayó de rodillas para entonar los cánticos más hermosos que han salido de los labios de los hombres *(Repetida salva de aplausos. El público tributa al orador una entusiasta ovación)*.

(Del discurso pronunciado en la ciudad de Santiago, el día 18 de mayo de 1902).

II

LA CUESTIÓN MILITAR Y EL PATRIOTISMO DEL GOBIERNO. — FUNESTA INFLUENCIA DE INGLATERRA. — PROTESTA CONTRA SU ALIANZA. — INGLATERRA ES UNA CARTAGO SIN ANÍBAL.

Hay una grave cuestión, señores diputados, que sería en vano ocultar, porque está en el ánimo de todos, y parece que su sombra se cierne en la atmósfera de esta Cámara. Ayer la denunció el señor Burell; y esa especie de sombra o de peligro es tan grande, que no se puede salir de ese recinto ni pasar sus umbrales sin ver y oír que en la calle y en la plaza pública es la preocupación constante de todos una grave cuestión militar; por lo cual puede preguntarse si es que nosotros hablamos aquí ya, como la Convención, bajo el poder de los sables.

Esto se dice fuera de este recinto; es hoy una preocupación grande en Madrid, y se dice de vosotros que estáis constreñidos y obligados por esa presión a aprobar en plazo improrrogable ese pro-

yecto de suspensión de las garantías en Barcelona. Yo voy a dar sobre ese punto mi opinión, indicando que, si fuera así, obraríais dentro de la Constitución y dentro del parlamentarismo muy mal; pero yo tengo mi juicio especial, y habréis de permitirme que lo exponga, tratándose de esa cuestión especial.

Considero, como todos vosotros — que tengo para esto, entre otras consideraciones, hasta el título que me da el ser hijo de un militar que vistió el uniforme de coronel del ejército español, — que el ejército es el brazo armado de la Patria para defender el orden interior y exterior. Aquí podremos luchar interiormente por el régimen, por las formas de Gobierno, por los principios que han de regir la política, pero sin atacar la integridad del territorio nacional; porque, cuando se trata de integridad del territorio, todos los que nos estimamos españoles, todos los que nos estimamos por bien nacidos, tenemos que ser defensores de la Patria, y, por lo tanto, de la fuerza armada que debe ser su escudo.

Pero yo no soy de los que han nacido para adular a los tiranos; jamás mi voluntad, jamás

mi palabra, se rendirá ante la fuerza no ungida por el derecho, llámese César o multitud, empuñe el cetro, el látigo o la espada; no he pisado jamás los palacios de los Soberanos, y si los he visitado, ha sido en el destierro. Acaso encumbrados sobre el trono no lo hubiera hecho. Por eso tengo aquella integridad de una voluntad puesta al servicio de un ideal y de una causa a la que he consagrado la vida entera, y en la que no encontraréis un minuto de flaqueza en el sacrificio por ese ideal, que podréis llamar quijotesco porque no se cumple en el Poder, pero que no servirá nunca para que se me pueda decir con verdad que hay en mí nada que se parezca a la sombra de Sancho. Digo que protesto, como antes he protestado de todos los atropellos de la fuerza; pero tened en cuenta las circunstancias y las causas.

Tened en cuenta el juicio que merecen unos políticos que no supieron responder a la confianza que la Nación, por las circunstancias excepcionales en que estaba, depositó en ellos; que, después de diez y ocho años de paz que pocas naciones modernas han disfrutado, nos en-

contramos peor que al concluir la última guerra civil y la guerra chica, para empezar la del separatismo en Cuba; que no supieron sacar partido de los inmensos recursos en sangre y dinero que prodigó el pueblo español; que han llegado, más que por temores de quebranto del territorio, por quebrantos de otras cosas, a imponer paces que llevaban aparejada consigo la deshonra. Y recordad que aquel ejército que en Cuba, contando los voluntarios, llegaba a 300,000 hombres, había sido agredido por un ejército yanqui que, fuera del mar, no pasaba de unos 14 a 16,000 hombres; y no por deseos del ejército — si estuviera ahí el Ministro de la Guerra, me diría si son verdad mis palabras, — sino contra sus manifiestos deseos, se le negó al ejército español el derecho a combatir, a la gloria; que cuando se estaba haciendo el Tratado de París, en que se cede territorio y soberanía (no se vió jamás en toda la historia contemporánea); cuando el tratado aun no había sido firmado, cuando podía romperse ante las exigencias del poder enemigo, se iba evacuando la isla de Cuba, se iban evacuando las islas Filipinas, y se obligó al ejército español a que

saliera de aquella América que habían conquistado nuestros mayores, sin dar un adiós militar a la sombra de Ponce de León, en la Florida; a la de Cortés, en Veracruz; a la de Núñez de Balboa, en el Darien; y le hicisteis venir sobre aquellas ondas que habían cruzado un día las carabelas de Colón, como si fuera un náufrago, con la bandera gloriosa de la Patria enfundada en crespones y seguida por los restos de Colón, para que la última nave fuera un catafalco que nos recordara las grandezas de la edad que nos acusa con sus glorias; y así vino el ejército, no por su deseo, no por su voluntad, sino por la imposición de los partidos liberales, obligado a no pelear y a no luchar para no caer vencido acaso, pero con gloria *(Grandes murmullos)*.

Por eso ha nacido después, propagada por los políticos, una animadversión al ejército, que sería vano negar y que los mismos jefes y oficiales reconocen. Todavía ayer hablaba yo con algunos oficiales, y me decían: «Todas estas causas o pretextos importan poco, pueden ser una gota de agua; pero lo que hay en el fondo es que, después de las guerras del separatismo colonial, nos

hemos encontrado con que el pueblo, por instigación en gran parte de esos políticos, nos ha considerado a nosotros como los causantes de la catástrofe, y eso no es verdad». Pues qué, señores, el general que mandaba últimamente el ejército en Cuba, ¿no llegó a decir en el Senado, expresando sin duda un sentimiento unánime, que sentía no haberse sublevado? Y ¿qué es eso más que un programa de lo que debió hacerse y no se hizo? *(Rumores).*

Señores, cuando a un ejército se le acusa de lo que no quería hacer ni quiso hacer, porque, cuando vino aquí, estaba dispuesto hasta a derrocar todo el régimen existente; cuando se le obligó a no pelear, no tienen derecho esos elementos y esos hombres a imponer la autoridad, si la disciplina se relaja. Vosotros no podéis invocar contra ellos las ordenanzas; vosotros, que habéis vulnerado la Constitución, que es por el momento como la ordenanza de todos los españoles; que habéis firmado el Tratado de París, y que habéis negado al ejército el derecho de seguir combatiendo, y que le echáis en cierta manera la culpa del desgarramiento de España; no tenéis autori-

dad moral para imponeros a ese ejército ni para decirle que cumpla la ley, porque sois vosotros los primeros en infringirla.

Esta es la situación; tenía que venir por fuerza el choque inevitable, porque, como ha notado un ilustre publicista inglés, Summer Maine, existe siempre una antítesis entre un régimen militar y un régimen parlamentario y democrático. Todo ejército tiene una organización monárquica, en él se manda de arriba abajo, no de abajo arriba. Trasladad un día la democracia al ejército, haced que los soldados elijan por sufragio universal sus oficiales, y—aunque no sea muy democrático, porque sería una elección de segundo grado—que los oficiales nombren a los jefes y los jefes a los generales; y con un ejército así constituído no se conseguiría ni siquiera luchar, porque a la primera señal de combate estaría disperso. Y ¿qué es lo que aquí está sucediendo? Que en el régimen parlamentario, al menos en la apariencia, se manda de abajo arriba y se proclama el derecho de discutirlo todo, al ejército inclusive; y se practica el sistema que, si se le aplicase, acabaría con su existencia.

Es decir, aquí no se manda de ninguna manera, ni de arriba abajo, ni de abajo arriba; suelen cruzarse los dos mandos, dando por resultante que no se manda en ninguna parte *(Risas)*. Pero, un día, en frente de este régimen se presenta el otro, y entonces sobreviene el choque; y cuando en el Parlamento todos los días y a todas las horas se están discutiendo las cuestiones militares, todos los días se está diciendo que se va a aumentar la artillería, que se van a aumentar los medios de defensa, que se va a dar fuerza al ejército, para que el día de una colisión internacional, que como una nube triste y negra se cierne sobre todo el horizonte de Europa, y que puede estar próxima a estallar el día que un rozamiento haga estallar la chispa entre un Imperio ilustre y esa rapaz Inglaterra, que no es más que una Cartago sin Aníbal *(Fuertes rumores en varios lados de la Cámara. Muchos señores diputados protestan ruidosamente. El señor Presidente reclama orden)*. Pues no faltaba más sino que yo no tuviese el derecho de exponer mi criterio acerca de las relaciones internacionales del Estado español. *(El señor Marqués de Villaviciosa:* No se

puede decir eso de una nación que está a la cabeza del progreso.) ¡Cuánto lo celebro, si el progreso a que se refiere S. S. es el que se ha ejercido sobre los católicos en Irlanda! *(Nuevos rumores y protestas)*, a quienes el ilustre padre de S. S. defendía aquí con tanto calor, diciendo cosas mucho más duras que yo del poder británico. ¡Vaya un progreso!, señor Marqués de Villaviciosa; si el progreso se hace en menoscabo del derecho de mi Patria, yo no le aplaudo, porque entiendo que el progreso debe ser regido por una ley de perfección moral; y cuando esa ley se infringe, aunque se produzca adelanto material, en un orden superior a ése resultará siempre barbarie.

Yo recuerdo que, cuando Europa entera quiso intervenir, como resultado de los acuerdos del Congreso de Verona, para mandar un ejército a la América española para que no se apartase del dominio de España, Inglaterra se opuso constantemente, y, gracias a ella, no se pudo realizar el envío de aquellas tropas, y perdimos nuestras colonias.

Yo sé que, cuando pedimos últimamente el

amparo y la protección del extranjero en días amargos para la Patria, Inglaterra sumó su influencia a la de los Estados Unidos; y Europa no pudo intervenir en nuestro favor, que, de haber intervenido, habría sido nuestra suerte mucho menos dura que la que nos deparó el Tratado de París, que vosotros habéis firmado. Yo sé toda la influencia perniciosa que sobre nosotros ha ejercido esa nación; y recuerdo que, el año cuarenta y ocho, un hombre ilustre, el señor Pastor Díaz, decía que llegaría un día en que el Tajo se extendería hasta el Bidasoa, refiriéndose a la extensión de la influencia inglesa, que nos había arrancado Portugal, y que peligraría la independencia y la integridad de España; porque ella fué la que lo separó de nuestra nacionalidad, cuando el Tajo y el Duero son como los brazos que tiende España para estrecharlo sobre su corazón. Y como Inglaterra, favoreciendo primero a los Avís y después a los Braganzas, ha sido la que nos arrancó ese miembro de nuestra nacionalidad, yo digo y sostengo aquí que no tenéis derecho, los que hicisteis el Tratado de París, ni a la confianza del ejército, ni a invocar el patriotismo, si vais tam-

bién del brazo de Inglaterra a esa Conferencia de Algeciras para que el Peñón siniestro de Gibraltar proyecte una sombra nueva sobre el porvenir de España *(Grandes rumores en la mayoría. Muestras de aprobación en algunas minorías)*. He dicho.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 29 de noviembre de 1905).

III

La grandeza y la decadencia de Inglaterra

¿Y es que yo niegue la grandeza de Inglaterra? Pocos habrá que tan profundamente la reconozcan. ¡Si no hay Imperio semejante al Imperio británico! Yo admiro la inmensa capacidad, la inmensa fuerza y energía que Inglaterra ha tenido que gastar para fundar ese colosal Imperio que ocupa más de la sexta parte del planeta y que tiene bajo su cetro la cuarta parte del género humano. Inglaterra es grande, Inglaterra

ha hecho cosas maravillosas en la Historia; ¿cómo he de desconocer yo esa grandeza?

Interiormente, su magnífica constitución y su desarrollo histórico, semejantes, por el sentido tradicionalista de sus instituciones, a los de Roma, y fuera, asombra la inmensidad de su Imperio y su dominación; pero cuando se trata de las relaciones de Inglaterra con los demás Estados, mi ética, en vez de la admiración, pone otra palabra muy diferente. Es grande Inglaterra. ¿No lo ha de ser, si su Imperio, mayor que el de Ciro, el de Alejandro y el de Roma, ha llegado a ser más extenso que el nuestro?

Inglaterra, cuando mira a América, ve allá en el Norte, el Canadá; en el centro, islas como las Bermudas y Jamaica; en el Mediodía, la Guayana; en la Oceanía, islas que parecen continentes; en Asia, la inmensa India; en Africa, desde el Egipto hasta el Transvaal; en el Mediterráneo, Chipre, Malta, Suez, Alejandría, Gibraltar; y cuando, apoyando un pie sobre Irlanda martirizada, y otro sobre Escocia céltica dominada, envanecida con el humo de sus fábricas, que parece que es el incienso que se tributa así misma; cuan-

do se contempla como un inmenso castillo que tiene por muralla el acantilado de su costa, y en cuyo foso cabe el Océano, desde lo alto de sus atalayas mira satisfecha cómo la red de sus navíos se va extendiendo sobre todo el planeta y le va estrechando y oprimiendo, contempla sus formidables escuadras como bandadas de aves marinas dispuestas a levantar el vuelo, y a posarse en todos los pueblos al mandato de su voz; y cuando parece repetir la frase del cronista aragonés, aplicada a todos los mares, de que «no se puede mover un pez sin llevar sobre sus escamas grabado el sello de sus leopardos», no advierte que unos extraños moradores de las aguas fabricados por la Ciencia, perfeccionados por el Genio, movidos por el Heroísmo, se sumergen entre las olas y disparan la muerte sobre sus acorazados, que han desaparecido deshechos en el abismo; y cuando, llena de pavor, levanta sus ojos al cielo, ve cómo pausadamente toman las medidas del Támesis y se acercan a su Metrópoli los audaces «zeppelines» extendiendo sus alas como las águilas triunfadoras de Germania *(Grandes y prolongados aplausos)*.

Es grande Inglaterra. ¿Cómo he de negarlo yo? Creo que, si se hundiese políticamente en la Historia, su hundimiento sería semejante al de sus islas en el mar; creo que subirían alborotadas las olas en todas las costas entonando una elegía, y que, al retirarse, se replegarían sobre sí mismas y se juntarían, temerosas de que surgiese de improviso y las avasallase de nuevo *(Grandes aplausos)*.

Pero Inglaterra ha negado, ha mutilado, ha sometido, ha sojuzgado a mi Patria, ha deshecho su Historia y ha roto sus ideales *(Aplausos estrepitosos y repetidos. Se oyen vivas a España, que son contestados con el mayor entusiasmo)*.

Cuando un tirano pone su planta sobre la cerviz de la víctima, y ésta no forcejea y no se revuelve para combatir y libertarse del opresor, sino que besa la planta que la oprime, entonces estad seguros que allí ha muerto un cuerpo y antes ha muerto un honor *(Aplausos prolongados)*.

Yo aspiro a la soberanía del Estrecho y a la integridad territorial que nos niega Inglaterra. Y digo más, y repito lo que he dicho muchas veces: si Alemania se uniera con Inglaterra, yo

sería enemigo de Alemania; si Francia se separara de Inglaterra, sería amigo de Francia. Porque la norma en mí no es el odio; son los intereses geográficos y la integridad de mi Patria *(Nuevos aplausos)*.

(Discurso pronunciado en el Teatro de la Zarzuela, el día 31 de mayo de 1915).

POLÍTICA

POLÍTICA

I

El Ejército y los desastres

Después de las victorias del 70 en Sedán y en Metz, cuando, al pasar el Rhin, los vítores ahogaban el rumor de sus aguas, no se le ocurrió al ejército alemán pedir garantía de inmunidad para que no le atacasen sus conciudadanos; no se le ha ocurrido pedirlas, a su regreso de las matanzas de la Mandchuria, al ejército japonés; eso no se pide más que cuando hay una derrota, y la confesión de la derrota no debe hacerla el Poder público, porque es harto sabida y la lloramos todos, y la confesión tardía ante el país no sirve sino para enervarlo más, y porque en esa derrota — ya lo dije, no tengo más que repetir palabras mías, lo dije antes de que se consumase el Tratado de

París, lo he sostenido después y en la discusión última así lo he manifestado, — en esa derrota, el menos culpable de todos ha sido el ejército, porque lo han sido principalmente los políticos. Los que dirigíais entonces el Estado español, sois los principales causantes de aquella derrota, y no hay posibilidad de echar la culpa al pueblo. El pueblo, sin tasa ni medida, dió toda la sangre y todo el dinero que el Estado le pidió; allí fueron muchedumbres a batirse. ¿Es que faltaba el valor en España? ¿Es que el ejército no respondió ya a sus antiguas y gloriosas tradiciones? No, no; en esa misma noche de la catástrofe, en esa noche en que la bandera aparece envuelta en crespones, en que parece que toda nuestra historia debía quedar allí en la América y en los archipiélagos del Pacífico que habíamos descubierto y sacado un día del fondo de los mares para ofrecerlos a Dios como un altar, allí quedaron, como si fueran dos cirios alumbrando un cadáver, como dos antorchas que recordaban antiguos esplendores, los grupos solemnes de Caney y de Baler para demostrarnos que las energías viriles de la raza no se habían consumido todavía y que aun

era posible abrir el pecho a la esperanza *(Muy bien, muy bien).*

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 3 de mayo de 1906).

II

CÓMO EL PRINCIPIO LIBERAL SEPARÓ LAS COLONIAS. — LA TRAICIÓN DE RIEGO.

¿Paz entre principios opuestos? ¡Imposible! Así vemos que, cuando esta amalgama doctrinaria que se establece en las inteligencias desciende a las voluntades, y de las voluntades pasa a los hechos, en dondequiera que trata de realizarse, en cualquiera cuestión a que se aplica, aparece de pronto la confusión y la lucha, reinan las sombras, y se manifiestan aquellas divisiones que el principio liberal ha llevado siempre a todas partes, y, como consecuencia necesaria, ineludible, brotan en el seno de la sociedad las sectas, escuelas y partidos, y la subdivisión de los partidos en banderías, desgarrando completamente las naciones.

Y como no era posible que dejaseis de llevar a aquellos últimos restos de nuestro Imperio colonial estas conclusiones liberales que aquí nos atormentan, se producen allí todas esas disgregaciones que los partidos y las banderías engendran; y obedeciendo, por lo tanto, en una y otra parte nuestra vida política a un mismo desastroso principio, en entrambas brotan sus oprobiosos efectos. Y así vais caminando al triste, tristísimo resultado de arrancar y desgarrar de la corona de España aquellos últimos florones que nos restan del más vasto Imperio colonial que ha alumbrado el sol.

Así vemos cómo aquí los partidos se fraccionan y desgarran, y hay siempre en ellos como única aspiración el aliciente del Poder; así vemos que en todas las discusiones se nos demuestra que ya no separan a los que turnan en el Poder diferencias substanciales de principios, sino sólo diferencias de procedimientos y de práctica, y, como consecuencia natural, estos principios doctrinarios se trasladan allende los mares y producen aquellas disgregaciones, aquellas divisiones que vienen a lacerar el seno de la madre patria; re-

sultando que están divididos allí como estamos divididos aquí los españoles; ya no hay una bandera ni una enseña común, porque el liberalismo ha matado todas las grandes unidades morales, y estáis sólo enamorados de todas las unidades materiales... *(Rumores. El Presidente llama al orden).*

Digo, señores, que el liberalismo ha destruído la verdadera unidad moral en que las sociedades se fundan y radican, más aún que la unidad meramente material; que, al fin y al cabo, por ser sociedades humanas, por ser sociedades de hombres, han de tener, antes que un vínculo externo y meramente material, un vínculo intelectual y moral que ligue los entendimientos y las voluntades, y que, por ser unidad superior de los espíritus, es incompatible con aquella libertad que autoriza y legitima las propagandas de todas clases de principios, de todo linaje de doctrinas, aun las más contradictorias, de tal manera y de tal suerte, que mientras se proclama esta igualdad de prerrogativas para la verdad y para el error, para el mal y para el bien, no hay posibilidad de que una sociedad por algún tiempo se mantenga en

aquella poderosa y férrea unidad interior y espiritual que hace de todas las almas una sola y que las da vigor y consistencia bastante para que al mismo tiempo puedan aflojarse en ellas todas las ligaduras materiales, sin que por eso el cuerpo social se resienta y la autoridad desfallezca.

Así, los que habéis dividido nuestra Península en partidos, habéis dividido también en partidos las Antillas; y los que representamos la antigua, pura y castiza tradición española, los que defendemos la gloriosa Monarquía a cuyo amparo se ganó para España un verdadero mundo y se hizo de casi América entera una colonia española, nosotros tenemos más derecho que nadie de hablar en nombre de la antigua España, y de pediros a vosotros, representantes de todos los partidos liberales que os han precedido, estrecha cuenta de lo que habéis hecho de aquel inmenso Imperio colonial que hemos perdido, gracias, en gran parte, a vuestros principios liberales *(Grandes protestas)*.

¿Qué significan esos rumores? ¿Es que rompéis vosotros con el legado de los partidos liberales que os han precedido? *(Nuevas protestas)*. ¿Es que vosotros creéis que el absolutismo rega-

lista del siglo pasado, aquel que representaba Carlos III apoyando la emancipación de los Estados Unidos, aquel que representaba las doctrinas del conde de Aranda, no fué el precursor de este liberalismo parlamentario? *(Grandes rumores y protestas. Varios señores diputados:* No, no*)*. Vosotros no podéis rechazar el parentesco; y debéis además escuchar ciertas cosas, y es que, cuando he visto que se levantaba indignada la Cámara protestando contra unas palabras pronunciadas por el señor Salmerón, con las cuales, aplicando lo que se llama el derecho colonial dentro de cierta escuela, sostuvo que tenían las colonias el derecho a la emancipación y las metrópolis el deber de darles los medios necesarios para que dentro de algún tiempo la consiguiesen, quedando sólo ligadas con las metrópolis por los vínculos de la gratitud, yo, cuando oía esto, decía: el señor Salmerón es el único liberal lógico en esta Cámara al defender tales doctrinas *(Rumores, interrupciones)*.

Pues yo os digo que, antes que protestar contra las palabras del señor Salmerón, debíais borrar de aquella lápida el nombre de Riego, que

hizo, al son de su himno, que se perdieran las colonias, y sólo entonces tendríais lógica para protestar contra las palabras del señor Salmerón *(Grandes rumores)*. ¿Es que hay aquí quien aplaude la conducta de Riego *(Varios señores diputados:* Sí, sí). ¿Sí? ¿Es decir, que cuando hay un español que tiene mando en un ejército, le es lícito sublevar a los soldados que la Patria destina para sostener la integridad del territorio nacional? ¿Os atrevéis a defender la memoria de Riego, que así se rebeló contra la Patria en Cabezas de San Juan, obligando al Gobierno de entonces a dispersar un ejército de 30,000 hombres destinado a pelear en América? Si condenáis la conducta de Riego y las palabras del señor Salmerón, tenéis que condenar vuestra propia obra y renegar de todos los partidos liberales que os han precedido *(Fuertes rumores)*.

El señor Quiroga Ballesteros: ¿Y la insurrección de San Carlos de la Rápita?

El señor Vázquez de Mella: El movimiento de San Carlos de la Rápita se inició el 3 de abril, y el 25 de marzo se había firmado la paz de Wat-Ras. ¿Cómo se había de haber hecho de otra ma-

nera, cuando la base principal para el movimiento de San Carlos de la Rápita era el ejército de Africa? *(Protestas en la mayoría)*. Eso se lo han dicho aquí los diputados carlistas al general Prim en 1869, y no ha podido negarlo, porque era uno de los comprometidos en aquel movimiento *(Se acentúan los rumores y las protestas)*.

Si queréis, levantaré el velo, porque todavía no está escrita la historia entera del movimiento de San Carlos de la Rápita. Habéis de saber que precisamente en unión con Napoleón III (y viven en Madrid muchas personas todavía que en aquellos asuntos tomaran parte), y favorecido más que nadie por la emperatriz Eugenia, tratábase por el conde de Montemolín de una acción común entre Francia y España para repartirse a Marruecos; es decir, que, si el movimiento aquel se hubiese llevado a cabo, otra cosa sería hoy de nosotros en Africa *(Rumores)*.

El señor Presidente: Orden, señores diputados. Señor Mella, ruego a S. S. que deje esa revista retrospectiva y venga a la cuestión que se debate.

El señor Vázquez de Mella: Accediendo, se

ñor Presidente, a las indicaciones de S. S., no tengo inconveniente en no seguir tratando este punto; pero conste que no he sido yo quien lo ha provocado, sino algunos individuos de la mayoría, limitándome yo a replicar.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 3 de diciembre de 1894).

III

Acusación y reto a Castelar para discutir en el parlamento.

Y esta es una cosa tan singular, que no se había conocido otra semejante en los partidos contemporáneos. Compréndese muy bien que haya jefes de grupo tan importantes como el señor Gamazo, y que no pueda el señor Presidente del Consejo de Ministros dar solución a ningún problema ni hacer declaración alguna a la Cámara sin que tenga que volver la vista hacia el sitio donde el señor Gamazo se sienta, para leer en su fisonomía el asentimiento o la reprobación de sus palabras; esto será depresivo para el señor Presidente del Consejo; pero, depresivo o no, se comprende; lo que no se explica es que fuera del Parlamento haya un orador famoso que en otros tiempos agitó a las masas para volverse después al lado de la Monarquía y quedarse en esa especie de penumbra, en esa nebulosa en que no se sabe si está con la República o si está con la Monarquía, o con ambas cosas a la vez, y que siga dirigiendo a un grupo importante que no se suma por completo con esa mayoría, puesto que no tiene su jefe en este recinto, sino fuera del Parlamento.

Y no creáis, señores, que por solidaridad; no de principios, que no puede haberla, ni de antipatías y odios comunes con los que se sientan en esos bancos *(señalando a los de la minoría republicana)*, hablo yo aquí del señor Castelar; el señor Castelar, en estos últimos tiempos, nos ha dirigido frases acerbas y terribles a los carlistas; el señor Castelar, que ahora se ha erigido en protector del Pontificado y amparador de la paz universal, y que ha venido de Roma armado de toda suerte de rayos espirituales, ha anunciado en diversas *interviews* y ha dicho en la Prensa que vendría al Par-

lamento a exterminarnos y a que quedásemos muertos en este recinto y bajo estas bóvedas; pero el señor Castelar no aparece por estos escaños. Dicen los periódicos que es fácil que venga; yo desearía, si algo valiera mi ruego, que el señor Castelar apareciese radiante en este sitio con los oropeles de su elocuencia, con los rayos espirituales que ha traído del Vaticano, porque nosotros deseamos ver al que ha denigrado tantas veces las figuras más hermosas de nuestros grandes santos, al que ha cubierto de ultrajes a grandes Pontífices, al que ha injuriado la persona adorable de Cristo, venir aquí a excomulgar y a exterminar a los que dieron su hacienda, su vida y su sangre, por oponerse al triunfo de la revolución que él alentaba en otro tiempo con odios de sectario y exaltación de tribuno *(Bien, en la minoría tradicionalista)*.

Porque no merece para mí todas aquellas consideraciones que yo guardo a los hombres públicos aquel que, no hace mucho tiempo, denigró y calumnió en la prensa — y no vino a mantener aquí aquellas calumnias, — a una ilustre señora, Princesa de Casa Real, a Doña Berta de Rohán,

buscando una genealogía ficticia, atribuyéndola ascendencias que no tiene, confundiendo con los Rohán de su estirpe, que llevan la sangre generosa de Bouillon y de Sobieski, a los Rohán Chabeau, que es lo mismo que si, para atacar a los Borbones, se les echase en cara la historia de los Orleans.

Debe venir el señor Castelar, comparecer aquí ante aquellos partidos que ataca, no por medio de subalternos suyos, sino en propia persona, a responder de aquellas terribles acusaciones lanzadas, no sólo contra la agrupación política, sino contra una señora que no podía tener entonces defensores inmediatos que deshiciesen las invenciones y las patrañas. Pues bien: aquel que dijo un día en las Cortes Constituyentes «que su lengua era el badajo de la campana que tocaba a rebato contra todos los reyes de la tierra», ahora, no sé por qué causa, tiene envuelta esa lengua en cosas tales, que, al chocar con la campana, no produce más que una especie de Marcha Real a la sordina *(Risas y murmullos)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 3 de diciembre de 1894).

IV

El régimen de las dos mentiras. — La idea de la Patria y la tradición. — La maldición de Isaías.

Pero continuando, y es difícil continuar y establecer el orden lógico de las ideas con tantas interrupciones y rumores, decía yo que no cabe regeneración en un sistema donde la base electoral sobre que está fundado, reconocen todos los hombres honrados y todo el país unánime que es la gran mentira de abajo y la responsabilidad ministerial, que es la gran mentira de arriba. ¿Creéis, señores, que puede haber regeneración para un país así gobernado y que puede llamarse régimen de libertad a un sistema que está comprendido entre dos grandes mentiras? La libertad tiene que ir precedida de la virtud y seguida del honor; pero entre dos mentiras no ha habido nunca, no puede haber más que despotismo, arbitrariedad, tiranías, o esas dictaduras anónimas que en los

días de las crisis sociales suelen levantarse para restablecer un momento el orden y retirarse deshechas cuando reaparece entre sus ruinas el derecho.

Pero, si buscáis la causa original de todos los males presentes, si buscáis un principio fundamentalísimo de donde parte esta serie de lamentables equivocaciones, que ha producido desastres sin cuento, yo os pregunto a todos vosotros, señores diputados, ¿por qué, resumiendo, no habéis planteado la cuestión entre España de una parte y los Estados Unidos de otra? ¿Por qué no habéis buscado y solicitado alianza con las naciones extrañas, para salir de este triste apartamiento en que vivimos en medio de Europa? ¿Por qué no lo han hecho los Gobiernos de la Regencia que se han venido sucediendo en un período de paz como el que se prolonga desde el año 1878 hasta el año 1895, es decir, durante diez y siete años? ¿Por qué no han buscado y reunido todos los medios necesarios para sacarnos de este malestar en que vivimos? Tratamos de buscar la responsabilidad de todos estos desastres, de todas estas culpas, y, sobre todo, de estas inmensas

desgracias que se ciernen como nube siniestra sobre nosotros, y, cuando queremos buscar al culpable, no aparece. Porque en este régimen de responsabilidad, como decía ayer, todos respondéis en teoría, y nadie responde en la práctica. El Poder moderador, disculpándose con el Gabinete responsable; el Gabinete responsable, disculpándose con el Parlamento; la mayoría del Parlamento, disculpándose con el cuerpo electoral; el cuerpo electoral, disculpándose con la Nación, de que se considera cabeza; demuestran que, en último término, aquel que padece todos los males y desventuras y desgracias, aquel que es el fondo de las energías de donde sale la fuente abundante de recursos para el Poder y el Estado, es, dentro de este sistema, el que aparece, para irrisión, para sarcasmo e injuria suprema, responsable de los desaciertos de sus gobernantes.

Por eso, cuando se dice al Gobierno: ¿por qué no habéis hecho aquello que era absolutamente necesario e indispensable, y que podía hacer todo el que tiene ojos en la cara y entendimiento para juzgar de los sucesos? ¿por qué no visteis vosotros, siquiera desde diciembre, y aun

antes, como lo había visto yo, que la guerra era inevitable entre España y los Estados Unidos, y que era absurdo todo lo que hicieseis fuera de ese objetivo y término? ¿Por qué? ¿Cuál fué la causa? ¡Ah, señores diputados! esa causa surge aquí del fondo del debate siempre que vosotros tratéis, como trató un día el señor Sagasta cuando se iniciaba esta discusión, de colocar por encima de la Patria cosas que tienen que depender de la Patria y estar subordinadas a ella.

Porque vosotros tenéis un concepto muy extraño de la Nación y de la Patria, que encerráis en los límites mezquinos del presente. La Nación es semejante al organismo humano, que está regido por la ley de renovación constante con que desaparecen de nuestro cuerpo todas las moléculas que le constituyen, pero permaneciendo el alma espiritual revelada por la perpetuidad del recuerdo y la unidad de la conciencia; y por eso en las generaciones que se van sucediendo sobre el suelo nacional hay también un alma, una actividad vital y en cierta manera informante, pero no subsistente como la de los individuos, sino resultante de las creencias, sentimientos, aspiraciones, in-

tereses, recuerdos y esperanzas que forman aquel caudal, que la tradición va trasmitiendo de una a otra generación, como si fuese un arca santa y estuviese encerrada allí la esencia viva de la Patria. Ella forma la solidaridad entre las generaciones, que parecen las ondas de un inmenso río que un día refleja los cielos estrellados y serenos, y otro día las tempestades sombrías; que un día reproduce la grandeza de Covadonga, y otro la desgracia del Guadalete; un día la sombra de Alarcos, y otro el esplendor de las Navas, la gloria de Lepanto o la desventura sublime de Trafalgar; pero que siempre va discurriendo por el cauce de la historia, señalado en la marcha de los siglos por la tradición de un pueblo. Cuando la voluntad de la Nación—de la Nación que no es el agregado fortuito de gentes congregadas dentro de los límites variables de un territorio, sino que es el organismo moral de una serie de generaciones unidas por un vínculo espiritual interno—, surge, no como la obra fugaz y pasajera de un día, no como una voluntad efímera, sino como la voluntad constante y permanente revelada en las tradiciones perennes de la Historia, aquellas instituciones, que de esa tradición y de ese espíritu nacional se apartan, que no quieren recoger sus títulos en él, o que tratan de desviar esa corriente de sus cauces naturales, son, en último término — si la Nación no se suicida renegando de su ser al aceptarlas, — después de un plazo más o menos largo, de un paréntesis sombrío en la vida de las naciones, que tienen vida secular como la nuestra, arrolladas y arrojadas en el abismo de donde no pueden surgir de nuevo, porque se hunden para siempre, y el principio de la tradición pasa triunfante sobre sus ruinas, para continuar la Historia.

Vosotros queréis encadenar la vida nacional a instituciones mudables y efímeras que no responden al espíritu de la Patria y a los sentimientos nacionales, y, modificando aquella célebre frase de *sálvense los principios y perezcan las colonias,* habéis dicho: *Perezcan las colonias, con tal de que se salven las instituciones.* En presencia de esto, en vista de la ruina presente y de la hora aciaga en que vivimos; al ver, no ese manto de harapos de que el señor Moret nos hablaba ayer tarde, no esos restos de nuestra grandeza,

que tenemos que mirar como una cosa que ya fué, sino en presencia de esta realidad, que apenas es, tenemos que decir: ¡Desgraciados los pueblos, desventurados los pueblos que, en estas crisis hondas, supremas, terribles de la Patria, están gobernados, según la maldición divina, por niños y mujeres! *(Grandes rumores).*

Recordad, recuerde el señor Moret...

El señor Presidente: Señor Mella, no he podido entender bien lo que ha dicho S. S. al final del párrafo anterior; pero me parece haber percibido algo de aquello que dije al principio a S. S. que no podía discutirse aquí.

El señor Vázquez de Mella: Pues, señor Presidente, lo que yo digo es una frase bíblica que todos los que hayan leído la Sagrada Escritura conocen, como seguramente la conocerá la Cámara. El gran profeta Isaías, al anunciar la disolución del reino de Jerusalén, entre otras maldiciones decía: *Et dabo pueros principes eorum... et mulieres dominatae sunt eis:* «Y les daré niños por reyes, y las mujeres los gobernarán». ¿Qué culpa tengo yo de que Isaías no resulte ministerial? *(Risas).*

El señor Presidente: El profeta no hablaba de los Gobiernos constitucionales; por consiguiente, no tiene aplicación la profecía.

El señor Vázquez de Mella: Sí, porque el profeta, abarcando con visión intuitiva los futuros contingentes de la Historia...

El señor Presidente del Consejo de Ministros (Sagasta): O explique S. S. esas palabras, o váyase a decirlas fuera; porque aquí no se pueden pronunciar *(Muy bien).* ¡No faltaba más!

El señor Vázquez de Mella: Deseo que repita el señor Presidente del Consejo en alta voz las palabras que acaba de pronunciar, porque yo no las he percibido bien; pero no sé qué he oído de «fuera del Parlamento»... S. S. ordene, si se encuentra con autoridad para ello, no sólo que salga yo, sino todos mis compañeros.

Si S. S. se considera con facultades para ello, hágalo S. S. en buena hora; dispuesto estoy a salir de este recinto. Crea S. S. que, mientras esté ahí ese Gobierno y represente la política que representa, no tendría a mengua salir de esta casa. *(El señor Presidente del Consejo de Ministros:* No he dicho que salga S. S., no tengo autoridad para

mandar a S. S., y mucho menos en este recinto. Pero lo que digo es que aquí no se puede decir nada que esté prohibido por la Constitución y por las leyes.) ¡Si lo que he dicho es una frase bíblica! *(El señor Presidente del Consejo de Ministros:* No hay palabras bíblicas que valgan.) Hasta la Biblia está prohibida aquí.

El señor Presidente: Señor Mella, ya comprenderá S. S. que aquí no se pueden decir ciertas cosas, y, por más que S. S. busque en las Sagradas Escrituras explicaciones, ya sabemos que, si las busca, es con objeto de herir a aquello que nosotros no podemos consentir que se ataque directa ni indirectamente en este recinto.

Ruego a S. S., por consiguiente, que retire esas palabras y siga su discurso.

El señor Vázquez de Mella: Que rectifique el profeta. No tengo autoridad para rectificar a Isaías, y sigo creyéndole...

El señor Presidente: ¿Qué interés tiene Su Señoría en provocar ciertas clases de conflictos, cuando ve la tolerancia con que la Cámara escucha todo lo que tiene por conveniente decir?

El señor Vázquez de Mella: ¡Extraordinaria

tolerancia la que ha tenido la Cámara conmigo ayer!

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 6 de mayo de 1898).

V

EXCESO DE CRISIS. — UNA LEYENDA CABALLERESCA QUE EXPLICA UNA POLÍTICA ABSURDA.

Voy a rectificar muy brevemente, y con esto creo que subrayo las palabras de S. S.

El señor Presidente del Consejo me ha de permitir que haga aquella distinción antigua, y que una filosofía alemana, ya en desuso, la panteísta, había puesto de moda: la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo.

Me he referido objetivamente, por decirlo así, al Gobierno, examinándolo en sus actos, en sus obras, en sus proyectos y en sus dictámenes. No he entrado, ni entro nunca, en el terreno de las intenciones a que S. S. se refería.

Contra mis argumentos objetivos contesta Su

Señoría con ese subjetivo de sus intenciones y su dignidad; pero no me he referido yo a ese mundo interno en el cual no quiero ni debo entrar.

Ya sé que para S. S. es sacrificio inmenso estar en el Poder, y hasta creo lo será para el señor Conde de Romanones, que ahora no se encuentra presente en este banco; pero sea por abnegación, sea por patriotismo, por todo lo que quiera Su Señoría, el hecho es que yo examino los fundamentos que dan origen a toda clase de crisis, los aplico a este Gobierno, y encuentro que, de las cuatro causas que hay, en las cuatro incurre, y, sin embargo, no hay crisis. Puede que no la haya por exceso de crisis: tal será la cantidad de crisis, que hasta la lleve cada ministro dentro de su propia alma, y la resultante de todas haya producido esa negación de la crisis; sólo así me lo puedo explicar.

Conste que yo no entro en el terreno de las intenciones, ni me refiero a la dignidad personal de S. S., ni al calvario a que ha subido por su propia voluntad, porque le ha dado la gana de plantear al revés el problema, y de no resolverlo como estaba planteado en el primer momento. Por eso todas esas amarguras que S. S. nos cuen-

ta, todos los hechos a que se refiere, todos esos dolores, todas esas hieles, que lleva en el fondo de su alma y que con acento patético, que me conmovía el corazón, acaba de exhalar S. S., nos conmoverían más hondamente y producirían también en nosotros más grande amargura si hubiesen sido acompañados de aquellas causas que, por estar encima de la voluntad, hacen que el dolor sea más simpático que aquellos que se originan en la voluntad misma del que padece el sufrimiento y el dolor. Su Señoría es el causante de sus propios dolores, y por eso no puede inspirarme tan grande simpatía.

Ahora S. S. me dice, invocando una imagen guerrera, que hay que pasar el foso antes de llegar a la muralla; y mientras S. S. hablaba así, como tiene esa imaginación tan brillante que del fondo de todos los asuntos sabe destacar imágenes que embargan la fantasía y que son como símbolos que representan las ideas, suscitó en mí, por ley de asociación fundada en la semejanza, el recuerdo de una antigua leyenda germánica que pasó por mi memoria. No sé si acertaré a reproducirla; pero creo que el señor Presidente, siempre be-

nigno, me permitirá que este recuerdo forme parte de mi rectificación.

No sé dónde, hace ya muchos años, había yo leído en un libro una leyenda germánica muy hermosa, que viene a ser un símbolo adecuado de esta ley y de los propósitos que os animan al establecerla.

Cuéntase que en un alto castillo, levantado cerca de la costa como las antiguas atalayas, existían unos guerreros que peleaban constantemente contra los de los otros dos castillos, situados más al interior. Un día, en las sombras casi de la noche, lanzáronse al ataque del castillo más próximo, y saltando unos fosos semejantes a aquellos a que se refería el señor Moret, llegando a las murallas, sorprendieron a la guarnición descuidada, y, acometiéndola violentamente, la rindieron, lanzando los cuerpos mutilados por encima de las almenas, y, tomando posesión del castillo, regresaron victoriosos al que les servía de atalaya, y celebraron su triunfo reunidos en el salón de festines, donde libaban los licores y los vinos hasta en los cascos ensangrentados de sus enemigos. De pronto un golpe sordo resuena en el edificio, otro le sigue,

y, alarmados los que celebraban el banquete, creen que los enemigos del castillo más lejano, que no habían podido vencer, como venganza de aquel que habían avasallado, de aquel que quedaba desmantelado y sin guarnición, acudían por sorpresa, y, entrando por los sótanos de la fortaleza, trataban de penetrar en la sala del festín. Se ciñeron apresuradamente las armaduras, desenvainaron los aceros, descendieron, por las escaleras de granito, hasta los últimos departamentos del edificio, mientras los golpes iban siendo cada vez más violentos; abren la puerta dispuestos a combatir, y entonces penetra el enemigo: ¡pero los enemigos no eran los soldados del castillo rival que venían a vengar a sus hermanos! ¡Eran las olas violentas que habían socavado los cimientos, y que, llegando ayudadas por el huracán, penetraron con ímpetu irresistible, envolviendo en sus espumas a los soldados cubiertos con el acero y las espadas desnudas, preparándoles inmensa sepultura en una noche sangrienta y tenebrosa! ¿Y sabe S. S. por qué? Porque tenían fortaleza en el alma, cubierto el cuerpo con las armaduras recias; pero no habían repa-

rado que los cimientos del edificio estaban socavados por las aguas del mar, y que las almenas eran combatidas por la furia del huracán.

Eso es lo que hace S. S. cuando se presenta aquí defendiendo, con la espada luciente en la mano, la noción externa del Poder, y diciéndonos: «Aquí estoy dispuesto a mantener el derecho»; pero ¿no ve S. S., no oye ya esos mismos rumores que se producen al llegar los diputados regionalistas a Barcelona? Ellos indican que las olas están sacudiendo los cimientos de la fortaleza, y que puede caer sepultado entre las olas y aplastado entre los muros, como la guarnición de aquel castillo de mi leyenda que se consideraba inexpugnable *(Muy bien, muy bien)*.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 17 de marzo de 1906).

SOCIOLOGÍA

SOCIOLOGÍA

I

Canto a la mujer

Y ahora permitidme que recoja, no el homenaje rendido a mí — soy muy pequeño para recibir homenaje tan grande *(Varias voces:* No, no.) — Sí, sí; el homenaje a los principios comunes que defendemos, y que lo ofrezco también a aquellas por las que no he brindado todavía, y os pido perdón, porque era mi primer propósito el de brindar por las señoras asturianas: brindo por vosotras, porque yo sé que, en esta decadencia de la Patria, todo se ha relajado menos la mujer, que ha permanecido en pie, y, al hacerlo, ha permanecido sin rendirse el hogar español. Comparado con otras naciones, nuestro Estado es inferior al suyo; los organismos que nacen del Estado, lo que del Estado se deriva, es muy inferior y queda mal parado en la comparación con los extraños; pero, cuando se comparan los ho-

gares, y estáis en litigio vosotras, no hay todavía, ni sobre Europa, ni sobre el mundo, un hogar y una mujer que se levante más alto que el hogar y la mujer española *(Ovación)*.

La llama de la Patria se habría extinguido con la última ascua, si vosotras, con vuestras manos y con un soplo de amor, no la hubieseis conservado en aquella hora aciaga, en aquella hora en que la república yanqui manchó por primera vez la historia de España; entonces fuisteis vosotras las que, cuando los hombres se rebajaban, cuando la bandera se cubría de crespones, sólo con permanecer como erais, salvasteis el hogar, el honor de la Patria. Por vosotras vivimos, por vosotras esperamos triunfar, y, para esto, congregaos también en derredor de una bandera redentora; no queremos contar sólo con los hombres, queremos contar con vosotras.

Una causa que tenga el apoyo de la mujer, triunfa siempre; cuando la mujer está divorciada de una causa, esa causa sucumbe. Nosotros contamos con vosotras para esa empresa; sí, vamos a ir ante el Altar, ante el cual vosotras dirigís vuestras oraciones, y ¿no hemos de contar con

los corazones de las asturianas, donde tiene un altar la Virgen de Covadonga?

¿No hemos de contar con vosotras para devolver su noble, varonil, hermosa fisonomía al Principado? ¿No hemos de contar con vosotras? *(Una señorita contesta desde un palco:* Sí, señor.)

Ese sí, es la expresión más elocuente de un sentimiento ante el cual las palabras mías son tan pálidas y borrosas que no sirven para recoger como deseara yo ese sí supremo que ha salido encendido y llameante de vuestros corazones *(Prolongada ovación)*.

Ese sí, quiere decir que no estamos los hombres solos en esta contienda y en esta campaña; quiere decir que en el fondo de los asturianos se levantará ardiente la llama de la Patria chica y de la fe, para protestar contra extrañas heterodoxias.

El trato de la mujer afina al hombre. El trato de los hombres solos embrutece.

El casino, el club y el café han rebajado la cultura y emplebeyado las costumbres y las formas sociales. El lenguaje soez empedrado de palabras malsonantes que muchas veces confinan

con la blasfemia, la discusión convertida en disputa y pugilato, no existían en la antigua tertulia ni en el viejo salón aristocrático. El trato con la mujer, cuando conserva el sello cristiano y no ha sido manchado por el hombre, pule el sentimiento, aguza el ingenio, hace el gesto señoril, perfuma, con la cortesía, la vida, y alimenta esas dos lámparas que ardían antes a la puerta del hogar y que se van apagando: el respeto y el honor *(Estrepitosos aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en Oviedo, el día 30 de abril de 1916).

II

LA REVOLUCIÓN DESENCADENADA POR RUSIA. — CUADRO QUE OFRECEN LOS PUEBLOS. — LA CATÁSTROFE SOCIAL.

En esa época estamos: hacia ese precipicio vamos, y yo, para probarlo, no tengo más que mirar la sociedad presente y llamaros sobre ella la atención. Mirad a Portugal después de la guerra, quebrantado y deshecho, acreciendo con sus

lágrimas las aguas del Tajo; y miradnos a nosotros. Después de habernos salvado de la inmensa hoguera de la guerra, que amenazaba prender también en nuestra Patria (y algo hemos contribuído los que, como yo, tuvieron la honra de trabajar para impedir que fuésemos un tizón más de esa hoguera) *(Muy bien)*; cuando se ha salvado de esa hoguera y no se ha aprovechado el tiempo para su reconstrucción material y moral, como debiera haberse hecho si no hubiese políticos que parece que menguan a medida que los problemas aumentan; ved ahora qué letargo, qué desmayo se ha apoderado de nosotros. España parece que reposa y que duerme al lado de un abismo, y no advierte que está durmiendo sobre un volcán que echa llamas, un día en Barcelona, otro en Zaragoza y en Valencia; y parece que no se despereza, que no se levanta, que no se limpia los ojos, que no quiere mirar el horizonte más que por un instante, cuando las descargas de la anarquía matan la autoridad, personificada noblemente en el señor Dato *(Muy bien; aplausos)*. Después vuelve el reposo, después vuelven las discusiones sobre si se ha de re-

primir la anarquía que mata o se la ha de entretener con halagos y tratando de persuadirla de una manera muy cortés y amable *(Aplausos)*.

Dirigid la vista a otra parte, y mirad esa Rusia, inmensa fábrica de anarquía donde los zares rojos han llevado ya a la cumbre la inmensa tiranía que se va extendiendo sobre el mundo. En un charco inmenso de sangre, entre escombros, sobre montañas de cadáveres, levantan sus tronos; y heraldos que van con la bolsa repleta de oro y el alma llena de ideas subversivas se extienden por el mundo a dilatar la revolución como un medio de poder salvar ese centro de anarquía que está perturbando todos los pueblos, hasta tal punto, que ante nuestros ojos atónitos parece que va a tener realidad aquella visión de Tassara, en que pintaba la Europa amedrentada y «oyendo sonar, sonar por la llanura inmensa, el caballo veloz del nuevo Atila».

Rusia está encendiendo la revolución en todo el mundo, quiere prolongar su estepa sobre todas las grandezas morales de Occidente; y así veis que hasta la poderosa Inglaterra, defendida por sus costas sobre ese mar que ella había aprisiona-

do con las cuerdas de sus navíos, siente zozobras y angustias mortales, porque una voz de rebeldía se extiende desde Persia y Beluchistán hasta la India, y, en las asambleas que celebran sus indígenas, hablan contra ella y tratan de imponerla unos aranceles que le mermen sus auxilios. Ella ve a Irlanda con su corona de martirio, revolviéndose en un lago de sangre, que es su púrpura; y la protesta airada de sus obreros, y cómo se van llenando de agua los pozos de sus minas, que fueron su pedestal; y ve que, si se realizan los terribles augurios de la huelga, pudiera ser su sepultura. Francia, vacilante, después de la guerra, agobiada por unos laureles que creía comparables a los napoleónicos, siente la zozobra inmensa que le produce una deuda, la cual, a juzgar por los datos de los economistas, excede a su propio valor, pues se calculaba que el de todo el suelo de Francia y su riqueza era de unos doscientos mil y pico de millones, y, hace poco, su ministro de Hacienda ha declarado que tiene una deuda de trescientos mil millones.

Francia mira, al otro lado del Rhin, a un enemigo que no considera completamente venci-

do, que cree que puede erguirse y levantarse de nuevo. Francia cree que ese fantasma sangriento de la orilla del Rhin puede todavía, algún día, volver a cruzar su espada con la suya, y vacila y tiembla por el porvenir; pero tiembla, sobre todo, porque la cuestión económica es tan pavorosa, que el día en que no pueda alcanzar las indemnizaciones que necesita, aquel día la cuestión social estallará allí de tal manera, que el terror de la revolución primera parecerá un idilio. Alemania es sacudida por el espartaquismo periódicamente, y Austria gime aletargada y hambrienta, y cubre el cuerpo que envolvió la púrpura con harapos miserables. Y esa Italia, hermana nuestra, que antes parecía pujante y grande, que se levantaba en el mar latino emulando las grandezas pasadas; esa Italia, Sede del Pontificado, parece que desde los Alpes hasta Sicilia está sacudida por un terremoto de tal naturaleza, que hace creer que toda ella es Vesubio, y Vesubio en erupción, de que cada ciudad es un cráter.

A las osadías terribles del comunismo, a los asaltos de las fábricas, a los repartos de las tierras que han empezado a realizarse, respondió

vigorosamente la clase media, herida y ultrajada, y ha estallado una contienda feroz como no se ha visto muchas veces, que en una parte prende fuego a los astilleros y las fábricas y en otra a las Casas del Pueblo. La contienda es tan terrible que allí todo se agita y todo parece presagiar horas de extraordinarias desventuras.

Y mientras las bombas siembran la muerte en Milán, en Florencia, en aquella artística plaza de la Señoría, en las orillas del Arno ha resonado una voz más potente que la de Savonarola, anunciando tragedias; por allí han rodado cañones y ametralladoras; las turbas comunistas, atacadas por los nacionalistas, siembran de cadáveres las ciudades y los campos en una hora de angustia, en que parece que su gran poeta va a describir nuevos círculos que trazó en el infierno sobre toda la península, como si indicase aquella hora postrera que había anunciado para ella después de las grandes apostasías.

Y cuando eso sucede en todas partes y se mira un cuadro tan triste y tan sombrío, yo alzo los ojos al cielo y le veo tan negro, tan triste, que me parece que una lluvia de ceniza cae sobre todas

las almas y sobre todas las naciones; y quiero distinguir un punto luminoso allá en Roma, algo que sea tranquilo en medio de este desorden y de esta guerra, algo que refleje grandezas que nunca pasan en estos días de liquidación universal; y cuando me fijo en el Pontificado, que es la lámpara que arde todavía en medio de este mundo que se está cubriendo de tinieblas, vacilo también, porque me parece presentir el momento en que el sucesor de San Pedro descienda de la colina del Vaticano, y lanzando una mirada doliente sobre esta Europa degradada, apóstata, y, recordando al Redentor ante los muros de Jerusalén cuando, con una tristeza divina, con una ternura infinita, exclamaba: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén», él exclame también: «¡Europa! ¡Europa! ¡cuántas veces ha querido El congregar a sus hijos como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas! ¡Y tú no has querido!» *(Muy bien, muy bien. Prolongados aplausos)*. ¡No has querido! es la frase que expresa el poder terrible de la libertad humana para resistir a la gracia y al deber. ¡No has querido!, y yo sé que los pueblos infieles se convierten mucho mejor que los pueblos

apóstatas. El paganismo precristiano pudo entrar en el redil de la Iglesia más fácilmente que el neopaganismo postcristiano que conoció a Cristo y le olvida y le aborrece.

Llega una hora, una hora suprema en la Historia, en que, detrás de tres siglos de herejías y uno de ateísmo, el mundo va a temblar otra vez.

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Princesa, el día 14 de abril de 1921).

III

La esperanza después de la catástrofe. — Apoteosis de la Religión.

Y yo no quisiera dejar, al concluir, una impresión de tristeza y de pesimismo en vuestros ánimos; y, aunque veo el cielo sombrío, aunque veo el horizonte cada vez más cerrado, aunque espero más tempestades que venturas; cuando miro a lo largo de estos hechos y reparo en la Iglesia de Cristo, que es una nave que, por tener el ancla clavada en el cielo, puede resistir, sin naufragar, todas las tempestades de la tierra, creo

que ante la impiedad misma será un día proclamado su triunfo, y, con él, el de la sociedad cristiana. Si no se tratase más que del orden económico, ¡ah!, entonces creo que sería posible resolver la cuestión social. Pero hay cinco vínculos que atan a los hombres: el vínculo religioso, el moral, el jurídico, el económico, y el del interés y de la fuerza, y todos ellos están relajados, porque, como son anillos de la misma cadena, y como el primer anillo está roto, han caído en el suelo los demás. Hoy no hay más que congregaciones de intereses que pasan, congregaciones que establece la fuerza y que la misma fuerza dispersa y el mismo interés disipa. Las naciones, es verdad, son sanables; pero son sanables cuando tienen un alma, cuando tienen un pensamiento, cuando tienen una voluntad y una plegaria; pero cuando vuelven la espalda a los raudales de la vida, cuando se emancipan de Cristo, cuando son grandes prevaricadoras, es más fácil que resplandezca el rayo de la justicia, que no que descienda el rocío de la misericordia *(Muy bien)*.

Pero todavía, a esa impiedad triunfante, a esa ola roja que va a levantarse cada vez más en-

crespada en el mundo — porque, aunque muriera en Rusia ese gobierno, los gérmenes sembrados son de tal naturaleza, que no necesitarán ya el impulso que viene de esa estepa para producir árboles de muerte en toda Europa; — si se congregase rugiendo en inmensa asamblea, no le repetiría lo que he dicho públicamente discutiendo con un librepensador: «No creas que nos has vencido y que hemos muerto; no creas que tu ola va a subir más alta que la Cruz».

No. Yo les diría a todos los representantes de la impiedad: Voy a suponer realizado el triunfo de vuestras negaciones; voy a concederos por un momento lo que no conseguiréis jamás; voy a considerar que habéis reunido todas las lápidas sepulcrales de los mártires, todas las aras, todas las cruces que habéis derribado, todos los templos de la tierra, y los habéis hacinado, formando una montaña gigantesca, y que, reunidos todos los libros de los Padres, doctores y apologistas, les habéis prendido fuego y los habéis reducido a pavesas, que en inmensos remolinos han dado la vuelta a la montaña de escombros, como si fuesen el manto de la muerte; voy a considerar

que habéis muerto a todos los creyentes; que al lado de esa pirámide de ruinas, que es mausoleo de un mundo y osario de una civilización, corre un río de sangre, arrastrando en sus ondas los tronos y las banderas que llevaban el sello de la Cruz; que todo lo habéis destruído, y vosotros, sentándoos sobre ese trono, habéis dicho: «¡El Catolicismo ha terminado en el mundo con la civilización que engendró! ¡Hemos acabado con la Iglesia, y hoy dominamos absolutamente sobre la Tierra!» Pues yo os diré que, cuando estéis más satisfechos de vuestra obra, alzados sobre ese trono, que no igualó el de ningún César, oiréis una voz misteriosa que sale de esas ruinas, y de esos escombros, y de las ondas de ese río sangriento, y esa voz os dirá: «¿Quién eres tú, que has destruído todas estas cosas y te jactas de haber arrancado de las almas hasta la idea de Dios? ¿Quién eres? Contesta a estas preguntas perpetuas, que resuenan en el fondo de la conciencia humana: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿Cuál es tu origen? ¿Cuál es tu destino?» Y el entendimiento humano, prisionero en cuatro sistemas, que se reducen a tres,

tendrá que contestar: «Soy una sombra que pasa, un fenómeno en presencia de otros, sin un sujeto que nos enlace». Entonces, ¡si no eres más que una sombra fugaz, no eres una realidad consistente! ¡No puedes referir a ti las acciones como substancia, no eres hombre! Y si dices: «Soy el último accidente, la última determinación de un todo único y absoluto, o soy la más perfecta evolución de la materia y de la fuerza primitiva», la voz misteriosa podrá añadir: «¡Ah! ¡Entonces no eres responsable de tus acciones; no te son imputables; no tienes libertad; tu libertad es una consecuencia fatal, necesaria, de antecedentes ineludibles!»

Y si no tienes imputabilidad ni responsabilidad, porque no tienes libertad, el deber no existe, porque no le hay donde no exista la facultad de infringirle; y si no hay deber, no hay derecho, que es el medio de cumplirlo; y si no hay deber ni derecho, no puede existir la ecuación entre los dos, que es la justicia; y si no hay justicia, no hay sociedad; y si no hay sociedad, no eres hombre. Y entonces tú, negación de ti mismo, ¿eres el que va a destruir a esa civilización, que hace

dos mil años resplandece más que el sol, afirmando la libertad y la personalidad del hombre? Y si entonces quisieses afirmar tu libertad y tu personalidad, tendrías que decir: «Sí; soy el efecto de un ser superior; no puedo serlo de uno inferior cuyas fuerzas exceden las mías, el efecto finito de un ser infinito». Y, entonces, la voz misteriosa sacará la consecuencia y dirá: «Luego eres absolutamente dependiente de ese ser, dependiente en tu entendimiento, dependiente en tu voluntad, dependiente en tu cuerpo; luego tienes que proclamar esa dependencia con tu fe y con tu amor, con tu alma, con tu cuerpo, con tu culto interno y externo, y entonces tienes relaciones con Dios, que deben ser las normas de los actos de tu vida».

Y la religión saldrá de la pirámide de escombros levantada sobre la teofobia de la fantasía sectaria como la aurora de un nuevo mundo que gozará la paz que ha perdido el que volvió la espalda a la fuente de la vida, y las ruinas humeantes de una sociedad deshecha aparecerán ante los ojos del creyente como un inmenso incensario, roto por la catástrofe, y, que, en vez de

haber levantado el humo con una plegaria al Dios de la misericordia, tiene que hacerlo, después de la tragedia sangrienta, como una ofrenda a su justicia *(Ovación inmensa, entre vivas entusiastas al orador y al partido católico)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Princesa, el día 14 de abril de 1921).

IV

Influencia de la Iglesia en la constitución social y en la política.

Pero si no queréis mirar sólo exteriormente la historia de España por sus grandes empresas, por sus grandes sucesos, no tenéis más que mirarla interiormente y ver lo que ha hecho en ella la Iglesia. Hay tres constituciones en los pueblos que el derecho político liberal no sabe distinguir: la constitución social, que se refiere a la familia, a la propiedad y a la autoridad; la constitución interna, que es el espíritu nacional, y que se refiere a las grandes tradiciones de un pueblo, y la constitución política o protártica, que se refiere

a la organización de la soberanía política, que constituye propiamente el Estado, y a sus relaciones con la soberanía social. Esas tres constituciones, puede decirse que son, en gran parte, obra de la Iglesia. La Iglesia elevó a sacramento el vínculo familiar, y estableció la unidad e indisolubilidad que el mundo pagano no conocía; la Iglesia acabó con el *jus abutendi* del derecho cesáreo, para afirmar un fin espiritual y colectivo a la propiedad misma, poniendo además a su lado, para limitarla, la propiedad corporativa, y ciñéndola con los deberes de caridad que establece en favor de los necesitados lo que pudiéramos llamar la legítima de la limosna *(Muy bien, muy bien)*. La Iglesia separó las dos potestades, rompiendo el nudo del cesarismo que las había juntado en una sola persona o clase para oprimir a un tiempo, sin barreras ni límites, las conciencias y los cuerpos. Desde que ella existe hay relaciones entre las dos potestades, que el mundo antiguo no conoció ni en Oriente ni en Occidente, porque el cesarismo, que identificó las dos potestades en la unidad de sujeto, era la formación común de todos los pueblos gentílicos. La Iglesia

fijó la distinción y la armonía entre el Derecho y el Poder, estableciendo una doble legitimidad: la de adquisición o de origen, y la de administración o ejercicio, para los Poderes públicos. La Iglesia informó todas las instituciones que brotan de la familia y condensan la soberanía social. De las cofradías hizo nacer los gremios; de las parroquias, los municipios; de los Concilios, las Cortes; del atrio, la escuela; del claustro, la Universidad, y de la imitación de los grados de su jerarquía, las clases sociales. Ella transformó la soberanía política del Estado, creando la Monarquía cristiana y representativa como un Poder entre dos Poderes que le limitan: arriba, por la potestad espiritual que le señala el último fin; abajo, por toda la serie de libertades locales y públicas, que pone una muralla infranqueable a los desbordamientos de la soberanía *(Aplausos)*.

Y así las tres constituciones, la social, la interna y la política, llevan el sello y el espíritu de la Iglesia, que, si no las creó enteramente, las transformó y las informó.

(De la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 17 de mayo de 1913).

ÉTICA

ÉTICA

I

PERFECCIONES MORALES

¿Y la virtud y la perfección moral? ¡Ah!, señores, en esta sociedad ya no hay aquellos tres respetos de que hablaba Le Play: el respeto a Dios, el respeto al padre, y el respeto a la mujer; en esta sociedad, quebrantada y deshecha, como se han roto los grandes vínculos sociales, falta, en gran parte, el ambiente moral, y no será, ciertamente, por falta de sistemas de moral; pero un crítico positivista de esos sistemas contemporáneos, Levy-Bruhl, ha dicho con razón que en todos ellos se observaba que, por ejemplo, Kant, con su moral, aparentemente desinteresada, no lograba, a pesar de sus esfuerzos, injertar en el imperativo categórico los deberes de caridad.

Y se ha observado, en estos positivistas, que

han inventado sistemas de moral en que, a fuerza de exprimir el egoísmo, han querido deducir de él el altruísmo, y partiendo del determinismo, —es decir, de la negación de la libertad, considerada como un consiguiente fatal de antecedentes inevitables—, en vez de llegar a negar el deber, y, por lo tanto, todo el orden moral, sacaban, sin embargo, al parecer, consecuencias que expresaban ciertas verdades morales incompatibles con el principio. Y no es extraño que se pregunte : Pero ¿es posible que de este sistema en donde está negado todo el orden moral se vayan a deducir principios relativamente morales? Sí, y es fácil de comprender. Esos hombres han vivido en una atmósfera cristiana, porque este mundo en que vivimos, a pesar de las negaciones y de las apostasías, alienta todavía por lo que conserva de la idea cristiana ; esos escritores, en su propio hogar, en el ambiente de la ciudad natal, han respirado la idea cristiana del Decálogo y del Sermón de la Montaña, y muchas veces dejaban las premisas de sus falsas filosofías para apuntar algunas de las enseñanzas que habían recibido en el hogar, de los labios de su madre *(Muy bien)*. Esa es la

razón de que esas morales inconsecuentes quieran parecerse muchas veces a la moral cristiana, cuando son su negación radical. El sacerdocio católico, todos los días y a todas las horas, hasta en un sacramento que es la negación de la hipocresía y la afirmación de la sinceridad y que es cátedra viva de psicología y de ética, va afirmando ese orden moral ; y aunque fuera se le niegue, aunque fuera se le quiera escarnecer, deja tales huellas en las almas, y es a veces en los corazones tan vivo el ejemplo, que los mismos que le niegan y cuyas pasiones se sublevan contra sus mandatos, le rinden acatamiento y homenaje *(Muy bien. Aplausos)*.

El ejemplo es una escuela de moral irreemplazable. Muchas veces la obra del sacerdote, la obra del predicador, no llega a producir el efecto vivo que uno de esos grandes hombres o de esos hombres caballeros produce con su ejemplo, con una acción, que es difícil de comprender y difícil de explicar, en los ánimos hasta de sus propios adversarios. Y es que nadie muere en el orden moral *ab intestato*; todos dejamos un testamento con nuestra conducta buena o mala ; y el hombre

que es execrado por sus condiciones perversas, encuentra el contraste en aquel otro, al cual se rinde vasallaje, y se le demuestra con alabanzas el efecto que su ejemplo produce en los espíritus.

Perdonadme que a este propósito os refiera lo que recuerdo en este instante. Hace dos años viajaba yo por las rías de Galicia, y aquellas campiñas maravillosas, aquellas llanuras que parecen espejo adecuado de los cielos, estaban como cubiertas con un crespón de tristeza; la gripe producía una desolación en todas las villas y ciudades; había algunos pueblos cuya situación era tal que se necesitaría la pluma de Tucídides para describir aquella peste, más terrible que la de Atenas. Un día, en una de esas ciudades de provincias, en Pontevedra, noté, al salir a la calle, un rumor extraño, comercios que se cerraban, corrillos que se formaban de gentes dando muestras de gran pesar, mientras se advertía un sello de tristeza en todos los semblantes como si una catástrofe se hubiese desencadenado sobre la ciudad romántica y tranquila. Pregunté cuál era el motivo de aquellas angustias, y me dijeron que era la muerte de un joven doctor. No le conocía;

después supe que, sin conocernos, éramos amigos, porque, como sentíamos de igual manera, se habían tratado nuestros pensamientos.

Era un joven médico en cuya alma brillaban estas dos majestades: la de la ciencia y la de la virtud. Era muy grande la primera, pero todavía era mayor la segunda. Había contraído matrimonio algunos meses antes; era admirado y querido por todos, porque se prodigaba de tal manera, que el dinero que buenamente le daban los ricos servía para que, al asistir a los pobres, lo dejase como donativo; porque aquel hombre, al visitar a los enfermos necesitados o que tuviesen una condición mediana, no que fuesen simplemente proletarios, nunca, jamás, dejaba de proporcionarles recursos. En un asilo oí decir que ya no le llamaban, porque cada visita suya, en vez de cobrarla, iba acompañada de una limosna espléndida. No era grande su posición, porque ganaba para repartirlo; pero pagaba sin cesar la ciencia, que en él era parte de la caridad. Su muerte, abrazado al crucifijo, fué el tránsito de un santo. Asistí entonces al entierro, y presencié el espectáculo más hermoso que he visto en mi vida: un

pueblo llorando. No se oía más que el murmullo y el quejido constante que producía la mezcla de las oraciones y de las alabanzas y de los sollozos, que eran también oraciones. Y yo decía: He aquí la majestad y la grandeza de un ejemplo moral. La ciencia, con ser tan grande, había enmudecido; pero la virtud, después de muerto el doctor, seguía hablando *(Grandes aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro del Centro, de Madrid, el día 24 de abril de 1920).

II

Estigma moral. — La disminución de los caballeros. — El aumento de la hipocresía. — La intervención social de la mujer.

Y ¿basta con esto? No, no basta; en esta sociedad moderna, que tiene tantos estigmas, hay uno que todos podemos observar, y que es de los más tristes; no me refiero a las lacras materiales, sino a las morales. Por la ausencia o el quebrantamiento de los principios, por la falta de creen-

cias y el aumento de dudas, han caído los grandes caracteres, que con dificultad se encuentran. Como no tienen el punto de apoyo de una creencia firme y de una regla austera de moral, los caracteres se han relajado, y de aquí ha nacido una especie de hombres que antes apenas se conocía. Montesquieu, cuando quiere poner, en el siglo XVIII, en frente de la perfidia la sinceridad, opone a los chinos los españoles. Los españoles eran todavía en el siglo XVIII, y lo fueron en gran parte del siglo XIX, la imagen de la sinceridad. Pues bien, señores: hoy con gran frecuencia, en vez de encontrarnos en presencia de un hombre, nos encontramos en presencia de dos; aquel con quien hablamos no es más que la careta del que está detrás en acecho para engañarnos.

Falta hoy aquella hidalga sinceridad, porque van faltando los caballeros. El caballero era una suma de delicadeza moral y de finura, que hacía amable la vida. Hoy va desapareciendo, y una de las causas ¿sabéis cuál es? El aislamiento de la mujer por el trato único de los hombres unos con otros. Por eso, para resolver la cuestión social, no me dirijo yo sólo a los hombres, que ais-

lados no sabrían resolverla; me dirijo a las mujeres. La mujer es la personificación de la ternura y de la delicadeza. No diré yo—¡ de todas las que están aquí lo aseguro!,—no diré yo que, fuera de aquí, todas puedan reproducirse en azúcar *(Risas)*; pero, en general, bien se puede afirmar que la mujer tiene el instinto de distinción. Y es esto tan cierto, que, en España, sin necesidad de ser apologista como Sor María Inés de la Cruz y el P. Feijóo, basta la hidalguía indígena para maldecir las execraciones estúpidas de Schopenhauer y exponer aquellas excepciones de la regla, cuando se hace la crítica de las mujeres, que resultan la mejor de sus defensas. Hay quien dice de ellas tremendas cosas; pero empiezan por excluir a la madre, a las hijas y a las hermanas, y claro es que nadie queda ya fuera de esta exclusión *(Risas)*. Cuando los hombres descienden a las chozas para hacer un beneficio a un obrero, como somos naturalmente algo bruscos y ásperos, parece que vamos a reclamarle el voto *(Risas)*. La mujer, con su delicadeza y su finura, cuando desciende a las clases inferiores, las atrae. Yo sé de un obrero nacido y desarrollado en la

impiedad, que tenía con frecuencia la blasfemia en los labios y el odio en el corazón, y de una de esas señoritas catequistas conquistadoras de los corazones enfermos, que soportó los denuestos por algún tiempo, y poco a poco fué penetrando con la paciencia, con el sufrimiento, con la resignación y, para decirlo en una palabra, con el amor y con la ternura, y llegó a hacer que aquel corazón se ablandase, y que de los labios que antes blasfemaban saliera, como un aroma, la oración *(Aplausos)*. Y es que la mujer tiene condiciones singulares para ese apostolado, cuando la mujer está formada en el espíritu cristiano.

Si no fuera tan tarde, os referiría una anécdota... *(Varias voces:* No es tarde.) Pues no resisto a la tentación de recordaros una anécdota que he oído en el extranjero, en uno de los Imperios caídos, en Austria. Existía allí una joven de altísima alcurnia, enlazada con familias de príncipes, que era un dechado de distinción y de hermosura. Su posición era extraordinaria, sus cualidades eran objeto de admiración entusiasta. Cultivado con esmero su ingenio y conocedora de todas las artes en que la mujer moderna puede brillar, era el

encanto de los salones; y, cosa singular, no habiendo hecho más que pisar flores y laureles, y habiendo vivido en una atmósfera de adulación cortesana, nunca el áspid de la murmuración se había clavado en su fama. Todos creían formar en la corte de sus admiradores. Todos no; uno había que, siendo de tan alta alcurnia como ella, no rendía esos homenajes, y parecía sentir indiferencia y apartamiento hacia la que todos los jóvenes de su clase, y aun de la inferior a la suya, prodigaban el afecto y los elogios. Llamó esto extraordinariamente la atención, porque aquel joven—que había vivido muy frívolamente en los primeros años—, por unas desgracias de familia, y singularmente por la muerte de su madre y por la idea de que él, por la vida que llevaba y por los disgustos que le ocasionaba, había contribuído a su fin, cambió de rumbo, y su entendimiento cultivadísimo llegó a formar, por una voluntad recta y una fe religiosa firme, un dechado en el cual nada faltaba para darle relieve: ni posición, ni fortuna, ni cualidades físicas y morales. El era en otra esfera tan admirado como lo era aquella joven tan aristócrata; y él no se rendía ante aquella belleza, Esto llegaron a considerarlo algunos maliciosos como un procedimiento de táctica para conquistarla; pero cuando se vió que no sucedía así, una dama ilustre, pariente de los dos, trató de acercar aquellos corazones; interrogó al joven por la causa de aquella frialdad que ya llamaba la atención. — «¿Tienes algo que decir de ella?» — «Absolutamente nada.» — «¿Es que no te parece buena?» — «Creo que lo es.» — «¿Hermosa?» — «Como un sol.» — «Entonces, ¿por qué no te rindes a este sol?» — Y él dijo esta frase que encierra una gran lección: «Porque a ese sol tan espléndido, a esos ojos tan admirados y que son, efectivamente, soles, les falta un rayo, les falta el rayo del dolor; no tienen la huella del sacrificio, y por eso les falta aquel destello que hacía más hermosos los ojos de mi madre» *(Aplausos).*

Vosotras no necesitáis conquistar ese destello. Lo tenéis ya en los dolores que mitigáis y en los sacrificios que prodigáis. Hace pocos días, en la Acción Católica de la Mujer, departía yo con una señorita ilustre, que lleva apellidos que recuerdan glorias de la tribuna, y con una dama de la más

alta alcurnia aristocrática, como que su genealogía se confunde con la de los Reyes de Castilla, y cuando acababa de ausentarse la más egregia escritora de nuestros tiempos. Y cuando vi allí cómo la alta dama y la señorita ilustre y la escritora insigne alternaban con humildes modistas y las trataban como si fuesen iguales, entonces comprendí la única democracia en que creo: aquella que consiste no en rebajar a los grandes al nivel de los pequeños, sino en levantar los pequeños al nivel de los grandes *(Aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro del Centro, de Madrid, el día 24 de abril de 1920).

III

Lucha entre la civilización y la barbarie

¿No es triste, señores, que en una sociedad creyente (los hechos lo acaban de demostrar de una manera que no deja lugar a duda y que reconocen los mismos impíos), en una sociedad, en su inmensa mayoría católica, tengamos que lu-

char a la hora actual — digámoslo con claridad y en frases precisas — como lucharemos en las próximas contiendas parlamentarias, para que el convento goce siquiera de las garantías de que goza el garito? *(Grandes aplausos)*. Tendremos que luchar para que no goce de menos prerrogativas el Altar que el tapete verde; tendremos que luchar para que sea siquiera igualmente considerada la hermana de la Caridad que la mujer pública *(Nuevos aplausos. Varias voces:* ¡Viva el gran Mella, viva el hombre elocuente!). Aquí no hemos de rendir homenaje a más elocuencia que a la elocuencia de la verdad. Digo que, en los tiempos en que luchamos y combatimos, hay que recordar al obrero—cuando se le autoriza para que con furia iconoclasta apedree el Crucifijo y hasta las vidrieras de las catedrales—que aquellos templos los levantaron los gremios de sus hermanos, unificados por la fe que les hizo personas cuando no eran más que cosas en el mundo pagano y siervos en los comienzos de la Edad Media. Es preciso que le digamos: «Mira, mira; a veces, a 200 o a 300 hombres, cada uno de los cuales vale moral e intelectualmente cien veces más

que los que le combaten, no se les permite tener la renta que tiene un potentado de los tiempos modernos, fabricada quizá en el agiotaje o en el robo legal o a costa del sacrificio del obrero o del pan de los pobres o de las hipotecas sobre los bienes de los pequeños propietarios; no se les permite a esos hombres reunidos que tengan entre todos esa renta, pero, en cambio, el potentado puede gastarla en una hora, a una carta o en una operación de Bolsa. Mientras que trescientos que valen más que él no tienen derecho a vivir con esa renta, el plutócrata puede gastar en todas las aventuras y en todos los despilfarros *(Grandes aplausos)*. Y es preciso que se cercenen esas riquezas que la piedad de los creyentes ha puesto en manos de los religiosos para que se la devuelvan a todos en forma de caridad y de enseñanza; es preciso que se cercenen; porque así lo piden muchas manos vivas para que se corte esa mano muerta. Es preciso que esas riquezas se cercenen, porque sería oprobioso y criminal en una sociedad en donde el vicio se manifiesta en todas las formas y goza de todos los alicientes y de todas las franquicias, que los religiosos que se consagran a la enseñan-

za, a la virtud, al sacrificio, a la caridad, a evangelizar a los pobres y a vivir de una manera humilde, tuviesen algunos bienes.

Aun cuando pueda ser rica la Orden, son individualmente pobres los religiosos, que practican el único comunismo que se ha conocido en el mundo. Es preciso que esas riquezas desaparezcan, porque lo contrario sería un insulto para esa opulencia y para esa nueva plutocracia que no tiene, ciertamente, las virtudes y las generosidades de la nobleza caballeresca antigua; sería un insulto, sería un crimen (sería preciso decirlo a los obreros) que esos religiosos, que viven día y noche sacrificados por sus semejantes, gozasen en conjunto lo que cada uno de estos plutócratas puede gozar individualmente para mantener sus automóviles, sus mancebas, sus caballos y su ruleta *(Grandes aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en la «Huerta», el día 5 de julio de 1911).

ÍNDICE

ÍNDICE

PATRIA

MONARQUÍA

DOGMAS NACIONALES

VATICINIOS

TRADICIÓN

INTERNACIONALISMO

POLÍTICA

SOCIOLOGÍA

ÉTICA

LA SEGUNDA EDICIÓN DE ESTA OBRA SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS «TALLERES
SUBIRANA» EL DÍA 5 DE ENERO,
FIESTA DE SAN ISIDORO,
AÑO DE N. S. J. C.
DE MCMXXXII